
CUENTOS
ESCOGIDOS
BRUNET

Marta Brunet es hoy una de las autoras más importantes de la tradición literaria chilena, una de las autoras que mejor observó la realidad de las mujeres y de la vida en la provincia. En esta selección de relatos, Cynthia Rimsky propone una nueva lectura de una autora imprescindible, necesaria y totalmente contemporánea. Una puesta en circulación de una de las pensadoras y escritoras fundamentales de nuestra historia.

Marta Brunet

Cuentos escogidos

ePub r1.0

Titivillus 10.06.2024

Título original: *Cuentos escogidos*
Marta Brunet, 2020
Selección de relatos: Cynthia Rimsky
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



El misterio de la visión

Marta, es tal mi deseo de conversar con usted que voy a obviar que en la muerte, ni una escritora puede leer. Hace casi un año entré a una oficina, por otro motivo, y salí de allí con su obra completa en edición crítica: dos tomos,[1] 1925 páginas, 2 mil 285 gramos. Eso pesa su obra. Sépalo para los fines que estime convenientes.

Necesito contarle lo que omití decir en esa oficina: únicamente leí *Montaña adentro* en el ramo de Castellano. ¿Recuerda las intenciones del estado de Chile de enseñarnos a hablar y a escribir correctamente? Esta materia ahora se llama Lenguaje, comunicación y literatura, suena tan abierto en comparación a la anterior. Por esa época ya estaba convertida en una lectora y sacaba dos o tres libros a la semana de la biblioteca municipal, pero a usted la pusieron del lado de la corrección y, por rebelde, me la perdí.

Pasaron más de cuarenta años.

Ahora que la leo me parece como si ya hubiese estado en esa *noche de nubarrones, luego de un día de calor sofocante y de viento arremolinado*. Aunque nunca me paseé con mis hermanas por la plaza del cuento, alguna vez que volví de la de mi barrio a la casa de mis padres, también busqué *el rincón más recoleto en la pieza de los trastos, entre la caja del piano y una ruma de colchones, y allí largó su pena, abrió el corazón, dejándola salir y envolverla en su peligroso manto, adherida a ella como nueva piel, humedecida y dolorosa.*[2]

El recuerdo es engañoso, hace aparecer como vivencias propias las que únicamente leía en la biblioteca. Debe ser porque, aunque

usted y yo recién nos conocemos, presiento que leímos —yo en mi adolescencia, usted ya escritora— a las mismas autoras. El único dato iluminador que encuentro es que a usted le gustaba *Nada* de Carmen Laforet, igual que a mí. Pero ¿y Katherine Mansfield, Djuna Barnes, Jean Rhys, Vita
Sackville-West,
Virginia Woolf?

Si cierro mis oídos a las voces de las mujeres que transitan por los decorados vivos pintados por usted en sus cuentos, escucho la respiración de esas otras escritoras. ¿Será que un rocío venido de muy lejos humedeció la hoja en blanco que dejaba en el rodillo de la máquina una jovencita que en su interior se sentía distinta a su entorno? La ciudad de Talca del 1900 no debió prever que la literatura iba a afectar a una lectora de una forma tan real como el poder patriarcal, el judicial, el eclesiástico, el político, el militar. Si no hubiese sido por la lectura, yo también habría encajado en los deseos que los otros tenían para mí. Qué insatisfacción se siente al estar de cuerpo presente en una vida que no es la que se desea, y la que se desea vivirla solo en el interior como hacen las mujeres de sus cuentos.

¿El amor? ¿Es que el amor hablará alguna vez por boca de su festejante? ¿Cómo lograra este abrir el banal aro de su frase para que en ella entren las palabras obscurecidas por la pasión? ¿Cómo irá a decir las dulces palabras de terneza? ¿Qué sentirá ella entonces?

La madre asegura entre tanto:

—Es un excelente partido. Serás muy feliz. [3]

Junto a la impresión de que usted leyó a Virginia, Katherine, Djuna… hay una parte de ese exterior/interior que estas escritoras lograron desmontar y que en las ilusiones que se hacen sus personajes atrapados en los decorados vivos que usted les pinta, no aparecen. Me pregunto cómo leyó a estas escritoras europeas, contemporáneas suyas, bohemias, bisexuales, rupturistas; dónde estaba usted, qué veían sus ojos miopes al levantar la cabeza del libro en un salón en Talca. Seguro que para una mujer en el Chile de esa época existían mínimas posibilidades de romper las normas sociales a través de la bohemia, la promiscuidad, la bisexualidad, la amoralidad… ¿Y de inventarlas, también estaba prohibido?

Me gustaría saber más de su vida para ver en qué lugar de su casa leía los relatos que la hacían imaginar como posible un destino diferente al de las demás mujeres que la rodeaban, pero su vida quedó oculta por los anteojos oscuros que siempre llevó puestos como un muro defensivo; imagino que necesitó velar su intimidad para escribir y publicar cuando las mujeres todavía no tenían derecho a voto. Me pregunto cómo alguien que vio tan intensamente su época estuvo por años prácticamente ciega.

Entre las historias que leí sobre usted, saltando y sin anotar fuentes —de lo que tarde me arrepiento—, hubo una de cuando volvió a Chile, después de ocupar cargos diplomáticos en La Plata y Buenos Aires, donde llegó a publicar en *La Nación*, en la revista *Sur*, y tuvo relación con Victoria Ocampo, una gran lectora de Virginia Woolf y las demás. Si usted no las leyó antes —posiblemente a Chile no llegaban traducciones—, lo pudo hacer allá. Me ha sido imposible averiguar dónde vivió, a qué café iba por las mañanas. Catorce años parecen muchos a una viajera. Para la ciudad extranjera es una bicoca.

En cambio su escritura sí fue afectada por la extranjería. Leo que se volvió *interior*. Todavía debe haber académicos que están investigando qué significa ese término en su obra. Antes de salir de Chile usted era una renombrada escritora criollista con éxitos como *Montaña adentro*. Ni antes ni después de 1900 hubo un movimiento literario tan masivo en Chile como el criollismo; escritores y escritoras plantearon una literatura nacional y popular. Como las ciudades estaban contaminadas con lo extranjerizante, salieron a las minas, al campo, a los barrios marginales a dialogar con las humilladas, explotadas, injuriadas, despreciadas, sin derecho a la justicia.

«Las escritoras y escritores bajan al fondo de las minas, se internan en los bosques y quebradas, parten hacia las aldeas y fundos, trayendo de regreso “las piezas cobradas”, “el morral repleto de caza”, “las manos llenas de tesoros”, que más tarde reelaborarán en las páginas emocionadas de sus libros». [4]

En la época se ensalza que las y los escritores hayan dejado a un lado las imágenes que sí deseaban escribir por otras que iban a ampliar la estrecha visión que tenían entonces los y las habitantes del país. Cuán urgente tuvo que haber sido la situación o cuán

poderosa era la reacción —ahí están sus libros, los de Manuel Rojas, Baldomero Lillo, Augusto d'Halmar como testigos—, para recurrir a la literatura, en vez de a los políticos, la iglesia o el movimiento obrero, en pos de lograr un cambio cultural.

Una cosa es clara; el cambio que usted vivió en Argentina la dejó fuera del movimiento criollista por el que ganó su fama y la admiración de Alone, seudónimo del influyente crítico Hernán Díaz Arrieta, quien la dio a conocer.

Entonces viene lo que me sorprendió de su regreso a Chile en 1953. No debió ser fácil abandonar la comodidad del estilo que le otorgó la fama. Imagino la ilusión que sentía al llevar con usted los nuevos manuscritos *interiores* en la maleta, la ansiedad por dar a conocer el cambio de su escritura, por mostrarle a Alone sus descubrimientos. Me recuerda a su cuento «Soledad de la sangre», la mujer casada a quien le es permitido trabajar y hasta gastar en un fonógrafo con el derecho a dos discos —después de comprar una manta al marido—; la alegría que siente esa mujer cada vez que su esposo le permite escuchar la balada militar y las canciones españolas. Pues bien, vuelvo a lo que aconteció: usted llega a Chile radiante y el campo literario, con Alone a la cabeza, deja caer un manto de silencio sobre los textos que escribió en Argentina y los posteriores. No se habla del cambio, la dejan en el criollismo como si nunca hubiese escrito de otra cosa. Así como a Gabriela Mistral la conocimos por «Piececitos de niño azulosos de frío», a usted la conocimos únicamente por el retrato social de los campesinos pobres en el latifundio.

Hace unas noches fuimos en auto a un pueblo de ciento veinte habitantes en la pampa húmeda. En la estación funciona un restorán sin pretensiones, atendido por un viejo alto y campechano que tiene como acompañante en esta quijotada a un gaucho asador medio borrachín. Habían colocado tres mesas en el andén, bordada la vía por generosos manchones de crisantemos rosados, la luz era mortecina como en las estaciones cuando no pasa el tren. Influida por sus cuentos saqué a colación la figura de la soltera y de cómo nuestra generación todavía sintió miedo a no casarse por ser demasiado inteligentes, independientes, liberales… Y cómo, en

menos de cuarenta años, hoy existe el derecho a no hacerlo y a establecer otras sexualidades o a decidir género. Una de las mesas estaba ocupada solo por mujeres, tías, primas, sobrinas, hermanas. Más tarde llegó a conversar con el asador una pareja joven medio *hippie* que estaría de vacaciones en la casa familiar. Alguien en la cocina, supuse que la esposa, freía las papas y armaba las ensaladas. Imaginé que en la mesa desocupada estaría usted y me pregunté qué vería. Su espectro hizo que la conversación se fuera relativizando, a los postres ya no estábamos tan seguras de que las mujeres *modernas* hayan dejado de sentir que *en su vida cada hora respondía a un molde. Y todas parecían repetirse a sí mismas. Como esas constantes hileras de cisnes que desfilan para probar la puntería de los tiradores en las ferias veraniegas. Como interminables hileras de cisnes, recortados en cartón, pintados de diversos colores, moviendo la cabeza con idéntico ritmo. Iguales siempre. Iguales. Un día y otro*. [5]

Al despertar por la mañana había decidido incluir en esta antología únicamente los cuentos escritos por usted en Argentina y los posteriores, que no fueran criollistas. Fue la lectura completa del segundo tomo la que en un segundo momento me llevó a cambiar de opinión, cuando descubrí que el estilo *interior* que supuestamente desarrolló en Argentina está presente desde sus inicios como escritora, incluso en las columnas que publicó en los medios. Fue la recepción crítica la que puso a estos cuentos en segundo plano.

¿Es una tontera preguntarle si se sentía más atraída por el criollismo o por los relatos *interiores*? Habiendo sido criada en el sur, en un fundo familiar, testigo directo de las injusticias que cometían los y las terratenientes avalados por el estado, es elogiable que se sintiera éticamente inclinada y dispuesta a retratar esas vidas ignoradas.

La conciencia, que hace pasar directamente «las piezas cobradas», «la caza», «los tesoros» a «las páginas emocionadas de sus libros», permitió a los criollistas poner al pueblo como protagonista de la literatura nacional. También funcionó como un cedazo que retuvo las imágenes no deseables, que ensuciaban, embarraban, dejaban grumos a la vista y en el sabor de la buena

conciencia. En esos agujeros quedó retenido el deseo espeso, el placer fibroso, la belleza no depurada, la poesía de lo cotidiano, la sabiduría de la experiencia, la ironía, la extrañeza, el humor, el conocimiento de lo natural, todo lo que no tenía relación directa con la pobreza se le sacó al pueblo. Quedó el sufrimiento, la violencia, las pasiones tristes.

Hasta que en 1939 la designan cónsul en La Plata y luego en Buenos Aires. Lo que haya conocido en Argentina —lejos del latifundio, la crítica, el conservadurismo, la desigualdad— la hizo posar nuevamente su mirada hacia esas mujeres también atrapadas, aunque por otros mecanismos. Marguerite Yourcenar se pregunta: «¿Quién puede ser tan insensato como para morir sin haber dado, por lo menos, una vuelta a su cárcel?». Es lo que usted hace en sus relatos; acompaña a las mujeres a dar vueltas exhaustivas, agobiantes, minuciosas, atentas, por las celdas que habitan, y está ahí para ayudarlas a pintar la naturaleza en el segundo que levantan la cabeza para dejar volar su mirada por el hueco en el muro.

A diferencia de estas personajes mujeres, usted sí viajó fuera de Chile, trabajó como periodista, estuvo a cargo de una revista, siendo soltera dio a luz un hijo que murió, lo que permite inferir que tuvo amantes; participó en los círculos literarios, ejerció cargos. Sin embargo, prefirió escribir sobre aquellas mujeres que no podían salir con sus sentimientos, con sus pasiones, al exterior, y cuya ilusión de sentirse, saberse distintas a la máscara que las representaba, las dejaba secas por dentro.

Andar. Andar. Dejar que el potente romper de las olas le llene los oídos con su insistencia y le asorde el pensamiento, la amargura que la corroe, la indignación contra sí misma. ¿Para qué ha venido, dándose la excusa de un viaje?

Andar. Correr. Huir. Sabe que la sigue. Que es inútil todo. Y se detiene, súbitamente, firme, fría en esa piel que súbitamente también ha adherido a la suya como otras veces. **[6]**

Al leer nuevamente los cuentos seleccionados en esta antología para buscar un orden —otra arbitrariedad que sabrá disculparme—, descubrí que en algunos sus mujeres personajes parece que van a romper el espejo y en otros se lo quedan mirando congeladas o lo tapan para no ver. En esa lectura recordé cuántas veces en mi

adolescencia creí haber encontrado a mi verdadero Yo; creía que podría salir a la calle vestida con ese Yo y algún acontecimiento exterior que no recuerdo hacía intolerable el dolor. *¿Huía de un sueño, volvía de una realidad?… No ser más. No pensar más*.[7]

Los meses que tuve cerca el segundo tomo me interrogué continuamente por las y los jóvenes que leerán estos cuentos; si alguna vez se habrán sentido como sus personajes o si la cárcel que usted pinta maravillosamente quedó, a partir de los movimientos feministas de los últimos años, vacía, inutilizable. ¿La lectura de esta antología se convertirá en una visita a las ruinas prehistóricas para entender y no olvidar de dónde venimos o las mujeres continuaremos pasando por la cárcel para conseguir nuestra libertad cada vez?

Debido a la ruina de su vista, durante diecisiete años usted vivió rodeada de una nebulosa creciente, incapaz de ver perspectivas, de entender las distancias, los objetos eran como sombras, apenas podía escribir y tenía que pedir a sus amistades que le leyeran.[8] En «La vida quieta» hay un fragmento que me la hace imaginar:

Es el cerebro una gran negrura de oquedad en que todo ruido, todo rumor, por insignificante que sea, repercute, molesta, exaspera. Bordonea una abeja. Rebullo. Aprieto los dientes. Me duele el bordoneo como si en la cabeza me giraran matracas. Tensa de impaciencia con ojos torvos miro el rumoroso punto dorado que raya el silencio. Pesa el calor sobre los párpados obligando a cerrarlos.

Cuesta creer que en esa condición pintara decorados tan vivos; me refiero a la capacidad asombrosa de su escritura para transformar la naturaleza en deseo, belleza salvaje, sensualidad, ruptura, osadía; toda la libertad que sus personajes mujeres no alcanzan, usted la pinta al otro lado del hueco en el muro.

Dentro de la celda la situación *interior* de sus mujeres es tan clara, tan grave el peso de las cadenas, tan difíciles de romper. La lectura de sus cuentos me hace pensar tanto en el amor, en esa ilusión de que el amor, ese otro ilusorio, podría abrir la puerta de la celda si quisiera, y nunca puede o quiere, llega tan cerca y algo se interpone. ¿Será que la ilusión no es la llave?

En cambio, en la narración del exterior usted se escapa a

horcajadas de la poesía. Su cuasi ceguera, el borroneo, las sombras, actúan como un filtro que impide el paso de la conciencia, que permanece atrapada junto a las mujeres en la cárcel. En el exterior, usted vuela lejos de esas mujeres sin atrevimiento, derrotadas por la ilusión. Al otro lado del muro castigado por la lluvia nace un camino posible para ir a contrapelo de lo real; desaparecen las explicaciones, las condiciones sociales, las determinantes morales: asoma el misterio, lo fantástico, la extrañeza, el absurdo, lo irreal.

Seguía mirando arriba, la enormidad del monumento, del que solo veía ahora el pecho del caballo, una de las poderosas patas delanteras alzadas y en violento escorzo la cabeza, todo ello en sombra destacándose contra un cielo de primavera destemplada, de tarde sin nubes, de pájaros silenciados por el viento que traía del sur sus lienzos humedecidos, de árboles desdibujados por la inquietud. Tal vez un ángel había encendido el lucero, tan luminoso, tan deslumbrador, tan inverosímil. [9]

No sabe el deseo que siento de continuar este párrafo, llevar al bello aparecer de este lucero inverosímil a que dinamite el muro y se fuguen cabalgando ebrias hacia el bosque de la noche. Ahora sí puedo formular la pregunta que originó el deseo imperioso de escribirle aunque usted no pueda leer mi carta. Se lo pregunto a usted y, también, a quienes leerán esta antología: ¿Será la tradición realista de nuestra narrativa —no así la poesía— lo que impide que el lucero inverosímil nos saque por el hueco abierto en el muro?

Suya,

Cynthia Rimsky
Argentina, 17 enero 2020.

Gabriela

Se hablaba de accidentes en que se palpa la fatalidad. Se contaban muchas historias, y cuando un silencio de angustiosa interrogación se tendió a lo negro de lo ignoto, lentamente, con una voz musical que cantaba el final de las sílabas, una mujer joven habló:

—Yo he sentido que la muerte me seguía.

Muy alta, esbelta, con una flexibilidad de quila en los movimientos, Gabriela se hundía en un sillón policromado por cojines fantásticos. Vestida de negro, la seda diseñaba las formas sobrias en curvas, dando la sensación de que iba desnuda bajo el traje. Tenía el cutis pálido, con una blancura viva que daba luz y ni una pinta de rosa se mezclaba a su albor. En el rostro eran sombras las ojeras y negrura de abismo las pupilas fijas, alucinadas, extrañas, desconcertantes bajo la onda de pelo rubio que le cubría la frente, alborotándose atrás en una corta melena. La nariz recta se estremecía en un constante husmear perfumes y luego —mancha de sangre en un lino— se dibujaba la boca alta y breve. Los brazos bajaban desnudos, yendo a unir las manos sobre las rodillas en un gesto de plegaria.

—Fue —prosiguió, instada mudamente por los ojos que la miraban— una tarde en la montaña, durante un verano en que acompañé a mi marido en el fundo. Sofocaba un roce que ardía en el horizonte, la hoguera enorme se iba a lo alto a crear nubes de humo y un olor acre se pegaba a la garganta, dificultando la respiración. A veces se percibía el fragor de los árboles al troncharse. Bandadas de pájaros pasaban sin rumbo, piando despavoridos. La vegetación se mustiaba en una languidez de muerte y hasta los animales mostraban fatiga e inquietud.

»Poco a poco fue cogiéndome una pesadez molesta, una especie de sopor que me embotaba el cerebro, y creyendo que el movimiento lo ahuyentaría, me puse un sombrero y tomé por la carretera bordeada de pinos.

»Al final de la planicie —donde la carretera empieza a sumirse en una cuesta— tuve la sensación de que alguien me miraba desde el otro lado de la cerca. Me detuve vacilante, angustiada sin saber por qué. Quise volverme, regresar a casa…, y no pude. Una fuerza superior e incontrastable me empujó hasta una puertecilla practicada en la cerca, me hizo abrirla, empujarla, avanzar.

»Delante de mí serpenteaba un estrecho atajo que iba al molino, vereda abrupta llena de baches y guijarros sueltos, peligrosa por su descenso rápido y constante, que abajo desembocaba junto a un ancho canal.

»Quise volverme nuevamente, pero el cuerpo no me obedeció y atento a otra fuerza que lo impelía siguió camino adelante. Iba lenta, sin detenerme, sin poder detenerme, ahora con la sensación de que alguien me seguía, queriendo recoger el roce de los pasos que debían ir tras de mí y no logrando escuchar otra cosa que los golpetazos de sangre que enviaba el corazón al cerebro; queriendo volverme y no haciendo otro movimiento que el de avanzar, apresurándome por instantes.

»Encontré a una mujer que venía en sentido contrario seguida por un perro. Quise detenerme: no pude. Quise hablarle: no pude. Quise hacer un gesto: no pude. La mujer pasó junto a mí dándome las buenas tardes, quedó atrás. Yo seguía avanzando, rígida, muda, mecánica.

»El perro se había detenido y me aguardaba gruñendo, erizado, mostrando los dientes agudos. Aquel perro me conocía y humilde y cariñoso jugaba siempre conmigo. Ahora se replegaba sobre sí mismo, tomando impulso para saltar. Al verlo en el aire creí que caería sobre mí destrozándome. Pero no, atacaba lo que yo sentía seguirme, atacaba algo que sus ojos de visionario percibían. Oí su grito de dolor y, tras un espacio de silencio, su aullar agorero me escalofrió pavorosamente. ¿Contra qué había chocado?

»El perro también quedó atrás. Yo seguía avanzando, corriendo. Todo pasaba junto a mí en vértigo de rapidez. Me sentía hundir en algo negro, en la muerte que me esperaba abajo. Ya no corría: daba

saltos, obligada, empujada, golpeada. Me veía caer de bruces y rodar hasta el agua del canal. ¡Oh, qué horror! Y seguía saltando, desacompasada, brusca, roto el nudo de la garganta por gritos guturales que me parecían de monstruos, tan ajenos eran a mi voz.

»Un salto. ¿Caería a este? No, aún no. ¡Otro! ¡Otro! ¿Ya? No… Y de pronto, no sé cómo ni por qué fuerza desesperada del instinto de conservación, conseguí echarme y caer hacia atrás, quedándome rígida, inmóvil, pero sin perder el conocimiento. Entonces, por sobre mí pasó algo helado, horrendo, indescriptible, algo como ese viento sur que en primavera nos enfría hasta los tuétanos, algo como la sensación que produce el roce de un animal viscoso, algo como si al mirarnos en un espejo encontráramos reflejados los huesos mondos de un esqueleto. Fue un momento pavoroso en que sentí que la vida se me iba, que se me helaba la sangre. Entonces perdí el conocimiento.

»Dicen que cuando me encontraron me dieron por muerta: tan pálida estaba. Volví a la conciencia después de muchos días de fiebre y lentamente me fui reponiendo, pero nunca, nunca, se ha conseguido que un poco de sangre me coloree la piel. ¡Quedó alba de horror al paso de la muerte!

Un silencio. La mujer callada parecía seguir —con las pupilas en el vacío— la visión de cuanto había evocado. Las cejas se unían en una horizontal de sufrimiento y la boca reseca se abría anhelante sobre los menudos dientes deslumbradores. Extraordinaria de expresión, semejaba una máscara trágica, de esas que el Renacimiento gustó de pintar en los infiernos dantescos.

Callaban todos. Las mujeres se estremecían sintiendo en los nervios el cosquilleo del miedo. Los hombres… Uno preguntó a otro quedamente:

—¿Usted lo cree, doctor?

—¿Yo? No…, acaba de inventarlo. Es una histérica, pero tiene talento.

Soledad de la sangre

El pie era de bronce, con un dibujo de flores caladas. Las mismas flores se pintaban en el vidrio del depósito y una pantalla blanca, esférica, rompía sus polos para dejar pasar el tubo. Aquella lámpara era el lujo de la casa. Colocada en el centro de la mesa, sobre una prolija carpeta tejida a crochet, se la encendía tan solo cuando había visita a comer, acontecimiento inesperado y remoto. Pero se encendía también la noche del sábado, de cada sábado, porque esa víspera de una mañana sin apuro podía celebrarse en alguna forma y nada mejor, entonces, que la lámpara derramando su claridad por la maraña colorida del papel que cubría los muros, por el aparador tan simétricamente decorado con fruteros, soperas y formales rimeros de platos; por las puertas de la alacena, con cuarterones y el cerrojo de hierro y su candado hablando de los mismos tiempos que la reja que protegía la ventana por el lado del jardín. Sí, en cada noche de sábado, la luz de la lámpara marcaba para el hombre y la mujer un cuenco de intimidad, generalmente apacible.

De vivir en contacto con la tierra, el hombre parecía hecho de elementos telúricos. Por el sur, montaña adentro, mirándose en el ojo translúcido de los lagos, pulidos de vientos y de aguas, los árboles tienen extrañas formas y sorprendentes calidades. En esa madera trabajada por la intemperie sin piedad estaba tallado el hombre. Los años le habían arado la cara y en ese barbecho le crecían la barba, los bigotes, las cejas, las pestañas. Y las greñas, negrísimas, lo coronaban con una mecha rebelde, que siempre se le iba por la frente y que era gesto maquinal suyo el colocar en su sitio.

Ahora, en la claridad de la lámpara, las manazas barajaban

cuidadosamente un naipe. Extendió las cartas sobre la mesa. Absorto en el juego, despacioso y meticuloso, porque el solitario iba en camino de «salir», una especie de dulcedumbre le distendía las facciones. Apenas si le quedaban cartas en la mano. Sacó una. La volvió y súbitamente la dulcedumbre se le hizo dureza. Miró con sostenida atención las cartas, la otra carta en la mano. Dejó el mazo restante y se echó el mechón hacia atrás, hundiendo y fijando los dedos en el pelo. Volvió la dulcedumbre a esparcírsele por la cara. Levantó los párpados y aparecieron los ojos como las uvas, azulencos. Una mirada precauciosa que se fijó en la mujer, que halló los ojos de la mujer, grises, tan claros que a cierta luz o de lejos daban la inquietante sensación de ser ciegos.

—Haga cuenta que no lo estoy mirando y haga su trampa no más… —dijo la mujer con voz cantante.

—¿Será muy feo? —preguntó el hombre.

—Como feo, es feo.

—¡Que siempre me ha de fallar! ¡Vaya, por Dios! ¡Lo haré de nuevo! —y juntó las cartas para barajarlas.

A veces el solitario «salía». Otras «se ponía porfiado». Pero siempre, a las diez horas que resonaban en la galería caídas del viejo reloj, el hombre se alzaba, miraba a la mujer, se acercaba hasta poner una mano sobre la cabeza y acariciaba el pelo, una y otra vez, para terminar diciendo, como dijo esa noche:

—Hasta mañana, hijita. No se quede mucho rato, apague bien la lámpara y no meta mucha bolina con su fonógrafo. Déjeme que agarre el sueño primero…

Salió cerrando la puerta. Oyó sus trancos por la galería. Luego lo sintió salir al patio, hablar algo al perro, volver, ir y venir por el dormitorio, crujir la cama, caer uno tras otro los pesados zapatos, crujir de nuevo la cama, revolverse el hombre, aquietarse. La mujer había abandonado el tejido sobre el regazo. Respiraba apenas, entreabierta la boca, toda ella recogiendo los rumores, separándolos, clasificándolos, afinada la sensibilidad auditiva a tal punto que los sentidos todos parecían haberse convertido en un solo oído. Alta, fuerte, tostada de sol la piel naturalmente morena, hubiera sido una criolla cualquiera si los ojos no la singularizaran, haciéndole un rostro que la memoria, de inmediato, colocaba en sitio aparte. La tensión le hizo brotar una gotita de transpiración en

la frente. Nada más. Pero sentía la piel enfriada y, con un gesto inconsciente, pasó una lenta mano por ella. Luego, con la misma ausencia, miró esa mano. Cada vez parecía más tensa, más como una antena captadora de señales. Y la señal llegó. Del dormitorio y en forma de ronquido, al que arrítmicamente siguieron otros.

Se le aflojaron los músculos. Los sentidos se abrieron en su exacta estrella de cinco puntas, cada cual en su trabajo. Pero aún siguió inmóvil la mujer, con las pupilas desbordadas fijas en la lámpara.

¿Cuándo había comprado aquella lámpara? Una vez que fue al pueblo, que vendió la habitual docena de trajecitos para niño, tejidos entre quehacer y quehacer, entre quehaceres siempre iguales, metódicamente distribuidos a lo largo de días indiferenciados. Compró aquella lámpara, como había comprado el aparador, y los muebles de mimbre, y el ropero con espejo, y el edredón acolchado y… Sí, como había comprado tanta cosa, tanta… Claro, ¡en tantos años! ¿Cuántos años hacía? Dieciocho. Había cumplido ahora treinta y seis y tenía dieciocho cuando se casó. Dieciocho y dieciocho. Sí… La lámpara. El aparador. Los muebles de mimbre… Nunca creyó ella, de esto estaba segura, que tejiendo podía ganar dinero no solo para vestirse, sino para darse comodidades en el hogar.

Él dijo, apenas casados:

—Tiene que agenciarse para hacer su negocito y ganar para sus faltas. Críe pollos o venda huevos.

Ella contestó:

—Usted sabe que no soy entendida en esas cosas.

—Busque algo que sepa, entonces. Algo que le hayan enseñado en la profesional.

—Podría vender dulces.

—Pierda las esperanzas en estos andurriales. Debe ser algo que se pueda llevar por junto al pueblo una vez al mes.

—Podría tejer.

—No es mala idea. Pero hay que comprar la lana —agregó, súbitamente intranquilo—. ¿Cuánto necesitaría para empezar?

—No sé. Déjeme ver precios. Y hablar en la tienda, a ver si se interesan por tejidos.

—Si no sale muy caro…

Y no resultó caro y sí un buen negocio. La mujer del propio dueño de la tienda compró para su hijo la primera entrega, que era tan solo una muestra. Un lindo trajecito, como nunca niño alguno lo tuvo por aquellos «andurriales», en que la gente manejaba dinero y adquiría cosas sin gracia en negocios en que el barril de sebo se aparejaba con los frascos de Agua Florida y las casinetas estaban junto al bálsamo tranquilo. Fue un buen éxito el suyo. Le hicieron encargos. Tejió para toda la región. Pudo subir los precios. Nunca daba abasto para los pedidos pendientes. Cuando vio que prosperaba, él dijo un día:

—Bueno es que me devuelva los diez pesos que le presté para empezar sus tejidos. Y que no se gaste toda la plata que gana en cosas para usted no más. Claro es que no voy a decirle que me dé esa plata a mí, es suya, sí, bien ganada por usted, y no le voy a decir que me la entregue —repetía siempre lo que acababa de expresar, con una insistencia en que quería a sí mismo puntualizar su idea—, pero ya ve, ahora hay que comprar una olla grande y arreglar la puerta de la bodega. Bien podía hacerse cargo de las cosas de la casa, ahora que maneja tanta plata, sí…, tanta plata…

Compró la olla grande, hizo arreglar la puerta de la bodega. Y después, compró, compró… Porque significaba una alegría ir convirtiendo aquella destartalada casa de campo, comida por el abandono, en lo que ahora era, casa como la suya allá en el norte, en el pueblecito sombreado de sauces y acacias, con el río cantando o rezongando valle abajo y la cordillera ahí mismo, presente siempre, fondo para las casitas como de juguete: azules, rosadas, amarillas, con zaguanes anchos y un jazmín aromando las siestas, y frente al portalón un banco pintado de verde propicio a las charlas de prima noche, cuando los pájaros y el ángelus se iban por los cielos en el mismo aire y los picachos tenían súbitos rosas y lentos violetas, antes de dormirse bajo el cobijo de atentas estrellas fulgurantes.

Cerró los párpados, como si también ella debiera dormirse al amparo de esa cautela. Pero los abrió enseguida, escuchó de nuevo, segura de oír el ritmo del que dormía. Entonces se alzó y con silenciosos movimientos abrió la alacena, y del más alto estante fue sacando y colocando sobre la mesa un viejo fonógrafo, inverosímil de forma, como un armarito cuyas portezuelas mayores abiertas

dejaban ver un encordado de cítara, al sesgo sobre la boca del receptor, que no era otra cosa que un pequeño círculo abierto en la caja sonora. Abajo otras portezuelas, más pequeñas, dejaban ver el asiento verde de los discos. Aquel era lujo suyo, no como la lámpara, lujo de la casa, sino suyo, suyo. Comprado cuando la señora de «Los Tapiales», de paso por el pueblo, la hallara en la tienda y viera sus tejidos y le preguntara si podía hacerle unos abrigos para sus niñitas. ¡Qué linda señora, con una boca grande y tierna y la voz que arrastraba las erres, como si fuera madama, y no lo era, y eso a ella le daba tanta risa! ¡Cómo tuvo de trabajo ese verano! Fue entonces cuando vio cumplido su anhelo de tener un fonógrafo con discos y todo. Él se lo dejó comprar. ¡Para eso ganaba harta plata!

—Cómprelo no más, hijita. Lo suyo es suyo, claro, pero bueno sería que también se ocupara de ver si me puede comprar una manta a mí, que la de castilla está raleando. Porque yo la manta la necesito y como tengo que juntar para otra yunta, no es cosa de distraer pesos, y como usted está ganando tanto… Pero es claro, sí, que se compra el fonógrafo también y antes que nada…

Primero compró la manta e inmediatamente el fonógrafo. Nunca mayor su gozo que de regreso a su casa y el fonógrafo colocado en la mesa y ella transida, oyendo la cadencia del vals o la marcha que se interrumpía de pronto para dejar oír un repique de campanas. Se lo habían vendido con derecho a dos discos que ella eligiera despaciosamente, impaciente él al verla indecisa luego de elegir el primero —que era aquel en que estaban el vals y la marcha—, haciéndose ensayar uno tras otro todo un álbum. Hasta que, cada vez más impaciente, dijo:

—Se está haciendo tarde. Mire cómo baja el sol. Hay que irse, sí; nos va a agarrar la noche si no. Lleve ese que tiene separado y este. Uno porque le gusta y otro a la suerte… —y sacó al azar un disco del cajón.

Que resultó con canciones españolas llenas de quejumbres, que ni a él ni a ella les gustaron y que una vez intentó vanamente cambiar. Y cuando, tiempo adelante, insinuó tímida el propósito de comprar más discos, él, con la cara terrosa que solía poner en su hora negativa, contestó severamente:

—No más bullanga en la casa… Basta con la que tiene y con que

se la aguante.

Nunca insistió. Cuando estaba sola, en el campo trabajando él y sus peones, sacaba el fonógrafo y de pie, con el vago azoro de estar «perdiendo el tiempo» —como decía él—, juntas las manos y rebulléndole en el pecho una espiral de gozo, se dejaba sumergir en la música dulcemente.

A él no le gustaba nada este «perder el tiempo». Ella lo sabía bien y no se dejaba arrastrar por el imperioso deseo de oír el vals o de oír la marcha. Pero con ese hábito de contarle cuanto hiciera en el día, con minucia a que la había acostumbrado desde el comienzo de su vida matrimonial, decía, abiertos los párpados y las pupilas dilatadas:

—Molí la harina para los peones, cosí su chaqueta de abrigo, amasé para la casa… —hacía una pausa imperceptible y agregaba muy ligero—: oí un ratito el fonógrafo y nada más…

—Ganas de perder el tiempo…, el tiempo que sirve para tanta cosa que deja plata, sí, de perderlo… —Lo decía en distintos tonos, a veces comprobando una debilidad en la mujer, ligeramente protector y condescendiente; a veces distraído, maquinal, echando atrás la mecha rebelde, trabajado por otra idea; a veces entorvecido, leñoso y asustándola, que nunca había podido sobreponerse a una obscura sumisión instintiva de hembra a macho, que antaño se humillaba al padre y ogaño al marido.

Cuando ella, sin insinuación alguna, compró para él aquella chaqueta de cuero, lustrosa como si estuviera encerada, negra y larga, que el tendero decía que era de mecánico y en la cual la lluvia no podía filtrar, así cayera en los tozudos aguaceros de la región; cuando la compró y misteriosamente la trajo a casa y dejó el paquete frente a su sitio en la mesa, para que la hallara sorpresivamente, dulcificado al verla, el hombre pasó la manaza sobre el pelo suave, peinado en trenzas y alzado como una tiara sobre la cabeza:

—¡Buena la vieja! Trabajadora, como deben ser las mujeres, sí. Y oiga, hijita, esta noche que es sábado encienda la lámpara y así yo podré hacer mejor mi solitario. Y cuando me vaya a acostar, usted se queda otro ratito y toca su fonógrafo. Sí, lo toca, pero cuando yo me quede dormido. Sáquese el gusto usted también…

Así nació la costumbre.

Bajó un poco la luz de la lámpara. De puntillas se fue hasta la ventana y la abrió, dejando entrar la noche y su silencio. Volvió a la mesa, dio la cuerda con precaución, juntó las manos y esperó.

Tará…, rará…, tarará…

La marcha. Y súbitamente todo en su contorno se abolió, desapareció sumergido en la estridencia de las trompetas y el redoble de los tambores, arrastrándola hacia atrás por el tiempo, hasta dejarla en la plaza del pueblo norteño, después de la misa de once en domingo sin lluvia, revolando el tambor mayor la guaripola y a su siga, a paso de parada, la banda dando la vuelta final por el contorno del paseo, con la chiquillería delante y un perro mezclado a sus carreras, mientras las señoras en su banco tradicional comentaban mínimos problemas, los señores hablaban de la vendimia y ellas, ella y sus hermanas, ella y sus amigas, del brazo, con las trenzas desasosegadamente resbalando por los pechos que ya combaban suspiros, pasaban y repasaban ante los mayores, cruzando grupos de muchachos, que parecían no verlas y que al fijar lo circundante solo a una de ellas miraban, sorbiéndola como sedientos a agua de campo, en propio manantial con ávida boca que el deseo agranda.

Era la hora en que se estrenaban los trajes. A veces eran rosas o celestes. O blancos con lazos rosas o celestes. A veces eran rojos o marinos, y esto quería decir que por el cielo de un desvanecido azul unas nubes desflecaban sus vellones y que el viento ya se había llevado la última hoja de obscuro oro. Recordaba particularmente un abrigo rojo, con cuello redondo de piel blanca, rizosa y suave a la cara y un manchón como un barrilito, colgado del cuello por un cordón blanco también. Y la advertencia de la madre:

—Las manos se ponen en el manchón y ya no se sacan más. Claro que para saludar… —añadió tras una pausa reflexiva.

Iban y venían, tomadas del brazo. Cuchicheaban cosas incomprensibles, inauditas confidencias que acercaban sus cabezas, murmullos apenas articulados y que de pronto las sacudían en largas risas que dejaban perplejos a los árboles, porque no era época de nidos, o los alborozaban en aprobatorios cabeceos, en la otra época en que los pájaros trataban de glosar esos trinos. A veces, no, una vez, levantó ella la cara, para mejor atrapar la risa que siempre le parecía caerle de arriba, y así en escorzo, las pupilas hallaron la

mirada de unos ojos verdes, de verde pasto nuevo y en cara de muchacho atezado de soles, fuerte y como renoval. Un instante tan solo. Pero un instante para llevárselo a casa y atesorarlo y meterlo en lo hondo del corazón y sentir que una angustia y un calor y un deseo vago de llorar y de pasarse por los labios la yema fina de los dedos la atormentaban súbitamente, en medio de una lectura, de una labor, de un sueño. Volverlo a ver. Sentir de nuevo la impresión de que la vida se le paraba en las venas. Que ese segundo en que la mirada verde del muchacho la fijaba era el porqué de su existencia. ¿Quién era? Del pueblo no, conocido no. Tal vez veraneante de los alrededores. Cautelaba su secreto tesoro. Charlaba menos, reía rara vez. Pero las pupilas parecían agrandársele, anegarle la cara en esa busca de la silueta vigorosa, vestida como no se vestían los muchachos del pueblo. Llegaba en un auto chiquito. Lo dejaba al costado del club. Iba a misa. Lo divisaba atento y circunspecto, en el presbiterio, un poco al margen del grupo de hombres. Terminada la misa, iba a la confitería, llenaba de paquetes el auto, daba después una vuelta por la plaza para ir al correo, deshacía camino, subía al coche y partía.

Claro era que las otras muchachas lo habían notado. Y muertas de risa con sus indumentarias, con los pantalones de golf o de montar, le llamaban el «Calzonudo». Para su recóndita desesperación.

Seguía la marcha llenando la casa de acordes. Irrumpían las campanas. Como un repique. Igual que en ciertos domingos, cuando había misa mayor; pero estas eran campanas más sonoras, más armónicas, como si a la vez que tocaran el repique se mezclaran a ellas acentos de inusitado goce.

Terminó la marcha. Cambió la aguja, le dio nueva cuerda, volvió el disco y ahora el vals comenzó a girar alrededor de la mesa, música como que bailara, compás que creaba lentas o rápidas pompas de jabón irisando sus colores.

Nunca supo cómo se llamaba, quién era, de dónde venía. Un domingo no apareció. Ni otro. Ningún otro. Una chiquilla apuntó:

—¿Qué será del «Calzonudo»?

—Se lo habrá comido la Calchona —contestó otra, y se echaron a reír.

A ella le dolía el pecho y por la garganta le hurgaba la uña fina

del llanto. Se le atirantaban las comisuras de la boca y los ojos, como nunca, le llenaban la cara. Ya en la casa, buscó el rincón más recoleto, en la pieza de los trastos, entre la caja del piano y una ruma de colchones, y allí largó su pena, abrió el corazón, dejándola salir y envolverla en su pegajoso manto, adherido a ella como nueva piel, humedecida y dolorosa. Le llovían las lágrimas por la cara. No verlo más. Nunca saber su nombre. Nunca volver a encontrarlo. Arreciaba el llanto. ¿Qué mirada iba a tener para ella esa magia? ¿Ese quemar que le ardía adentro, no sabía dónde, como anhelante espera de no sabía qué dicha? ¿Su nombre?… Enrique… Juan… José… Humberto… ¿Y si se llamaba Romualdo, como su abuelo? No importaba. Ella lo querría siempre, con cualquier nombre… Lo querría… Quererlo… Quererlo como quiere una mujer, porque ella ya lo era y sus quince años le maduraban en los pequeños pezones, mulliendo zonas íntimas y dando a su voz un súbito trémolo obscuro. Quererlo siempre… Parecía deshacerse en llanto. Y de repente se quedó quieta, suspirante y quieta, sin lágrimas, con la pena diluida, sin forma y lejana. Suspiró de nuevo. Se limpió los ojos. Y se halló pensando en que a lo mejor estaban buscándola por la casa, que debía ir a lavarse la cara sollamada, que… Sí, era una vergüenza confesárselo, pero tenía hambre. Y se fue pasito por entre los trastos, atisbando para salir sin ser vista e ir a refrescarse la cara en el pilón del patio.

La madre la miraba a veces azorada y solía murmurar:

—Qué mujerota de chiquilla…

El padre era más definitivo en sus conclusiones y decía a gritos:

—Mire, Maclovia, a esta tenemos que casarla cuanto antes.

Por años lloró su pena entre la caja del piano y la ruma de colchones. Nunca nadie supo nada. Le levantaron las trenzas, que desde entonces llevó como tiara alrededor de la cabeza; bajaron los dobladillos de todos sus vestidos. Nadie decía que era bonita. Pero no había hombre que no se sobresaltara al verla, perdido en la contemplación de los ojos grises, con algo que era casi un vértigo ante la pulpa ardida de la boca. Aparecía cortés e indiferente. Tenía que guardar su recuerdo, cuidar su ensueño y tan solo en un país de silencio podía hacerlo. Los hombres la miraban, se detenían un punto junto a ella, pero todos, unánimemente, se iban hacia otras muchachas más asequibles a su cortejo.

El padre presentó un día al futuro marido. Era de tierras del sur, propietario de una hijuela, de vieja familia regional. Ya mayor, claro que no «veterano»; esto lo decía la madre. Como añadía también: «Buen partido».

Dejó, indiferente, que entre unos y otros interpretaran su aquiescencia y la casaran. Este u otro era lo mismo. Que ninguno era el suyo, el que ella quería, mirada verde para dulzor de su sangre. ¿Este? ¿Otro? ¡Qué importaba! Y había que casarse, según decía la madre, sonriente y persuasiva, y según ordenaba el padre con su voz tonante que no aceptaba disensiones.

Recordaba lo incómodo del traje de novia, la corona que le oprimía las sienes y su terror a desgarrar el velo. El novio murmuraba:

—Costó tan caro…, cuídelo…

Terminaba el vals. Un momento el silencio llenó la casa, un tan completo silencio que hacía daño. Porque era tan completo que la mujer empezó a sentir su corazón, y el terror le abrió la boca y entonces oyó jadear su respiración. Pero también sintió el ronquido en la otra pieza, cortado al interrumpirse la música y que de nuevo el subconsciente tranquilizado imponía al dormido. Oyó luego un grillo en el patio. Se alzó lentamente y miró, afuera, el campo negro y extenso, que sabía llano, sin nada en la lejanía sino el anillo del horizonte. Llano. Llanura. Y en medio ella y su vigilia, parando recuerdos, acariciando el pasado. Perdida en el llano. Sin nadie para su ternura, para mirarla y encenderle dentro ese ardor que antes le caminaba por la sangre y estremecía su boca bajo el tembloroso palpar de sus dedos. Sola.

Se volvió al fonógrafo. Hubiera querido repetir el sortilegio. De nuevo tender el lienzo melódico para allí proyectar una vez más las imágenes. Pero no. El reloj dio una campanada. Las diez y media. No fuera a despertar…

Con la misma cautela del que maneja seres vivos y frágiles, guardó el fonógrafo, los discos, cerró la alacena, puso la llave en su bolsillo. Del aparador sacó una palmatoria, encendió la vela.

Entonces apagó la lámpara.

Y salió a la galería, detrás del fuego fatuo de la luz y seguida por entrechocadas sombras de pesadilla.

Cuando llevó el arroz con leche al comedor, creyó haber realizado el último viaje de la noche y que entonces podría sentarse a esperar que el huésped se fuera. Pero los dos hombres, lámpara por medio, cuchareaban alegremente como niños y, una vez rebañado el plato, levantaron ambos la cabeza y se la quedaron mirando, pedigüeños y golosos.

—Sírvanse otro poquito —dijo ella, arrimando la fuente.

—¡Cómo no, patrona; si está que es un gusto comerlo! —admitió el huésped.

—¡Es que la vieja tiene buena mano para estas cosas! —y agregó el hombre confidencialmente, porque el vino se le estaba desparramando por el cuerpo—: Cosas que le enseñaron en la profesional; vale la pena tener mujer leída, amigo; sí, se lo digo yo, y créame…

Ella esperaba, incómoda en la silla, las manos modosamente sobre el mantel. Habían comido con abundancia de res muerta en el día y el vino terminándose en la damajuana. Sería cuestión de aguardar un rato la obligada sobremesa y entonces el huésped se iría. Que su casa estaba lejos y la noche se mezclaba al viento y grandes nubarrones hacían y deshacían formas sobre pálidas estrellas.

La distrajo la voz del hombre:

—¿Y ese café? Apúrese, que el tren no espera… —y rio su frase, dando una puñada sobre la mesa que hizo vacilar la lámpara.

No habían terminado sus viajes a la cocina… Salió a la galería, pensando, afligida, que a lo mejor el fuego estaba ya apagado y encandilarlo era tarea para rato. Pero bajo las cenizas el punteado rojo del rescoldo la hizo casi sonreír y el agua estuvo pronto hervida y la cafetera, importante en sus dos pisos, sobre la bandeja, y ella de nuevo atravesando la casa obscurecida, que la luz del reverbero solo parecía espesar lo negro en los rincones.

En el comedor los dos hombres discutían con parsimonia, en pie aún su cazurrería criolla, porque aquella comida estaba destinada a cerrar un negocio de compra de chanchos que el huésped viniera a ver desde el pueblo, y la tarde, que si yo pido y yo ofrezco, se había pasado en tanteos y todavía no se llegaba a nada concreto.

—El lunes le mando un propio con la contestación —decía el huésped.

—Es que mañana, domingo, tengo que contestarle a uno de estos lados, que también se interesa y no puedo dilatarme más, usted comprende, sí; no es cosa de dejarlo esperando y que se eche para atrás y usted también y pierdo un buen comprador…

—Es que usted se pone en unos precios…

—Los que valen los chanchos, amigo; mejores no los va a encontrar. Como esta cría no hay otra por estos lados, usted lo sabe bien, sí…

La mujer había sacado las tazas, el azúcar; ahora les servía el café. ¡Que arreglaran luego su negocio y el huésped se fuera! Y se sentó de nuevo, en la misma postura de antes, tan idéntica, tan como recortada en un cartón y colocada allí, tan erguida, inexpresiva y misteriosa que, súbitamente, los dos hombres se volvieron a mirarla, como atraídos por la fuerza estática que de ella emanaba.

El huésped dijo:

—¡Tan calladita la patrona!

Y el hombre, vagamente molesto sin saber por qué:

—Sirva aguardiente, pues.

Volvió a ponerse de pie, pero esta vez no para ir a la cocina. Abrió la alacena y se empinó para alcanzar arriba la botella arrinconada tras el fonógrafo. El huésped, que la miraba hacer, preguntó solícito:

—¿Quiere que le ayude, patrona? Le queda alta la botella.

—Mírenla qué arisca la botella…, por algo había de ser mujer. Pero para eso estoy yo, sí… —exclamó el hombre, y se alzó a tomarla.

Le tropezaron las manos en el fonógrafo y añadió, gozoso de hallar otro homenaje que ofrecer al huésped:

—Vamos a decirle a la patrona que nos toque un poco el fonógrafo. Yo le llamo «su bolina», porque hay que ver cómo es de gritón; pero a ella le gusta y yo la dejo que se saque el gusto. Así soy yo, sí. Toque algo para que oiga el amigo. Ponga lo más bonito. Pero antes nos sirve algo, sí…

Colocó al borde de la mesa la botella y el fonógrafo. La mujer se había quedado quieta, oyendo lo que el hombre decía. Pero cuando las manazas se apoderaron del armarito, una especie de resentimiento le remusgó en el pecho, lento, iniciándose apenas. El

fonógrafo era su bien suyo y nadie tenía derecho sobre él. Nunca nadie lo había manejado, sino sus manos de ella, que eran amorosas y como para un hijo. Tragó saliva y los dientes se le apretaron después, marcándole la arista dura de la mandíbula, igual a la del padre e igual a la del lejano abuelo que viniera de Vasconia. Pensó que el aguardiente los haría olvidar la música y en vez de los pequeños vasos de vidrio verde y engañador, en que apenas si cabía una dedalada de líquido, puso los otros grandes de vino y los llenó a medias. Los hombres olieron el aguardiente, levantaron después los ojos, a la vez que entrechocaban las copas, y a una voz dijeron:

—¡Salud!

Y vaciaron de un sorbo el contenido.

—¡Esto es aguardiente! —dijo el hombre.

El huésped contestó con un silbido que pareció quedársele en la boca fruncida, gesto de estupor, porque algo empezaba a bailarle en los músculos sin intervención de su voluntad y esto lo dejaba así de perplejo y tan contento por dentro.

—Volvamos a hablar del negocio —propuso el hombre—. Ya está bueno que se decida, sí; mi precio es razonable, usted bien lo sabe y sabe que se lleva chanchos que en cualquier mercado se gana el doble, sí; criados a chiquero y media sangre el barraco, especiales para jamones…

El otro sonrió vagarosamente y asintió a cabezadas.

—¿Trato hecho, entonces? —preguntó el hombre—. ¿Trato hecho?

—Bueno el aguardiente, no se toma mejor por estos lados, ni en el hotel de los Piñeiro.

Era curioso lo que sentía: siempre esa especie de movimiento muscular que ahora se polarizaba en las rodillas y le lanzaba las piernas hacia todos lados, irreductiblemente, igual que a un payaso. ¡Y estaba tan contento!

—Bueno el aguardiente, claro, sí…, es regalo de mi suegro, que es del lado de las viñas y comercia en vinos. De lo mejor. ¿Trato hecho?

—¿Trato de qué? —preguntó estúpidamente, atento a su deseo de reír, a su imposibilidad de reír y al desconsuelo que empezaba a inundarlo. Y las piernas por debajo de la mesa bailándole, bailándole…

—Del negocio de los chanchos, sí…

—¡Ah! De veras… ¿Pero la patrona no iba a tocar la…, cómo le dijo…, la…, bueno… el fonógrafo?

La mujer lo odió con una violencia que lo hubiera destruido al hacerse tangible. Todas la malas palabras que oyera en su existencia, y que jamás dijo, se le vinieron de pronto a la memoria y las sentía tan vivas que su asombro era que los dos hombres no se volvieran a mirarla, despavoridos y enmudecidos ante esa avalancha grosera.

—¿Trato hecho?

—Música…, música…, la vida es corta y hay que gozarla…

Pero en vez de alargar la mano al fonógrafo, la mujer la había extendido hacia la botella y de nuevo les servía, desbordando las copas. Y como cada cual absorto en su idea no viera que se le había puesto delante, fue ella quien dijo, repentinamente cordial:

—¡Sírvanse! —e hizo un inconcluso gesto de invitación, una especie de saludo que se quedó en el aire, paralizado, mientras los miraba beber—: ¡Salud! —y le sorprendió el sonido ronco de su voz diciendo el buen augurio.

—¿Trato hecho? —insistió el hombre, enredada la lengua a las consonantes.

El otro no oía nada, sino que sentía crecer la marea de congoja, a la par que en sus oídos una chicharra se puso a mover su constante serrucho de siesta. ¿Y por qué le bailaban las piernas?

—Hermano, soy bueno… yo no merezco esto… —y la congoja se le desbordó en un hipar—. No quiero que me bailen las piernas, mis piernas son mías, mías… Música… —gritó súbitamente y medio se alzó, pero le falló el impulso y se fue de bruces sobre la mesa.

La mujer los miraba, quieta, con los ojos tan abiertos e inexpresivos, tan claros, tan enormes en su grisura. Que no se acercaran de nuevo a su fonógrafo, que no fueran a tomarlo; era suyo, allí residía su vida interior, su evasión a los días incoloros. Ella era exteriormente semejante a la llanura, plana, con la voluntad del marido como el viento rasándola; pero al igual que bajo napas de tierra está la corriente multiforme del agua, así ella tenía dentro su agua cantante diciendo las cosas del pasado. La música era de ella. De ella y ¡ay de quién se le acercara!

Pero el huésped alargó una mano torpe y la posó en las

portezuelas del fonógrafo, tratando de abrirlas. Que no las abrió, porque ella, violentamente en pie y dura sobre la mano de él, dijo también duramente:

—No. Es mío.

El huésped la miró, fruncida la boca y tratando de pensar algo que acababa de olvidársele. Recordó de pronto. Y volvió a estirar la mano que ella le quitara de la pequeña aldaba.

—¡Le digo que no!

—Mire cómo me agravia, hermano…

El hombre insistió codiciosamente:

—¿Trato hecho?

—Música… —contestó el huésped, empecinado.

—¿Por qué no toca algo? Meta bolina no más, hijita, sí; a su gusto. ¿No ve que vamos a cerrar el trato?

No pondría las manos en el fonógrafo. Eso nunca. El huésped se había alzado y esta vez sí que le obedecieron los músculos. Pero la mujer previno el ataque y se interpuso defensiva. El otro trastabilló por el comedor, hasta dar con la pared, y se volvió encendido en delincuencia, ciego para todo lo que no fuera su idea.

—Música…, música…

—¿Que se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa? —preguntó el hombre.

El huésped estaba sobre ella y ella sobre el fonógrafo, con todo el cuerpo defendiéndolo. Luchaban. El hombre los miró un instante estupefacto, repitiendo:

—¿Que se ha vuelto loca? ¿Que se ha vuelto loca?

Pero cuando el huésped dio un grito agudo porque los dientes de la mujer le desgarraban una mano, se abalanzó a separarlos, a defender al amigo, a defender su negocio, su trato ya casi hecho.

Ella les daba patadas y dentelladas, animalizada, furiosa, como si en el monte una puma defendiera sus lechales. Los hombres no sabían por qué recibían puñadas, por qué rodaban por el suelo, por qué la mesa se tambaleaba y la lámpara oscilaba su luz en un mareo peor que el de sus estómagos. El fonógrafo cayó con estrépito y las cuerdas resonaron, lamento de arboleda a la que arranca un fuerte viento sus hojas. El huésped estaba sentado en el suelo, aturdido, y de pronto se le soltó el llanto en sollozos que interrumpían los hipos. El hombre se apoyaba en la ventana, atónito con todo aquello y mirando a la mujer, que mostraba desgarrada la ropa,

deshecha la nobleza del peinado, con un tajo largo en la cara, limpiándose con el delantal rojo de sangre, manchada la blusa, empecinada en recoger del suelo los pedazos de los discos rotos, mirándolos y sollozando, limpiándose la sangre, sollozando y mirando dónde otros pedazos y limpiándose la sangre y sollozando.

Pero el huésped lo distrajo con sus enormes hipos.

—Hermano…, yo creía que estaba en casa de un hermano… Me han agraviado… a mí… —se lamentaba entrecortadamente.

—No llore más, hermano —y de súbito vuelto a su idea y lleno de solicitud y ternura—: ¿Trato hecho?

—Mugres, eso son nada más: mugres… —gritó la mujer, y con su haldada de pedazos salió del comedor, cerrando la puerta con un retumbo que asustó a las ratas en el entretecho e hizo que el perro la mirara sostenidamente con sus lentejuelas brillosas en la penumbra.

Afuera restallaban las crines del viento desatado en frenéticos galopes. Las nubes se habían apretujado, densas y negras, tiñendo los ámbitos y sin dejar ver perfil de cosa alguna. Como si aún los elementos no hubieran sido separados. Un grillo atestiguaba inmutable su existencia.

Iba huidiza, apretados contra el pecho los destrozados discos, sintiendo el fluir de la sangre por la herida, caliente y pegajosa en el cuello, adentrándose hasta la piel fina del pecho. Caminaba con la cabeza gacha, rompiendo la negrura y el viento. Caminaba. La casa estaba lejos, que no solo borrada por la sombra. El grillo quedó en lo imperceptible tenazmente inútil. Podía estar en el llano y ser el centro vivo de lo circundante desolado; podía estar en un valle limitado por ríos y precipicios; podía andar, andar, sin fin, hasta caer deshecha en la tierra dura, empastada hasta el mismo nivel con idéntica hierba; podía de pronto resbalar por la barranca e irse a estrellar en las lajas de un río sorbido por rojizas arenas; podía… Podía cualquier cosa suceder en ese negror de caos, confuso y pavoroso. Que a ella todo le era indiferente…

Terminar con todo. Morir contra la tierra, destrozarse en la hondonada. No sentir más ese ardor corrosivo, hiel en la boca y adentro hurgándole. Terminar con todo. No esforzarse más por

saber qué característica tuvo tal día, empecinada en sacar de la suma de nebulosas una fecha para diferenciarlo. No vivir mecanizada en el trajín y en el tejer esperando que llegara el sábado para comer el mendrugo de recuerdos incapaz de saciar la angurria de ternura de su corazón. Terminar con la sordidez rondándola, con el disfraz de «haga como quiera, pero…», de la meticulosidad, de la solapada vigilancia. No ser más. Nunca más volver a la casa y hallarse diciendo lo hecho y lo rendido, oyendo la insinuación de lo necesario por comprar y lo preciso por realizar. No encallecerse las manos majando trigo, ni con los ojos llorosos al humo del horno, ni sintiendo la cintura dolida frente a la batea del lavado. Jamás esmerarse en pintar una tablita y hacer una repisa, ni empapelar las habitaciones enflorándolas como un remedo de jardín. Nunca. Ni nunca más sentirlo volcado sobre ella, jadeante y sudoroso, torpe y sin despertarle otra sensación que una pasiva repugnancia. Nunca.

Le dolió como una larga punzada la herida que el aire enfriaba. La tocó y halló entre la sangre un punto duro. Pedazo de vidrio. Cacho de vaso roto que no supo cuándo en la lucha se le enterró allí. Con una especie de insensibilidad al dolor lo removió para sacarlo. Dio un gemido. Pero furiosa consigo misma, de un tirón brusco que desgarró más profundamente la carne, lo extrajo y arrojó lejos.

La sangre le corría por los dedos, por el cuello, por los senos. Toda manchada y pegajosa. Siguió andando. Desaparecer. Pero antes sollozar, gritar, aullar. El viento, con sus rachas, parecía metérsele por la carne abierta y hacer intolerable el dolor. Más grande aún, más agudo que el otro que le destrozaba el sentimiento. De pronto la mano que empuñaba el delantal, sosteniendo siempre los rotos discos, se abrió y todo aquello rodó por el suelo. Dio unos pasos más y cayó de bruces para sollozar sonidos que el viento agarraba con su fuerte mano y esparcía por los confines.

Como si el agua de los claros ojos al fin pudiera ser agua. Sentía que la boca se le abría y los extraños ruidos que lanzaba su garganta y los párpados sollamados y la frente rugosa y la sal del llanto. Y una mano pegada a la herida, violentamente dolorosa, y la sangre corriendo entre sus dedos y una trenza que debía estar empapada humedeciéndole la espalda. Se alzó sobre un codo, volteó

la cabeza. Y dio un grito agudo, porque por la cara le calentó un aliento y algo inhumano la empavoreció hasta perder el sentido.

El perro a ratos la olfateaba ruidoso, otros le lamía las manos, otros se sentaba y alzando la cabeza muy alto, con el hocico tendido hacia misteriosos presagios, daba su largo aullido lunero. Le lamía la cara cuando la mujer volvió en sí e instantáneamente supo que era el perro, aunque no sabía dónde estaba. Se sentó de golpe y de golpe también tuvo el recuerdo de lo inmediato.

Era como si no lo hubiera vivido. Tan extraño, tan ajeno a ella. Casi como la sensación de la pesadilla que acaba de hundirse en lo subconsciente. ¿Huía de un sueño, volvía de una realidad? Un gesto, al querer acariciar al perro que la rondaba inquieto, le dio el exacto contorno de los hechos. Gimió y el perro buscó de nuevo su rostro. Pero lo apartó, obligándolo a tenderse a su lado. Restañó la herida que manaba de nuevo sangre, ardiéndole como una quemadura.

Se podía morir desangrándose. Estarse así, quieta en la noche, en la proximidad cordial del perro hasta que la sangre se fuera escurriendo y con ella la vida, esa vida aborrecible que no quería conservar para provecho de otro. Eliminándola, vengaba su constante estado de humillación, rencores acumulados sordamente, resentimiento de existencia frustrada. Quitarse de en medio para que la soledad fuera el castigo del que no tendría quien trabajara, rindiera y diera cuenta de hechos y pensamientos, máquina para su regalo desaparecida y que le costaría hallar otra tan perfecta. No verlo más. Nunca ponerle delante la carne medio asada y verlo masticar con sus dientes de súbita blancura. Ni ver su mirada irse velando de niebla, cuando el deseo lo hacía estirar la mano hasta su cuerpo vanamente esquivo. No saberlo enredado en subterráneos cálculos: «Esto lo compra usted, porque esta platita mía es para guardarla y comprar cuando se pueda el campo de los Urriola, que están muy entrampados y tendrán al fin que vender, sí; o el campo de la viuda de Valladares, que con tanto chiquillo no va a prosperar y se lo van a sacar a remate, por las hipotecas…». Esperando como buitre, paciente, el momento de alzarse con la presa. Tierras. Tierras. Todo en él se reducía a eso. Vender. Negociar. Juntar dinero. Y comprar tierras, tierras.

No ser más. No pensar más. Sentir cómo la sangre se iba entre

sus dedos, corriendo pegajosa por el pecho, apozándose en el regazo, humedeciendo sus muslos.

El perro gemía ahora bajito, cada vez más inquieto. La mujer, súbitamente, abrió los ojos, que ya no tenían sino la propia agua clara del iris, y enfrentó una verdad: morir era también nunca más sacar los recuerdos del pasado, arcón con sus imágenes de ternura. Nunca más recordar… ¿Recordar qué? Y en una rápida e inconexa superposición de imágenes, trozos de escenas, retazos de frase, vio a la madre sentada frente al portalón, a ella con sus hermanas tomadas del brazo, a las palomas volando por el aire aromoso del jardín. Sintió tan exacto el olor de los jazmines que aspiró anhelante. Pero aparecieron otras imágenes: ella llorando entre la caja del piano y la ruma de colchones; ella silenciosa en la noche bajo la medalla de la luna, buscando la réplica de esa medalla en el fondo del pilón con mano distraída; ella frente al espejo, prendiéndose en las trenzas una ramita de albahaca y unos claveles, porque la Pascua era una porfiada esperanza; ella con la cara volteada por la risa y sus ojos atrapando la mirada verde que le agitaba en el pecho un tímido pichón, tan cálido, tan tierno y tan exactamente vivo, que la sorpresa de su mano era no encontrarlo allí anidado dulcemente… Nunca más todo eso. Morir era también renunciar a todo eso.

De repente se puso de pie. Le vacilaban las piernas y ante los ojos le bailaron chiribitas. Los cerró fuertemente. Se obligó a erguirse. Y fuertemente también apretó el delantal a la cara, que no quería que la sangre corriera por la herida, que no quería que la sangre se le fuera, que la muerte la dejara como un tendido harapo en medio del campo, sobre los yuyales, abandonada en lo negro con la sola custodia del perro. Quería la vida, quería su sangre, la ramazón de su sangre cargada de recuerdos.

Apretó aún más contra la mejilla el delantal. Oteó la noche. Llamó entonces al perro. Se tomó de su collar. Y dijo:

—A casa —y lo siguió en lo obscuro.

La nariz

Tenía unos enormes ojos de asombro, recién abiertos a la vida, obscuros e inusitados en la piel de pétalo de camelia, de camelia blanca igualmente recién nacida, caída de la mano de Dios para señalar el centro de la mañana.

La madre exclamaba, llena de alborozo:

—Ya me conoce…

El padre, inclinándose sobre la crespa marejada de batistas y encajes, repetía como un absurdo eco:

—Ya me conoce…

Contra lo tradicional, la abuela, desde su altiva condescendencia, se dignaba decir cuerdamente:

—¡Qué sabe ella de nadie, si es tan chiquita!

Porque en verdad solo sabía de elementales deseos, de lentos descubrimientos, cómoda entre esas sombras que instintivamente aprendía a diferenciar, repartiendo entre ellas el pasmo de sus miradas, el imperativo de su lloro y la tierna magia de la sonrisa con que subrayaba los gorjeos.

Margarita cumplió su primer año. Miraba con los ojos de un obstinado negro, contemplando con avidez cada rostro, y su mano, que ya respondía a un propósito, señalaba la cara más cercana, y en esa cara la nariz. Cuando se allegaban en busca de la manecita, hacía una insinuación de caricia, algo vago y delicioso que provocaba el regocijo de todos y su propia sonrisa, mostrando ya la aljofarada menudencia de unos dientecitos.

Pasó el tiempo arrebatado por los vientos de esa zona austral, tironeando las noches dilatadas, haciendo de los días un fugitivo claror en que la nieve ponía la evidencia de su incertidumbre. Llovía a torrentes, sin que paloma alguna asomara la esperanza de

un verde ramo. Luego creaba la neblina otra incertidumbre más desvanecida aún y, de súbito, una mañana cualquiera era como la primera mañana del mundo, con su sol recién nacido y su aire liviano incontaminado de suspiros, sol que relumbraba entre algodones de nubes graciosas, puestas allí para hacer más azul el azul del cielo.

La niña cumplió siete años. Parecía un largo tallo de junco. La cabeza mostraba la melena de paje, cobriza, y bajo la neta línea del flequillo aparecían los ojos enormes, desproporcionados, inescrutables, mirando en cada rostro con sostenida fijeza el perfil de la nariz.

—Abuela, ¿por qué tu nariz no se parece a la de papá?

La abuela la miraba a su vez sostenidamente, dejaba la labor en el regazo y contestaba seca, cortés, muy erguida en el severo traje negro con que cultivaba, a la par que con otras vetustas tradiciones, el tipo victoriano, buscando poner en evidencia la gota de sangre inglesa de un lejano antepasado.

—Porque papá es hombre y yo soy mujer.

—Tú eres mujer, como tía Elena, y tu nariz tampoco se parece a la de ella.

—Pero, hijita, todos somos distintos. No tenemos las narices iguales, ni los ojos, ni nada. Nadie es igual a nadie. Ni siquiera los mellizos.

Bajo el borde del flequillo, los ojos se ahondaban insatisfechos. Su mirada también parecía ensancharse, abarcando mucho más que el tranquilo y suntuoso ambiente del salón familiar, en cuya chimenea ardían los troncos resinosos dando calidez a las caobas y a los bronces, animando con sus reflejos trémulos las desvaídas figuras de los tapices.

—Tu nariz es casi igual a la de mamá. Pero la de ella es más bonita y siempre está contenta. En cambio, la tuya parece que oliera cosas feas. Y que estuviera por enojarse. Porque tu nariz, abuela, se enoja antes que tú lo sepas. Ahora, por ejemplo. ¿Ves? Está enojada y tú no lo estás. Es decir, empiezas a enojarte también, porque el enojo ya no te cabía en la nariz.

Por toda respuesta, la abuela se encastillaba en su mutismo desdeñoso.

La madre contemplaba a Margarita con el mismo azoro de la

gallina del cuento al patito feo. ¿Cómo era posible que de una misma pudiera salir una criatura tan absolutamente ajena?

No lo sería más si la hubiera recogido abandonada en medio de la calle. Margarita, sin decir palabra, mirando hasta ser molesta, y cuando llegaba a decir algo, era haciendo alguna observación absurda acerca de las narices.

—¿Las narices también se mueren, mamá?

No le gustaba salir, no jugaba ni sola ni con los otros niños. Lo mismo le daba un vestido que otro. No sabía qué quería o, mejor dicho, no quería nada.

Ahora la sentía mirarla, no directamente, sino a su imagen reflejada en el espejo, los ojos de brillante azabache fijos en un punto.

—Tu nariz es más bonita que tú.

—¿Hasta cuándo vas a repetir esa insensatez? ¿No se te ocurre otra cosa?

—Es que es muy bonita tu nariz…

—Basta. Basta… Vas a terminar con mis nervios…

El gran refugio de Margarita era el cuarto de planchar, donde su niñera, Asunción —Sunta la gallega—, batallaba ahora con prolijas lencerías, introduciendo con eficacia la plancha entre los ángulos de los bordados, asomando por una comisura de la boca la punta de la lengua martirizada en el esfuerzo. Dejaba el trabajo al ver a la niña, preguntando con indignación apenas reprimida:

—¿Qué te pasa? ¿Te han reñido?

—No, no me riñó nadie. —Sin prisa se acomodaba en un banquito—. ¿Por qué iban a reñirme?

—Claro, lo mismo digo yo. ¿Por qué iban a reñirte? —pero tornaba a los corruscantes volados que el almidón volvía marmóreos, con un suspiro, porque, ¡claro!, reñirla no la reñían, pero todas «esas» no hacían otra cosa que espantarla como si fuera una mosca inoportuna.

La observaba de reojo. Parecía estar en otro mundo, rodeada de silencio, con los ojos tan grandes, tan negros, sin saberse hacia dónde miraban. Asunción podía ignorarla mientras permaneciera así, quietita, fijas las pupilas, pensando en esas cosas tan raras de las narices. Porque la niña era rara. ¡Vaya si lo era! Aun queriéndola mucho y sin maldad alguna, tenía que reconocerlo. Con

razón la gente decía esto y lo otro y lo de más allá. ¡Claro que boba no era! ¡Qué iba a ser boba!… Pero lo que es rara, eso sí.

Podía ignorar que Margarita estaba allí, sentada, hasta que sus ojos de pronto se fijaban en ella, en Asunción, desasosegándola al extremo de hacerla perder toda mesura, dando tirones que no debía a los voladitos o llevando inútilmente la plancha hasta la cara para cerciorarse de su eficaz temperatura. Preguntaba, al fin, tratando de no dejarse ganar por la impaciencia:

—Bueno, ¿qué hay?, ¿por qué me miras tanto? ¿Vas a preguntarme algo de mis narices?

La niña decía, sin inmutarse:

—¿Dios tiene narices?

—¡Neña!… —exclamaba Sunta, escandalizada.

—¿Tiene narices Dios? —insistía.

—Neña…, pues, tenerlas, ¡claro que las tiene! —contestaba de pronto, iluminada por remotas palabras que llegaban a su memoria desde la polvorienta sacristía donde repasaba en coro su lección de catecismo—. Como que Él nos hizo a su imagen y semejanza. Si tenemos narices, es porque Él las tiene. ¿Estamos?

Pero «no estaban». Ella misma dudaba, temerosa de que aquello no fuera una irreverencia, acaso una blasfemia. Podía imaginar los ojos terribles de Dios y su boca misericordiosa; pero las narices… Las narices eran tan —¿cómo se diría?—, tan poco propias de Dios. ¡Al diacho con la criatura que la metía a una en aquellos aprietos!…

—Quisiera verle las narices a Dios… Pero a Él mismo. No a esos cuadros en que dicen que está Él. Y que no es cierto, porque nadie le ha hecho un retrato a Dios, al verdadero que está en los cielos —hablaba con una voz sin sobresaltos, fluyente como un cauce melodioso, tranquila la expresión, abismados los ojos en esos ámbitos celestes que ansiaba conocer.

—¡Neña! ¡La mi neña! ¡Que dices unas cosas que huelen a azufre y chamusquina!

—Quisiera ver a Dios, verle el perfil —proseguía la voz tranquila hablando para sí sola.

—¡Faltaba más que esto! ¿Quieres callarte? ¿No quieres jugar? ¿Es que no puedes hacer lo que hacen los otros chicos? —y se quedaba transida de pena al verla ponerse de pie despacito, e irse quedo, sin apuros, tan fina como irreal—. ¡Es para enloquecer! ¡Ay

la mi madre! ¡Qué neñuca más rara! —y por largo rato se quedaba con los puños apoyados sobre las caderas, dura sobre las firmes piernas hechas para resistir siegas y galernas, pinas laderas y el «a lo alto y a lo bajo» de los regocijos romeriles. Hasta que tornaba a su trabajo murmurando rabiosamente—: ¡Que sea lo que sea!

Los otros niños… Margarita pensaba en cómo serían los otros niños, esos que le ponían siempre de ejemplo. Trataba de acercárseles, de interesarse en sus juegos pero enseguida comprobaba con angustia su imposibilidad de ser como ellos. La llevaban a casa de amigas de mamá o de tía Elena, donde la esperaba el enjambre bullicioso; traían a su casa bandadas de niños que se enloquecían con sus juguetes, con las golosinas puestas al alcance de su gula en el comedor resplandeciente como un paraíso. Buscaron una niñita mayor que ella, a quien explicaron cómo debía conquistar su confianza; trajeron una criatura menor que ella, una suerte de muñeca adorable, que tampoco logró cautivarla.

—¿Por qué no quieres a los niños? —interrogaba la madre.

—Porque no tienen narices…

—¿Que no tienen narices? ¿Pero tú estás loca? ¿Oyen ustedes esto? ¿Así que los niños no tienen narices?

—No. Tienen nada más que un pedacito de nariz que no me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta, entonces?

—Las narices. Las de la gente grande; esas ya están hechas; son todas distintas y me gusta saber cómo son…

—¡Jesús y qué disparates! Pero ¿y por qué te gustan?

—Porque las narices siempre dicen la verdad. No saben hacer guiños, como los ojos, ni sonreír, como la boca. Cuando toda la cara dice mentiras, solo la nariz se porta bien y dice lo que siente.

—¡Dios mío! Y fuera de las narices dichosas, ¿no te gusta otra cosa? ¿No quieres algo?

—No, mamá.

—Habría que mandarla al colegio —intervenía con aire magistral tía Elena, para añadir—: Hace tiempo que lo estoy diciendo: hay que mandarla al colegio para que se le vayan todas esas tonterías de la cabeza.

—¿Quieres una muñeca nueva? —seducía la madre—. ¿O un trineo?

—No, gracias, no quiero nada.

—¡Ay, ya sé! —y anticipándose al presunto deseo—: ¿Quieres un perrito blanco, peludito, un perrito chiquito?

Movía negativamente la cabeza, sonriendo, enigmática.

—No quiero un perrito. No quiero nada.

Era la neña rara que decía Sunta. Le gustaba estar sola. O mirar fijamente a cada cual. Solía decir algo insólito sobre las narices.

Triunfó finalmente el parecer de tía Elena. La mandaron al colegio. Resultó una alumna discreta, pero seguía aislada y silente. Continuaba siendo el eje de la vida familiar y el tema exasperado de las mujeres. Hasta el padre dejaba de lado momentáneamente las preocupaciones de los negocios para preguntar con una voz de lisura, sin apuros, prodigiosamente parecida a la de la niña:

—¿Es que ustedes tampoco pueden hablar de otra cosa?

—¡Como tú vives metido en tu escritorio y el resto del mundo no te importa! —exclamaba la madre, hallando desahogo a viejos resentimientos.

Se vivía entre destemplados diálogos y peligrosos pozos de silencio. Margarita sentía un desasosiego creciente, porque habían terminado por despertarle la conciencia de su rareza. Vivía espiándose a sí misma, tratando de semejarse a los otros niños, ceñida a las formas más insípidas de las buenas maneras, con una expresión mineral en los ojos que rechazaba toda intrusión, cuidando las palabras, eludiendo las observaciones que de alguna manera indirecta pudieran referirse a las narices. Pero era inútil. Las mujeres aguzaban sus suspicacias frente a ella.

—¿Por qué no me dices que mi nariz es más bonita que yo? Si te veo en los ojos que lo estás pensando —decía exasperada la madre.

—Hace tiempo que lo estoy repitiendo: ahora se hace la víctima… —continuaba tía Elena.

—Neña, la mi neña…, anda…, desahógate… Di algo de mis narices. Ya sabes que a mí, ¡maldito si me importa!… —y Sunta, como otrora, la envolvía en su inútil terneza.

Un día el padre la halló llorando en un ángulo del salón, mientras estallaban los cohetes entre las unánimes carcajadas de la fiesta infantil.

La alzó en sus brazos y se fue con ella a su escritorio. Por largo rato permaneció sentado, frente al hogar, meciendo suavemente a la

niña entre sus brazos, mientras el hielo del silencio parecía licuarse en las lágrimas copiosas.

La sentía tan liviana, patética en la compostura que aun en su desolación trataba de guardar.

—No se lo digas a nadie… Por favor, papá… No se lo digas…, que no sepan que he llorado…; pero es que no puedo más…, no sé qué hacer…, todo les parece mal…

La acunaba sin palabras, temiendo entorpecer el fluir del río obscuro de su confidencia.

—… A los niños también les parezco mal…, se ríen de mí…, dicen que soy rara… —y con una voz blanca por la desesperación de lo que consideraba como una vergüenza—: Es por lo de las narices, ¿sabes?… Pero no soy mala, papá, puedes creerlo…, no soy mala…

Seguía meciéndola enternecido, ganado por la súbita conciencia de su responsabilidad, trazándose una conducta para el futuro. La niña se dejaba hacer, entre suspiros, repitiendo las mismas palabras mojadas de lágrimas, ganada por la certeza de ese maravilloso refugio que se le aparecía de pronto, adormecida por una especie de bienaventuranza, relegado ya su dolor a los lindes del recuerdo, sintiendo con el instinto que afinara el sufrimiento que una fuerza todopoderosa empezaba a crear a su alrededor una zona de paz invulnerable.

Al día siguiente la casa se convulsionó de sorpresa ante la inesperada partida del padre acompañado por Margarita. Iban hacia las propiedades que lindaban con la cordillera, junto a la órbita de un lago; a la casa de troncos con techo de rojas tejuelas que se destacaba en una puntilla sobre el verdor del césped, entre los cielos avellonados por morosas nubes y el agua mansa duplicando la callada belleza de ese azul y de ese blanco. Detrás estaban los cerros apretados de árboles; otros cerros se escalonaban enseguida, con igual verdor en la crespa marea de las copas, y luego, decididos, desnudos de todo verdor —última certidumbre detrás de las apariencias—, surgían los volcanes, con las cimas deslumbrantes de nieve, para terminar con la soñadora afirmación de su penacho de humo.

Margarita tenía la impresión de inaugurar un planeta, de estar en medio de un mundo prodigiosamente antiguo, aún no visto por ojos humanos. El padre le dijo apenas llegados a la casa:

—Arréglatelas como puedas. Yo tengo mucho que hacer en el campo con el administrador. Si necesitas algo, se lo pides a doña Damiana.

Doña Damiana era casi una ausencia, sin más atadero a lo cierto que su eterna sonrisa. El resto de la servidumbre aparecía con silente eficacia y desaparecía, con esa especie de cautelosa domesticidad de las gentes montañesas.

La niña pasaba la mayor parte de su tiempo —¡y qué suyo lo sentía!— junto a la chimenea, sentada en una actitud impecable que hubiera merecido hasta el visto bueno de tía María Elena, esperando no sabía qué, vagamente inquieta. Podía estar sola, podía estar en silencio, era la dueña absoluta de sus actos. Hasta podía no hacer cosa alguna. Pero no estaba preparada para tanta felicidad y no sabía qué hacer con esa inesperada riqueza.

¡Qué lejos la estridencia ciudadana, la necesidad de adoptar actitudes, de responder a mortificantes inquisiciones!

El reloj era el corazón de la casa, y desde sus complicadas tallas, el cucú anunciaba con infantil algarabía el paso del tiempo… Afuera solía oírse el ladrido de un perro que señalaba una presencia inesperada; o el relincho de un caballo tendido hacia la querencia, o el barullo de las cachañas detenidas por la curiosidad en su vuelo.

A veces, adelgazado por la distancia y obligando a un esfuerzo para percibirlo bien, se escuchaba el tañido de una campana que colmaba con su levedad la comba del cielo. El piso crujía, insinuando viejas confidencias imposibles, e inesperadamente un leño iracundo improvisaba una pirotecnia de chispas en el cálido regazo de la chimenea.

Margarita esperaba. ¿Qué? La voz de la madre dando una orden, los ojos fiscales de tía María Elena, la abuela con sus promesas a ras de labios, las impertinencias de las otras niñas, Sunta con la seguridad de su amparo. Tal vez nada. Sí. Terminó por no esperar nada.

El cucú aseguraba bullanguero la increíble noticia de que había pasado otra media hora, y al cerrarse las portezuelas minúsculas volvía el silencio, haciendo posible el tránsito de los pequeños

rumores.

En aquella esquina final de su infancia, Margarita sentía la feliz certidumbre de que algo en su vida cambiaba definitivamente.

Un poco de soslayo, el padre se limitaba a inquirir a las horas de comida:

—¿Estás bien? ¿No necesitas nada?

—Nada, gracias.

El administrador, doblemente obeso, de kilos y labia, entre bocado y bocado comentaba embobado:

—¡Cómo crecen los niños! ¡Hay que ver!…

Pero el padre estaba al quite para defenderla de preguntas, desviando de inmediato la atención hacia problemas campesinos.

Doña Damiana, con la terneza que parecía fluir tangible de su figura hecha de roble, veteada de años y ancestrales sabidurías, osaba proponer humilde:

—¿No quere nada la niña? Le podíamos ensillar un caballito o si es gusto salir en el bote chico, para dar una vueltita por el lago.

Margarita no quería nada. Pero ya no se quedaba inmóvil junto al fuego.

Miraba a través de las grandes puertas-ventanas el paisaje frontero a la casa. Después se aventuraba hacia la terraza y bajaba por el escalonado camino hasta el embarcadero. Cada uno de estos avances significaba una larga reflexión, un decirse y asegurarse a sí misma que nadie iba a impedírselo, ni a reprochárselo siquiera. Entre cada uno de sus pasos había siempre una pausa, durante la cual, con la cabeza ladeada y el oído alerto, parecía esperar las voces temidas, las admonitorias palabras.

Solo había quietud a su alrededor, y en esa quietud pasaban los rumores apenas insinuados por la realidad que junto a ella también se deslizaban en puntillas.

Se sentaba en el banco del embarcadero. Pensaba: «Esto es lo que yo quería, sí, esto. Estar sola, no hablar». Miraba el lago, la superficie que copiaba en su espejo el cielo y el silencio. Su tersura se subrayaba con el tenue rizo de una onda temblorosamente acariciando las espadañas de la ribera.

Un pez fijaba en el aire su fugitiva puñalada de plata. Unos patos salvajes con sus graznidos ponían una síncopa en aquella

armonía. Con el mismo lento ritmo con que ondeaban las aguas, el aire esparcía el perfume de las resinas de los pinares, de los canelos desollados, del fino y fresco césped, del ceremonioso incienso de los malvones estallando en manchas escarlatas, de los lirios procesionales con sus áureas tocas monjiles.

Margarita empezaba a sentir el goce de separar los rumores, de individualizar los perfumes, de distinguir el silencio que sucede a la algarabía de las cachañas del que prolonga el llamado de la capillita distante.

Empezaba también a dejarse conquistar por la mansa caricia de los ojos color de miel del cachorro que encontrara una mañana, empeñado en seguirla, husmeando ruidosamente su rastro, con las fuertes patas aún apresadas en la felpa de una torpeza pueril que lo desequilibraba ridículamente al pretender seguirla trotando, para terminar con las orejas a ras de tierra, todo él transido de súbito amor hacia ella, y sin saber en su apasionado y azorado corazón de perro cómo demostrárselo.

Margarita lo miraba de reojo, desconfiadamente. La verdad era que le tenía miedo, un miedo que la humillaba porque lo comprendía sin sentido. Trataba de desentenderse de su compañía, de no mirarlo, pero cada vez la preocupaba más esa tozuda presencia. El perro la esperaba inopinadamente en cualquier recodo, e iba tras ella, adelantándola luego, deshaciendo camino en festivas cabriolas, en saltos de blando algodón, insinuando inquietantes aproximaciones. Parecía sentir con su seguro instinto que aún no había llegado la hora de la amistad y procuraba adelantarla saliendo a su encuentro. Y tanto hizo, que la hora llegó. Margarita terminó por mirarlo, por tender una mano tímida hacia una cabeza más tímida aún y que se humilló bajo el peso de tanta dicha. Y una pequeña voz sonó incierta.

—Eres un perrito feo…, feo…, feo.

El perro se deshizo de felicidad, arrastrándose, gimiendo, con los ojos mirándola humanizados. Se fue acercando a esa mano. La niña se atrevió a ensayar una caricia sobre la frente rugosa. Los ojos del animal se entrecerraron en la plenitud del gozo. Ya tenía un nombre: «Feo». Y tras el nombre, una amiga.

Salían por los alrededores. Iban por el borde del lago en interminables caminatas que cada vez los unían más al internarlos

con un alegre espíritu de conquista por matorrales, bosques y cerros.

El perro iba adelante, rastreando imaginarias liebres, muertas hacía siglos por los ilustres antepasados de su estirpe de cazadores. A veces paraba tembloroso, como clavado en el suelo, la cola rígida, y Margarita sabía que de alguna parte partiría la zumbante flecha de una perdiz despavorida. El perro se volvía entonces a mirarla con una perplejidad desmedida hacia su ídolo incomprensible que no respondía al instinto con el instinto, y la niña se reía acercándose a él, rascándole en compensación las sedosas orejas, entablando uno de esos diálogos tan comunes ahora entre ellos, mezcla de abrazos y zarandeos, monosílabos, tiernas onomatopeyas por un lado, y gruñidos y ladridos por otro.

Bordeaban el lago. La niña se detuvo, acercando el rostro al tronco frío de un arrayán, deleitosamente recibiendo en su piel ese frescor. El perro escarbaba con ahínco por ahí cerca.

Largo rato duró el afanado pujar del animal, que parecía azuzarse a sí mismo con ladridos entrecortados. Hasta que desenterró un trozo de madera que llevó triunfante a Margarita. Era un leño retorcido, pulimentado por la intemperie, patinado por las largas lluvias del sur y la humedad del suelo.

Una extraña forma alucinante, que pugnaba por expresar algo.

Margarita lo tomó con recelo, porque parecía estar vivo, lleno de malignidad vital. Lentamente lo hizo girar en el aire. Y de súbito algo la deslumbró: allí, en esa forma de enérgico perfil, que de pronto revenía sobre sí misma, descubrió una nariz… De pronto pensó que hacía mucho tiempo que no pensaba en las narices… Pero aquello en verdad no era pensar: allí estaba en sus manos, inesperada, salida de la tierra, evidente.

La rama en el aire, a contraluz, era igual a la nariz de su padre. Idéntica. Comprendió que la nariz no bastaba: ¡si pudiera completar todo el rostro!

—¡Busca!… ¡Busca! —ordenó al perro, como si del instinto del animal dependiera su existencia.

Buscaron los dos. Buscaron todo ese día, todo el siguiente: troncos, pedazos de raíces engrifadas como si defendieran su identidad contra toda ajena suposición de forma; piedras, cerradas en su mudez de siglos, a las que era preciso golpear, manosear para

que adquirieran sentido y «dijesen» algo. En informe montón fue arrinconando en la casa aquellos dispares materiales.

—No me toque estas ramas ni estos cascotes, doña Damiana. ¡Que nadie me los vaya a botar!

La vieja miraba, con ojos igualmente maravillados en su comprensiva ignorancia que los del perro, el desconcertante capricho de la niña, para quien parecían ser un tesoro todas aquellas basuras. Con idéntica obediencia, respondió al pedido de Margarita, que seguía diciendo:

—Deme un martillo y cola para pegar, y clavos y alambre que no sea muy grueso y un, un…, ¿cómo se llama? Una de esas tijeras para cortar alambres.

El padre la halló sentada en el suelo, indescriptiblemente sucia, con el perro al frente despatarrado en su cuarto trasero, cabeceando somnoliento. Una larga rasmilladura serpeaba por una de las piernas de Margarita. Un trozo de lienzo atado a uno de sus dedos mostraba huellas de sangre. Con mueca voluntariosa endurecía la boca y en sus ojos esplendía la fiebre de trabajo, mientras las manos autoritarias manejaban y vencían la tenaz oposición de la larga liana de un alambre, fijando una rama con otra, una raíz a una piedra.

Al ver de pronto al padre, mostró triunfalmente su obra.

—No dirás que no es tu retrato…

La intención de una sonrisa que se aprestaba a juzgar un juego de niñas fue desvaneciéndose al contemplar aquel inesperado y heteróclito conjunto.

—A ver, a ver…

La niña puesta de pie, echando atrás la cabeza y entrecerrando los párpados, con el gesto del que necesita abarcar un conjunto, miraba su obra. El padre la atrajo tiernamente a su lado, sin quitar los ojos del amasijo de donde surgía evidente, aun de sus errores, el resplandor de un sentido. Una tensión, una fatiga que no era producto de sus afanes del día, se desvanecía en él súbitamente. ¡Al fin! ¡Y qué sencillo y natural era todo! ¡Y qué hermosamente terrible sería todo en adelante!

—¿No hallas que se te parece?

—Si hasta me da un poquito de susto…

—Ya verás cuando esté terminado. Aún le falta trabajo… Pero

me tienes que comprar muchas cosas. Herramientas. Una caja. Y otros alambres que no sean tan duros. Te voy a hacer una lista para que no olvides nada.

—El administrador puede prestarte algunas.

—No, no. Yo quiero que mis herramientas sean mías.

«Yo quiero». Ciegamente, desde siempre, había pujado aquella voluntad que al fin irrumpía lúcida. Sí, era realmente maravilloso percibir de pronto el sentido oculto que allí se manifestaba.

—Ahora ya sé por qué me gustaban las narices…

Lo miraba, miraba su nariz, sonriente, maliciosa, tierna y adorable. También lo sabía ahora el padre. Era como si deletreara símbolos sin sentido. Que Margarita aprendería a leerlos. A leerlos de corrido. Y a escribir en ese idioma. La niña continuó con la misma mezcla de expresiones:

—¡Lo que tendremos que pelear con «ellas»! Porque no «les» va a gustar nada que yo haga estas cosas. Pero «nos» defenderemos, ¿no es cierto?

—Nos defenderemos —afirmó suavemente el padre, tendiendo hacia ella una mano, como quien continúa un juego.

Pero no era a la niña, era a sí mismo a quien se prometía la custodia de esa pequeña llama surgida mágicamente entre leños y pedruscos.

Ana María

Darío Rozas examinó con interés a su compañera. «Una sobrina de Pedro —había presentado Eliana a sus invitados de aquella noche, y luego, dirigiéndose a él, agregó—: Me hará el favor de llevarla a la mesa».

Reían los ojos claros de la gentil mujer al posarse en la figura apocada de la sobrina, una muchacha muy joven que, envuelta en los pliegues sin gracia de un traje blanco, parecía desconcertada por la elegancia, por el aplomo, por la discreta curiosidad revelada en los invitados.

Darío —el amigo íntimo de la casa— ofreció el brazo a la jovencita, siguiendo el cortejo que se encaminaba al comedor. Ya en la mesa la observó detenidamente: muy delgada —tanto que los amplios pliegues de la seda no acusaban forma alguna—, muy blanca, con el pelo de un rubio pálido como empolvado, lo que ponía una nota extraña en la fisonomía vulgar era la franja obscura de las pestañas, que se obstinaban en permanecer bajas, y el trazo firme de las cejas perfectas.

—¿Usted llegó anoche, señorita? ¿Señorita…?

—Ana María.

—¿Viene del sur?

—Sí, señor.

—¿Y le gusta la capital?

—Sí… No… Sí…

—¿En qué quedamos?

—En que me gusta y mucho, pero como siempre he vivido en el campo, me desorienta el movimiento de la ciudad y me dan miedo sus gentes.

Había alzado los párpados; entre la sombra de las pestañas

brillaban las pupilas
azul-verdosas,
fijándose serenas en los ojos burlescos que tomaban interés por la transformación que se operaba en ella. Y, además, ¿cómo Darío no reparó antes en aquellas manos de madona cruzadas sobre el mantel irradiando blancura? Solo la mancha de un enorme rubí daba reflejo vital al dedo exangüe donde lucía su ojo sangriento.

Con interés creciente siguió preguntándole qué hacía en la capital, cuánto tiempo estaría allí. Y la muchachita, animada por esa simpatía que iba envolviéndola, contó que vivía en un fundo cerca de la costa valdiviana, que allí había nacido y crecido entre su padre, viejo señor abroquelado en coloniales ideas, y su madre, enferma del corazón, lánguida y soñadora. Tuvo un hermano menor, que murió de tuberculosis dos años antes. Esa desgracia había vuelto más duro aún al padre y más taciturna a la madre. En la primavera una fuerte anemia se apoderó de Ana María y, como siguiera sintiéndose enferma, la había mandado el doctor a invernar a un clima benigno. Por eso estaba en casa del tío Pedro, hermano de su madre, que siempre la regaloneara mucho. Eliana la intimidaba: a su carácter reservado le costaba avenirse con el constante reír y parlar de la joven señora.

Darío la oía observándola atentamente: cantaba las frases con el dejo suave de las gentes sureñas; al calor de la narración las mejillas tomaban un leve tinte rosa: en los ojos los recuerdos ponían chispazos, brumas, iridiscencias, obscuridades; fulgores, igual que un mar cambiante a través de las horas.

Sirvieron el champaña. Darío alzó la copa murmurando sonriente:

—Por unos ojos maravillosos que he visto esta noche.

—¿Cuáles? —preguntó ingenua.

—Los suyos.

—¿Los míos? Vaya, pues, no venga a reírse de mí ahora.

—En serio. ¿No sabe que sus ojos son maravillosamente bellos?

—Pero no…

—¿Nadie se lo ha dicho?

—Pero no…

—Créame. Nunca había encontrado pupilas como las suyas. En mis horas de pesimismo quisiera poder sumirme en ellas buscando

quietud, esa paz reconfortante que tienen.

Divertido por la estupefacción que revelaba la muchachita, Darío Rozas volvió los ojos. Frente a él la rubia Lolo lo miraba interrogadoramente, enarcadas las cejas, amohinada la boca mandarina. Un momento las pupilas se soldaron. Un esfuerzo casi físico que los hizo empalidecer logró separarlas. El joven sonrió temblorosamente a la otra boca que también sonreía temblando y, volviéndose a su compañera, dijo:

—¿Me cree, Ana María?

Una lluvia persistente hacía prever que esa tarde, día de recibo de Eliana, los salones estarían desiertos.

Terminado el arreglo de las flores, Ana María se acurrucó en una poltrona junto a un balcón, aprovechando las luces mortecinas del crepúsculo invernal para seguir tejiendo un primoroso cuadrado de malla.

—Dos vueltas… Uno… Dos… Tres…

Hasta que se hizo noche no pensó sino en su labor; entonces —libre la mente de contar los puntos— se puso a recordar los dos meses de holgorio que llevaba pasados allí.

Eliana ya no la intimidaba: había acabado por tomar cariño a esa mujer frívola que vivía únicamente para sus propios placeres, libre de trabas en el hogar por la falta de hijos, por la adoración ciega del marido que manejaba a su antojo. El tío Pedro la regaloneaba cada vez más, gozando en embromarla con Darío Rozas: «Tu conquista», como decía al referirse al joven.

Quien para Ana María constituía un enigma era la rubia Lolo, amiga inseparable de Eliana, con gran descontento del tío Pedro, que, demasiado hecho a aceptar todos los caprichos de su mujer, solo protestaba murmurando entre dientes contra «esa loca».

Siempre que Darío Rozas se acercaba a ella, estaba segura Ana María de encontrar los ojos de Lolo mirándola inquisidores. Sin saber por qué, le dolía ese observarla, como le dolía ver a Lolo y a Darío unidos estrechamente en el ritmo canallesco de los bailes modernos, como le dolían sus apartes cuchicheados en los rincones. Pero cuando Darío avanzaba a reunírsele, la ola de amargura que ese dolor echaba en su corazón se iba lejos, dejándola como una

playa en baja marea centellando al sol.

Darío… Darío… Nadie lo igualaba. Ninguno de los jóvenes que allí conociera era como él de atento, de afectuoso; con ninguno tenía ella ese confiarse íntegro; la seguridad de eco comprensivo que Darío le diera desde el primer instante. Darío… Darío… ¿Cómo era Darío? A veces se quedaba así: mordiéndose el labio inferior con los dientes de lobato, medio cerrados los ojos que de pronto se abrían grandes y fijos sobre alguna visión interior. Darío… Darío…

Dulcemente se durmió, acunada por la lluvia tamborileando en los cristales.

Una luz que le dio en los ojos hízola al rato despertar perezosa y aturdida. En la salita —separada del salón por una puerta vidriera velada de tul amarillo—, Eliana charlaba animadamente con Lolo.

Se incorporó, medio adormilada aún. Pero la risa repetida de Lolo, a la que contestaba una risa de hombre, la inmovilizó en su asiento. Darío Rozas estaba allí.

Seguían las risas, el hablar simultáneo de las dos señoras. Luego unos pasos menudos se alejaron por el *hall*. Entonces, sobre el fondo luminoso de la puerta vidriera, la sombra esbelta de Lolo se dibujó nítida. Hablaba en una graciosa pose: con un brazo extendido y un dedito en alto, que parecía amenazar. Otra sombra avanzó —alta y masculina—, tomó el dedito, subió las manos hasta los hombros, atrajo la sombra esbelta a la suya y del grupo unido, inmovilizado, surgió el chasquear sordo de un largo beso.

Con las manos en los oídos llenos de un ruido de océano, turbia la vista, tembloroso el cuerpo, se encontró Ana María, sin saber cómo había venido, en su habitación. Se apretaba el corazón que le hacía daño y en un balbuceo doloroso cual un lamento iba diciendo: «Darío… Darío…».

Luego una gran calma física se hizo en ella. Acabó por parecerle que no tenía cuerpo. No sufría como en el primer momento una especie de puñalada en carne viva. No. Ahora era el espíritu quien se anegaba en dolor reconstruyendo *aquello*. Volvía a verlo, a sentir la desesperación, la vergüenza, el horror que los otros al unirse y besarse le causaran. Ni siquiera se dijo que quería a Darío Rozas; ese amor estaba en ella como cosa propia, como parte de su ser,

como está la sangre que nadie se dice a sí mismo que circula, pero que al irse por una herida se reconoce que lleva a la muerte. Sentía lo pavoroso de ese fin: era todo. Lo aceptaba. Pero un ansia de huida la empujaba lejos, donde nadie sospechara su agonizar.

—Ya está servido, señorita —anunció la sirvienta.

Lavó la cara sollamada de lágrimas, alisó la melena, se empolvó y, siempre con el mismo sentimiento de no tener cuerpo físico, bajó al comedor, donde el tío Pedro tomaba la sopa y Eliana hojeaba una revista.

—¿Dónde estabas que no te he visto en toda la tarde?

—En mi pieza, tejiendo. ¿Por qué? —mintió con una seguridad pasmosa en su boca que amaba la verdad.

—Por nada. Pero ¡qué mala cara tienes! ¿Te duele la cabeza?

—No… Es que en la carta de mi padre que recibí hoy vienen malas noticias. La mamá no se siente bien. Aprovechando el viaje de don Samuel, ese señor que estuvo ayer a verme, debo irme con él cuando regrese al sur.

Hablaba muy ligero, anhelante la voz mojada de lágrimas.

—¿Que está loco tu padre? ¡Cómo te vas a ir en esta época, a ver si te despachas por allá lo mismo que tu hermano! —protestó brutalmente el tío Pedro.

—Estoy tan mejorada, que eso ya no es de temer.

—Voy a escribirle a tu padre diciéndole…

—No le diga nada… Mi viaje es cosa decidida. Ya sabe que mi padre no cambia nunca sus determinaciones —sonreía, adolorida en lo íntimo por la sombra que echaba sobre el viejo señor.

Ana María partió llevándose su desolación. El tío Pedro estuvo varios días malhumorado, fulminando contra los padres que solo piensan en sí mismos, y Eliana sintió aquella silenciosa compañera que tan artísticamente arreglaba las flores y hacía tan primorosas obras de mano.

—Eliana… —llamó Pedro a media voz.

—¡Ah! ¿Qué? —abandonando a sus invitados, se reunió Eliana con su marido en el *hall*.

Irradiaba alegría. Era el primer día de octubre que dejaba por su bonanza abrir las puertas del salón que comunicaban con la terraza,

permitiendo a los invitados descender al parque umbroso y bienoliente. Además, su traje de espumilla color palo de rosa revelaba triunfalmente la firma de Jean Lanvin. ¿Qué más podía apetecer su frivolidad?

—Una mala noticia… Pero, por favor, no te aflijas…

—¿Qué? Ana María…

—Sí, como lo dejaba adivinar la última carta de Roberto, el fin estaba próximo. Murió al amanecer.

—¡Pobrecita! —murmuró Eliana.

—Y todo por culpa de ese testarudo de Roberto… Llevarla en pleno invierno… Mucho iba a sacar con mandarla a la hora undécima a un sanatorio… A la que hay que compadecer es a mi pobre hermana…

—No grites. No es necesario enterar a nadie. Ya no la recuerdan y, como comprenderás, no voy a guardar luto por ella.

—¿Qué pasa? —inquirió la rubia Lolo, acercándose acompañada de Darío.

—A ustedes se les puede decir. Murió Ana María.

—¡Pobrecita! —dijo Lolo, repentinamente seria.

—¡Tan lindos ojos que tenía —observó Darío—, y si no es por mí, se va al otro mundo sin saberlo!

Se quedaron un momento silenciosos. El *jazz* empezó a descoyuntar la música de un *shimmy*. Llegaban visitas. Pedro y Eliana se alejaron.

—¿Bailamos? —dijo Lolo.

—Encantado —contestó Darío, enlazando el cuerpo que se abandonaba.

UN TRAPO DE PISO

La puerta de entrada abría sobre un pequeño vestíbulo, de un costado del cual arrancaba la escalera. Al otro, un arco de tres puntos comunicaba con el comedor. Detrás estaba la cocina. Arriba, los dos dormitorios y el baño.

Esa casa precedida de un jardincillo, breve cortesía del verde, ostentaba el nombre de «Sotileza» grabado en una plancha de bronce. Porque el abuelo había venido de Santander, y el padre permaneció por las raíces de la sangre aferrado a los hoscos peñascales embatidos por el Cantábrico. El abuelo significaba la mansa y no dolorida evocación. El padre era aún una ausencia rezumante de acíbares. Ambos eran ya tierra en las polvaredas de la pampa agrandada de esperanzas.

Quedaban para recordarlos la mujer y el hijo, sumiso al rodrigón materno, azorado, trasudando incertidumbre, en presente ausencia solo desmentida por el amor a la muchacha que el destino, aliado de la firma Melero y Melero, había hecho sencillamente suya.

Una casa que se llamaba «Sotileza». Una mujer laboriosamente avejentada, con prolijas arrugas y parquedad de herramienta. Un hijo con los ojos vagarosos por los fondos de unos lentes, sumergido en la ácuea profundidad de su verde. Todo él lejano, ajeno a los acontecimientos, como si los lentes fueran un límite tras el cual se viera la vida sin participar totalmente en ella. Y una muchacha un poco más allá del filo de la adolescencia, puño cerrado que aún no se sabe qué sorpresa guarda: si una medalla, una almendra o una protesta; salida del hogar del Melero mitad de la firma, del que seguía a la «y» mitad del negocio, mitad del dinero, mitad de todo, mitad de ella misma, que nunca había sido por entero María Engracia, sino la chica de los Melero del almacén de la esquina.

El almacén lo abrió el abuelo. La casa la levantó el padre después que murió el abuelo. La firma se constituyó cuando la mujer se quedó sola, con el niño dubitativo divagando entre tercios de hierba, bolsas con nueces y cajones de jabón que no tenían para él más firmeza corpórea que las nubes. Se asió para ello al nombre de ese otro Melero montañés, desconocido y providencial, de tosca hombría. Llegado a América con unas pesetas atadas en la punta de su pañuelo de hierbas, ávido de fortuna.

Doña Teresa. Roque. María Engracia.

Las paredes estaban pintadas de verde y la cruda luz que una lámpara repartía implacable cercana al cielo raso, a través de un plato de acanalado cristal, abrillantaba la superficie áspera de garapiña oleosa. Había una mesa redonda, un aparador y la vitrina con su juego de jamás usadas copas. Más las sillas, todo ello era de madera muy clara barnizada. Esplendían los vidrios y los biseles; los espejos se miraban sin parpadear en los otros espejos de la platería, llenando el aire con fríos reflejos de espadas. La luz refractaba en todo, increíblemente dura. María Engracia cerró los ojos, pero la luz permanecía dentro de las pupilas, intolerable, derramándose en fluctuantes manchas carmesíes. Levantó entonces las manos para reforzar la insuficiente defensa de los párpados. Porque lo intolerable era ya dolor.

Doña Teresa no reparó en el gesto. No quiso reparar en el gesto. Pensó: «Ya empiezan los melindres de la niña…». Y siguió dictando impertérrita:

—Té, un kilo, nueve cincuenta…

Roque miró furtivamente a su mujer, los ojos amparados tras lo verdoso. Como si los lentes se quedaran solos en el aire, por obra de magia, conteniendo a la hostil realidad, y todo él se derramara en ternura de agua acercándose a su niña suya, agobiada de luz, desesperada por hurtarse a ese ambiente de filudos perfiles.

—… nueve cincuenta. Manteca, treinta…

Apretó los párpados María Engracia, ciñó las manos a la cara. Pensó en cisternas, en obscuros presbiterios, en las densidades de miedos infantiles que espesan aún más los misterios que se ocultan debajo de las camas. Inútilmente. Por todas esas tinieblas resbalaban súbitas culebrinas, estallaban minuciosas constelaciones de fuegos artificiales, se desleían lentas nubes lechosas. Hasta que

logró el negro, el negrísimo negro del espanto… ¿Y si desde ahora no viera nada más que ese negro? Bajó las manos. Alzó la cara y, aún a través de los párpados, enfrentó la lámpara implacable. El negro espanto persistía. Cuando abrió los ojos —fría la piel, anhelante la boca descolorida—, los filos de la luz la acuchillaron sin lástima en las pupilas doloridas.

—… galletitas, cuarenta…; queso, ochenta… —salmodiaba doña Teresa más allá de los enceguecedores reflejos. Tamborilearon sus dedos con impaciencia. ¿Quieres hacer el favor de atenderme lo que digo?… Queso, ochenta…

¡Con qué ganas el hijo dejaría los lentes suspendidos, inmóvil mariposa en el aire, y detrás de ellos su sombra atenta al dictado de la madre, para irse hasta su niña suya, ciñéndola con su brazo, ahora sí, bien cierto, rodeándola con manos multiplicadas por las caricias! Tenerla contra él junto a su flanco, silenciosamente apegado a ella, dueños de la continuidad de sus cuerpos y del denso universo nocturno que de ellos fluía, hecho de goces y de sueños de goces. Irse hasta ella, alzarla, sacarla del ambiente de vidriera, de flamante comedor, de recién pintada casa. Dejar a la madre aferrada a su realidad y a su sombra, a su propia sombra, agachada sobre las libretas de retorcidos ángulos rebeldes. Salir con María Engracia al jardincillo, detenerse junto a la verja aspirando el perfume del jazminero que parecía llegar desde un verano de novelas tropicales, sentir al grillo empecinado en su soledad estridente, mirar hacia arriba el cielo sostenido por el temblor de las estrellas. Ganar la calle, juntos, apretados, sintiendo el ritmo de la cadera en la cadera con su presencia carnal de música en el idéntico paso, serenos, compartiendo el diluido nimbo de una dicha arcangélica.

Irse lentos, sin rumbo, sin hablar, tras el multiplicado silencio que les precedería abriéndoles paso, colmando la necesidad de estar solos, de comprobarse identificados en una única certidumbre. Sin urgencias, sin que eso significara evadirse del deber.

—… pan, diez. Cierra la cuenta.

Lo miró doña Teresa sumergirse laboriosamente en la suma, bajar afanoso por las columnas de números hostiles. Cada día resultaba más lento. Nadie lo diría hijo del padre, que era una luz, ni de ella, capaz de sacar adelante cualquier negocio. Estaba peor

ahora que de soltero, más alelado, más ido. Suspiró… mirándolo, tan flacuchento, tan despistado de la realidad. Siempre en las nubes. ¡Menos mal que estaba ella allí! Menos mal, porque si no el almacén se iría al diablo. ¿Y María Engracia? Otra también en las nubes, metida en los libros, pensando nada más que en comprar libros y revistas que le sorbían el seso, y en ir al cine, y en salir con Roque, y en que Roque le comprara novelas, y en cuchichear con Roque por los rincones, y en que Roque aquí y en que Roque allá, y buenos están los mimos, pero hay que trabajar y tener disciplina, que tiempo hay para todo y lo primero es la obligación, si no se quiere que se lo lleve todo la trampa. Y después, si buenamente queda tiempo, pues se sienta una a la puerta, a tomar el fresco, o se da una vuelta por el parque, que no cuesta nada, es bueno para la salud y no llena la cabeza de boberías…

—Cuarenta y siete pesos con ochenta y cinco centavos.

—Bien. Conforme. Abre cuenta: Felipe Hernani. Aceite, un litro…

Pensaba María Engracia:

¿Por qué no se podría vender un litro de aceite, en cincuenta mil pesos, en doscientos mil pesos, y entonces dejar a doña Teresa en casa, en la «Sotileza» verde con las persianas verdes, por dentro verde, y relumbrosa con relumbre de insomnio; en esa casa hecha por ella, amoblada por ella, con «cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa», como decía el enmarcado cartel con letras góticas a la entrada del vestíbulo, para que la vida perdiera toda esperanza al entrar allí?… ¿Dejarla sacando cuentas, o frente al fogón, trajinando entre sus cacerolas?

Dejarla decirle:

—Ahí se queda usted con la roña de sus libretas, con su almacén, con su clientela, con su casa verde y sus luces enloquecedoras, y que con su Melero sigan prosperando. Que nosotros nos vamos. Nos llevamos nuestro dinero, los cien mil, los quinientos mil pesos del litro de aceite que compró Felipe Hernani. Y lo gastaremos en lo que nos dé la gana: en ir al cine, y en bombones, y en viajar, con muchísimas valijas y baúles roperos colmados de vestidos, y compraremos un auto, sí, un auto: ¿y qué?

El dinero es nuestro y por eso nos iremos y estaremos solos. Y cuando nos guste, nos quedaremos en una ciudad, en un palacio con luces amortiguadas por pantallas de seda, un palacio entre follajes sombríos… Y tendremos un hijo…, un hijo mío, para educarlo yo sola, para jugar con él y decirle…

—… fideos finos, treinta; jabón, quince…

Lo mismo que las manchas alucinantes que amoratan la ceguera cuando se ha mirado fijamente al sol, las palabras de doña Teresa persistían clavadas en el aire, como si fueran el extravagante título de los cuadros de su sueño. En la luz excesiva, la madre y Roque adquirían un perfil de alto relieve, de fotografía estereoscópica. Los miró, con atención: doña Teresa erguida, paciente; Roque lento y meticuloso. Un escalofrío le alfilereó las carnes.

—¿Cuánto da? Sí, eso es. Bien. Abre ahora otra cuenta: Balbina de Fernández.

Cerró los ojos de nuevo María Engracia. Ahora veía otro cuadro. Ella misma en otra mesa, sobre un fondo de acariciantes grises, frente a un muchacho que era su hijo, hombrecito ya, con la cabeza gacha y la mirada huidiza mientras ella estaba diciendo algo. ¿Qué diría? Los años se interponían entre ella y su voz inaudible. La cara del muchacho se alzaba lenta, se organizaba, prodigiosamente parecida a la cara de Roque, con igual cansancio, con idéntica máscara de forzada atención. Se quedó tensa, queriendo oír las palabras que ella misma decía. Débiles, pero nítidas, percutieron ahora en sus oídos. Decían:

«Tienes que irte, que viajar, que ver el mundo: que acodarte a la borda y ver huir tus sueños junto con el humo de los barcos que siempre corren hacia el ayer. Meterte en las ciudades y contemplar las inverosímiles formas del vivir de los hombres. Mirar sin envidia el lento vuelo de los pájaros desprevenidos ante el avance de los aviones. Sonreír porque los idiomas desconocidos se entorpecen en gangosidades o se aclaran con ráfagas melódicas que alivian la incomprensión, y adivinar lo que quieren decirte en la cerrada expresión de una máscara de otra raza. Tienes que irte, que viajar.

Debes irte, ¿entiendes? Debes irte para encontrarte a ti mismo…».

La cabeza del muchacho volvía a inclinarse hasta no dejar ver en su actitud sumisa sino la negra lisura prolija del peinado. Igual al de Roque. También era igual el gesto de resignada aquiescencia.

¡Dios mío! ¿Es que acaso su hijo no querría realizar su recóndito anhelo? ¿Es que su hijo, el suyo, el de su carne, el gajo salido de su tronco caliente; es que su hijo, al que ella acunaría apasionada y defendería en amargas vigilias de las acechanzas de la muerte; su hijo haría alguna vez ese gesto de sumisión de Roque, subiría los hombros, hundiendo la cabeza así, apabullado por el espeso fardo de mansedumbre, mientras la madre seguía diciendo: «… sal gruesa, un kilo»?

Por primera vez se le reveló el drama de una posibilidad: acaso los sueños de la madre hubieran sido dirigir un negocio, acaso desde pequeña jugó «al almacén», haciendo paquetitos de tierra, apilando pedrezuelas y ramillas secas. Acaso. Los sueños vienen no se sabe de dónde, se aposentan en el pecho de las criaturas y las tiranizan imponiéndoles sus formas. Y porque el hijo es el más extraño de los sueños no soñados, se quisiera realizar a través de él todos los otros. La madre quiso un almacén. Tuvo su almacén: esa certidumbre humilde con aspereza de papel de estraza y plebeyo aroma de especias entremezcladas. Y esa dicha de relucientes columnas de latas de conservas y de anaqueles colmados de harinas, de azúcar, de legumbres, de cuanto nutre al fin los sueños de los hombres, quiere prolongarla en Roque.

Ella, en cambio, quiere viajar, y a ese hijo que aún no existe ya lo tiraniza imponiéndole su mandato.

Tuvo la sensación de las pesadillas que resbalan hacia un abismo sin término. Con los ojos muy abiertos, como asiéndose a las desesperadas luces que le ofrecían su asidero al borde del precipicio, tableteándole el corazón, miró a la madre con súbita lucidez: el cuerpo duro, pulido por el roce de los años, ceñido por la final desesperanza de los huesos; las manos de raíz seca, de atormentado sarmiento, fuera de los puños de impecable blancura, amarillas de terror a la muerte.

María Engracia dijo lo que nunca había dicho, lo que la madre

había esperado en vano muchas veces que dijera, lo que Roque esperaba que alguna vez diría:

—¿Quiere que siga dictando yo? La verdad es que el día ha sido bravo y usted tiene que estar deshecha…

La madre calló atónita. Roque temió que también sucediera lo que siempre pensaba: que los lentes se quedaran solos en el aire, porque él sentía ahora como nunca que se derramaba en agua de ternura a los pies de su niña suya. Se la quedó mirando. María Engracia sentía que la miraba y que su mirada la circuía con un suave nimbo evanescente. Sonrió a los redondeles obscuros, como les habría sonreído si realmente los hubiese visto solos, flotando en el aire.

La madre parpadeó varias veces. Su pasmo ni siquiera le permitió una gota de acritud para pensar: «¿Qué mosca la habrá picado?». Simplemente, relajando su dulce estupor:

—Ten… —dijo, entregándole la manoseada libreta.

María Engracia buscó la página, los torpes números trabajosamente garrapateados por el dependiente, frunció los párpados sobre los claros ojos, buscó el ángulo en que la crudeza de la luz diera mayor precisión a las cifras, y con voz ligeramente temblorosa, transida de felicidad, le ofreció a Roque toda su ternura:

—Un trapo de piso, sesenta…

Enrique Navarro

Había ese calor pesado que precede a las tempestades de verano, y luego de comer, por buscar una mayor frescura, una brizna de aire en que mejor respirar, nos instalamos en el camino frontero a la casa del fundo, sobre unos troncos de árboles tirados junto a la cerca. Callábamos todos, con la angustia física del ahogo, secas las gargantas, tensos los nervios, hipersensibilizada la piel a tal punto que las ropas parecían molestarla con su roce, exasperado el cerebro en su atonía, justamente por el ansia de librarse de ella.

Noche de nubarrones luego de un día de calor sofocante y de viento arremolinado, una especie de calma anunciaba que la lluvia estaba próxima.

Imperceptiblemente llegaba de muy lejos un pequeño rumor jadeante. Lo sentía y estaba segura de que los demás también lo sentían. ¿A qué decirlo? ¿Para qué hacerlo notar? Era mejor callarse y seguir con oído atento el pequeño rumor creciente; con oído atento agudizado, que cuando el rumor se perdía por momentos, a fuerza de ser toda oídos y solo percibir el silencio enorme de la noche, se llegaba a una sensación de sordera y antes de que el ruido se oyera nuevamente, se tenía de él la audición precisa en el cerebro.

Sabíamos que era el roncar de un motor de auto, ya habíamos tenido el desgarrón de su bocinazo, ya los focos potentes rubricaban las sombras, ya un mozo salía a abrir el portón de entrada al parque, y aún nadie hacía un movimiento, decía una palabra. Solo cuando el auto avanzó lentamente con el mozo en charla con el chofer, tía Margarita dijo:

—Es Enrique Navarro.

Y una de las primas comentó para mí:

—El hombre de las cuatro mujeres, el Barba Azul de las tuberculosas…

Tío Pedro se puso en pie con la laxitud entorpeciéndole los movimientos y se llegó al coche en saludo que quería ser cordial. Una portezuela se abrió y una silueta de hombre vigoroso se destacó junto a la encorvada del viejo tío. Y volvieron ambos hasta donde estábamos nosotras.

Un saludo mudo del recién llegado, una inclinación de cabeza que se dirigía a todas. Contestamos con frases breves y triviales. Y nuevamente el silencio en la pesadez de la atmósfera.

De pronto la voz del hombre dijo en las sombras:

—Mi mujer está muy grave y debo seguir viaje inmediatamente.

Me volví hacia esa voz, una voz lenta, un poco sorda, con un dejo de cansancio, que parecía venir de muy lejos y envolver suavemente en sus vibraciones opacas. De inmediato sentí que esa voz era mi amiga y que algo habría de decirme. Yo debía hablar para que reconociera la mía y tuviera goce de encuentro feliz. Hablar. ¡Oh, qué cansancio! No podía hablar. Solo pensaba vagamente en que la mujer de ese hombre estaba grave y que tal vez moriría. ¡Y era la quinta mujer que moría en sus brazos! De pronto me di cuenta de que pensaba, de que me había vuelto la facultad de pensar. Pero a la sola comprobación de ese hecho el pensamiento se me hizo trizas nuevamente y el cerebro me quedó en la atonía angustiosa de antes.

La voz dijo:

—¿Demorarán mucho en traer la bencina? Mis excusas, pero usted comprende…

A tío Pedro le costó comprender. Con una gran lentitud aunada a su pausa de hombre gordo, dio unos pasos hacia la casa. La voz agregó:

—Vuelvo a pedir perdón por la molestia…

En las manos que tenía abiertas sobre el regazo, con los dedos inertes, una gota de agua de lluvia puso su moneda fría. En las hojas de los álamos, en la dureza del camino reseco, nuevas monedas sonaron en chuña dadivosa.

La familia se desbandó. Tía Margarita, las primas, tío Pedro, todos se fueron presurosos a la casa. No sé si repararon en mí que me quedaba, con la cara vuelta a la lluvia, con la boca bebiendo la

lluvia, con las manos tendidas a la lluvia, con el cuerpo todo bienaventurado en la lluvia, con el espíritu liberado por la lluvia.

El hombre seguía en su espera. Hablé:

—¿También esta mujer se le muere tuberculosa?

La voz contestó al punto con una vibración simpática en la volcadura de confidencia:

—También. No guardo ninguna esperanza, estaba… está condenada…, como las otras…, es decir, como las dos anteriores.

—¿Y por qué la primera queda libre de esa condenación? Tenía entendido que todas sus mujeres eran tuberculosas.

—No… Cuando me casé con mi primera mujer, el condenado era yo…, yo…, yo…

—¿Era usted tuberculoso?

—Sí, sí. El enfermo era entonces yo. Me lo dijeron los médicos, me lo advirtió mi familia, me lo enrostró la familia de mi novia, que se oponía en una forma desesperada a nuestro matrimonio. No entendí, no quise entender. La quería demasiado y ella a su vez era en mis manos mi propia voluntad. Yo me sentía bien, perfectamente, en desacuerdo absoluto con los médicos y los familiares. Nos casamos… y me la llevé a mi montaña, allí donde vivía y me creía sano, en la altura, lejos de todos, como una presa de mi amor que solo para mi amor existía. ¡Qué año de maravilla! ¿Quién era el enfermo? La salud estaba en mí tan firme como la felicidad. Pero un día se nos quebró la dicha igual que un cristal sutilísimo entre las manos. Se resfrió ella, siguió luego una fiebre que la empalidecía, que la iba enflaqueciendo, que la transformaba en la sombra de su propia sombra. Entonces la alarma, el llevarla a los médicos y el fallo de maldición: se moría tuberculosa. Ella…, ella, mi amor, mi mujer, la que yo trajera en salud a mi casa de enfermo. Se moría de la enfermedad que yo tuviera, que yo le contagiara. Y yo estaba sano, sano… ¡Qué sabe usted de dolor si no sabe de ver morir al ser que se quiere! Ella vivía en la fantasmagoría de su fiebre, feliz en el porvenir, toda entera en la esperanza de un hijo. Y murió al fin, sin saberlo, sin sentirlo, en un sueño de morfina en que sonreía siempre…

»Creí volverme loco. Mi idea fija era morirme, morirme de cualquier manera. Me hacía el efecto de que había cometido un crimen. Pensaba en el suicidio, pensaba, pensaba… La religión,

durante un tiempo, me dio un asidero para seguir viviendo. Después, lentamente, me fui desligando de toda idea que no fuera una especie de rescate, de pago que me diera a mis propios ojos un motivo de vida. Me sentía ante mí mismo como el que roba y tiene una fortuna que quiere devolver y no sabe a quién entregarla. Pensé en el convento. Pero esa vida me pareció poco activa, con una piedad demasiado lenta. Pensé en fundar (para algo mis millones) un hospital para tuberculosos y atenderlo yo mismo. Pero esto era el rescate con la ayuda de los demás. Entonces discurrí lo que vengo haciendo, en este pago doloroso, en este buscar una mujer enferma, condenada, para endulzarle la vida con la mentira de un amor que no es amor, sino piedad infinita, y que tan bien sabe representar su papel, que a veces hasta a mí mismo llega a engañarme.

»Así tuve una mujer muy joven que murió después de dos años de casada, con los ojos maravillados por las comodidades que puse en su vida de pobre obrerita ciudadana, toda deslumbrada por la ternura constante que encontró en mí. Después vino una criatura de dulzor, predestinada por herencia a la tuberculosis y que murió en una especie de visión del más allá, murmurando: “Veo la luz”. Y por fin llegó esta de ahora, otro ser de terneza, con la misma inconsciencia de la muerte, que ha estado en la vida como una muñeca en un salón, para que la miren y la admiren y la vistan y la arrullen. Ya van cuatro…, cuatro con esta que también se muere… Y la deuda no se paga, no se puede pagar, que la salud se me ha puesto de hierro y aunque juegue con el mal, aunque lo desafíe, aunque me dé a él en una forma absoluta, el mal no me quiere, no me toma, me desprecia… Es para volverse loco…

—Habrá que buscar otra más para verla morir…

—Verla morir… Verla morir…

—Sí, verla morir; ¿no cree que en esto que usted llama su rescate no hay una pinta de sensualidad pervertida y que esa muerte, ese género de muerte que es el recuerdo vivo de la muerte de la única mujer que quiso, no es para usted un verdadero goce morboso?

—No… No… No diga usted eso, por Dios, no lo diga, que a veces lo he pensado y he creído tocar la locura definitivamente. No lo diga… no…, no…

—¿Puro espíritu de rescate, entonces?

—Sí, estoy seguro de ello. Mucho me he analizado y estoy seguro de que solo busco la muerte de que debí morir, la que llevaba en mí, la que era mi condenación. Eso solamente y el deseo de hacer que algunas pobres mujeres mueran en la suavidad de una ternura y en la comodidad de una fortuna. Se lo juro por eso solamente lo hago. Lo otro…, no… ¿Para qué ha dicho usted eso? ¿Para qué? ¿Por qué?

—Lo ignoro. Hablé lo mismo que iba hablando usted, siguiendo mi pensamiento, como si usted no estuviera ahí, sin la cortedad que debiera inspirarme un desconocido, sin el prejuicio del ser dueño de la voz, hablando como si la voz dimanara de ella misma y solo fuera una pura voz que habla en las sombras.

—Sí, como una voz que habla en las sombras he hablado yo, sin saber quién me oía, dándome a usted en confidencia por presión de angustia. Además sentí perfectamente que su voz era mi amiga. De todos modos: mis perdones…

—No hay por qué pedirlos. Ese perdón suyo me lo da usted a mí. Es decir, su cuerpo al mío; usted, hombre, a mí, mujer. Pero la voz que habló en las sombras nada tiene que decir ni explicar a la otra voz que encontró en la sombra.

Un silencio. Alguien anuncia:

—El auto está listo.

La lluvia seguía cayendo en grandes goterones fríos. Ya no subía de la tierra el vaho de su calentura de la tarde. Era ahora una bocanada fresca con un olor que embriagaba.

La voz dijo aún, blandamente:

—Hasta luego.

Y la sombra del hombre se perdió en la otra sombra de la noche lluviosa.

RUTH WERNER

Ruth Werner miró atentamente la figura que el espejo le devolvía, una figura de mujer mediana de estatura, extraordinariamente delgada, vestida de gris, con los movimientos suaves en la gracia eurítmica, con la vida toda concentrada en los ojos enormes, luminosos de pensamiento, azules, hondos en las cuencas violetas. El cutis parecía de azahar, blanco, blanco, sin una gota de sangre. La boca era apenas rosada en su dibujo perfecto.

Esa mujer, pintada, con el retoque que otra no hubiera vacilado en ponerse, habría sido bellísima, con la belleza trivial de todas las mujeres que piden el rojo, la mandarina, el ocre y el *rimmel à Coty*. Así, descolorida, desvanecida más aún por el gris de la vestimenta, era extraña, atrayente por la originalidad del tipo único, interesantísimo en esta época en que las mujeres solo ansían semejarse unas a otras.

Ruth Werner no quería parecerse a nadie.

Desde pequeña demostró una personalidad que con los años se fue acentuando. Superiormente inteligente, con un padre que adoraba en ella a la hija única, millonaria de hecho por la muerte de su madre, Ruth Werner en el medio social y artístico de París llegó a ser la artífice de su propia vida.

Pudo ser artista y no lo fue, porque la obra de arte, el libro que se escribe, el cuadro que se pinta, la melodía que se crea, la estatua que se esculpe, necesitan del vasallaje de quien los realiza. Vasallaje, sí, estar atento a la idea, servirla, anularse en ella, darle vida en sufrimiento y valientemente echarla al mundo como cosa ajena que tendrá su gloria o su tristeza.

Ruth Werner no admitía vasallajes. Solo realizaba lo que a ella podía servirle. Si combinaba colores, era buscando aquellos que

mejor armonizaran con su tipo. Si dibujaba, era con el ansia de una joya que mejor la adornase. Si dejaba correr las manos sobre el teclado improvisando al piano, era por la gracia que daba a su silueta la actitud levemente inclinada. Si escribía a un literato, era porque le contestaran loando la elegancia de su estilo.

Lo que no retornaba a ella en radiación admirativa no valía ningún esfuerzo. Así, cultivando su sentido artístico, Ruth Werner llegó a ser la maravillosa constructora de una vida perfectamente estética. Única y múltiple, hacía de sí misma el motivo de las obras de arte que nunca realizó.

Entre los cojines, tapices, pebeteros y sedas; entre los Budas del Tibet, las lacas de Coromandel y los bronces de Persia, Ruth Werner, fumando la sexta pipa de opio, era un dibujo como pudiera hacerlo Bujados.

Con el *smoking* de raso negro, ceñida la falda cortísima, con una flor desgreñada en la solapa y el sombrero de fieltro hundido sin que dejara ver el pelo cortado como el de un muchacho, en lo alto de una silla, junto al mesón de un bar, bebiendo audazmente el *whisky and soda* del aperitivo, era una figura ambigua como las que estilizara Chana Orloff.

Decidida y arriesgada, con el traje masculino en gamuza verde, montando un *purg sang*, los *rayller-papers* la sorprendían saltando vallas con el movimiento que fijara en sus esculturas Walter Edwards.

Discutiendo arte en la sobria decoración de su estudio, era la sabiduría de un Ortega y Gasset.

En la intimidad de un *tête à tête*, coqueta y displicente, parecía, en la semidesnudez de su traje de noche, una desencantada de todas las curiosidades morbosas que atenacearan a una heroína de Rachilde.

Y siempre Ruth Werner era ella misma, única y múltiple, con su cutis de nieve y los ojos enormemente azules.

Poseía un marido. Se hizo de él cuando murió su padre, por parecerle necesario. Poseía un marido como poseía un palacio en París, un castillo en Normandía, una villa en Cannes, un chalet en el Lido, cinco autos, un yate y un joyero fabuloso.

Un marido era para ella un motivo más de decoración: una

figura impecable, un señor magnífico como ejemplar humano que se ve a ciertas horas del día con ciertos fines sociales, un ser discreto y acomodaticio, siempre en el papel que tácitamente le asignara la mujer inmensamente rica.

El amor, mientras fuera manifestación platónica, entraba en su vida de cerebral a la cual le era solo necesario el perfume del licor para crear la embriaguez. Sin sentidos, pero con imaginación. Así, sus amores fueron siempre fugaces, que ningún hombre se avenía a llegarse hasta ella atraído por su originalidad desafiante y prometedora y encontrarse con su afán de alambicar, de sutilizar, de exasperar el deseo sin darle nunca cumplido fin. Y los hombres, en el cansancio de una espera que acababan por juzgar inútil, se renovaban en torno a Ruth Werner. Ella, intocada, era la encarnación de lo que dijera Remy de Gourmont: *que «L'amour n'aime soi-même»*.

Esa tarde Ruth Werner dio una última mirada a la imagen que el espejo le devolvía y lentamente atravesó salas, salones, vestíbulos y descendió escaleras para finalizar arrellanándose en la *limousine*, que rápida rodó por los Campos Elíseos, atravesó la Plaza de la Concordia, entró por la calle de Rivoli, torció por la de Castiglioni y se detuvo en la Plaza Vendôme.

Ahí bajó Ruth Werner, encaminándose al Ritz. Eran solo unos pocos pasos los que había de dar, pero en esos pocos pasos alcanzó a impregnarse en la dulzura de la tarde desteñida en tonos rosas y azules, en el aire que venía de las Tullerías embrujador de aroma de acacias, era una especie de pausa que hacía el movimiento de vehículos y transeúntes, dejando la calle de la Paix ancha y libre, tentadora de vagabundaje.

Y Ruth Werner, sin saber por qué, en vez de seguir camino del Ritz, donde la esperaba el té de moda, se dejó llevar por el obscuro impulso de seguir deambulando hacia la Plaza de la Ópera, lenta y armoniosa en el paso rítmico, feliz y enternecida por tampoco sabía qué.

En esa especie de beatitud alcanzaba a percibir solo un sentimiento: el comprobar que su tenida gris, íntegramente gris, acordaba con el azul y el rosa desvanecido de la tarde, y que ella, en el crepúsculo, paseando por la calle en que apenas una que otra ventana empezaba a iluminarse, era de tal belleza que cuanta pupila encontraba brillaba de admiración. Burguesas presurosas, obreritas atareadas, oficinistas en vértigo de quehaceres, público extraño para ella y que en otra ocasión le hubiera sido indiferente u odioso, todos, sin excepción, retardaban el paso para mejor mirarla. Y le era agradable ese homenaje. En esa atmósfera se dejó ir hasta la Plaza de la Ópera, que atravesó, siguiendo por los bulevares, sin saber hacia dónde.

De pronto la sorprendió el encenderse de los focos eléctricos, el chorrear luz de las vidrieras, el pirueteante y enceguecedor baile de los avisos luminosos, el espeso gentío que iba y venía, los coches rodando compactos, las bocinas, los timbres, las campanillas, las voces pregonando el *Paris-Soir*, las canastas floridas de las vendedoras, los quioscos de colorines avisadores.

Fue como un despertar brusco. Miró arriba buscando el cielo de colores desvanecidos que la encantara. Las luces irradiaban luminosidad hasta muy alto y no se veía nada. Junto a ella el gentío se espesaba cada vez más, surgía de la boca del metro, de las calles transversales, de los cafés, de los almacenes, de los teatros. Ya no era grato marchar. La empujaban. Una mujerota alta le dio un codazo. Un chicuelo subió hasta la altura de su nariz un juguete de veinte céntimos. Una vieja le ofreció, mirándola cínica y risueña, una revista pornográfica. Un señor de bigotes hirsutos y de panza de sapo en el chaleco blanco, le balbuceó algo que no entendió bien, pero que debió ser una grosería. Y se volvió para deshacer camino, asqueada, asustada, con una ira que se tornaba contra ella misma, reprochándose el tonto capricho inexplicable que había roto la maravilla de su ritmo interno, de su armonía exterior.

Al querer atravesar nuevamente la Plaza de la Ópera, la corriente humana, aturdiéndola, la arrastró hacia la Magdalena. En una de esas panas de la circulación peatona, oprimida por todos lados, sintió en la espalda, incrustada y lastimándola, una lata de

conserva que llevaba un señor gordo con otros muchos paquetes de vituallas. Quiso tomar un taxi. Pero pasaban todos ocupados, rápidos y silenciosos. Entonces, desesperada, cansada, angustiada, se dejó caer en una silla vacía, junto a una mesita redonda, en la terraza de un café.

Se le acercó un mozo, y aunque miró recelosa sus manos agrietadas y velludas, como la sed de la sofocación la atenaceaba, pidió limón con hielo. Y se puso a observar a los pasantes y a los asistentes, en la calle y en el café, por si encontraba un conocido que la ayudara a salir de aquel maremágnum.

De pie junto a una mesa, despidiéndose de otros dos hombres, una silueta masculina llamó su atención. ¿No era el agregado naval de la Embajada de Estados Unidos? ¿Era él? Estaba demasiado lejos para distinguirlo claramente. El joven avanzó entre las mesas, a medio camino se detuvo, sacó la pitillera y encendió un cigarrillo. Ahora Ruth Werner podía observarlo. Lo miraba intensamente, buscando en esa enérgica fisonomía de hombre los rasgos del agregado naval que se le esfumaban en el recuerdo. ¿Era él? El joven alzó los ojos obscuros, sombreados de pestañas, divisó la mujer maravillosa sentada al frente, absorbió la mirada de las pupilas enormemente azules y sonrió leve, mostrando los dientes devoradores de nácar deslumbrante. Siguió su camino, con la pausa de quien siente en sí un interés, con la seguridad del que se cree dueño. Los ojos no se desprendían de los otros ojos. Cerca de ella la saludó, pero no se detuvo hasta ganar la acera. Ahí se volvió, mirando a la mujer nuevamente.

Ruth Werner seguía perpleja. ¿Era o no el agregado de la Embajada? Era, puesto que la había saludado. No era, que estos ojos obscuros y apasionados diferían por completo de las claras y simples pupilas del yanqui.

Desde afuera el joven la miraba. Ella seguía sus movimientos. De pronto la boca volvió a sonreír y una mano, discretamente, hizo un gesto llamándola. Entonces, como imanada, sin reflexionar, buscando en ese llamado una forma de huir al suplicio del ambiente, Ruth Werner puso una moneda sobre el mármol de la mesa, yéndose a reunir con el joven.

—Gracias —dijo este al recibirla, pronunciando el francés con un acento extranjero.

—Señor… —quiso ella explicar.

Pero sin oírla la había tomado del brazo y firme y autoritario la hacía atravesar por entre el gentío, abriéndole paso hasta la calzada. Ahí aguardaba un auto cuya puerta abrió el chofer.

Ruth Werner hizo un movimiento brusco de retroceso que separó su brazo de la mano del joven. Y se quedaron mirando de hito en hito: él sorprendido, ella sin saber cómo explicar esa situación.

—He de decirle que soy una señora —empezó.

—Sí, sí, conformes —atajó él—, ya comprendo que como todas tendrá usted una historia que contar, una historia conmovedora y fantástica. Hágame gracia de ella… ¿Y bien? Suba…

—¡Oh! No, no… Déjeme explicarle…

—No me cuente historias. Con historia o sin historia tendrá lo que desea. Un billete azul… Una bicoca de donde Lalique… Una tontería de Lanvin… Puede irlo pensando… Suba.

Hablaba irónicamente, observándola con ojos cariñosos y risueños: una mezcla que acabó por desconcertar a Ruth Werner en absoluto.

—Señor, se lo ruego, soy una mujer honrada…

—¡Oh! Convencido. Todas aseguran lo mismo. Pero eso no quita que vengan a un café de fama equívoca a esperar que cualquier desconocido les haga una seña para acudir al punto. Sí, sí… Una mujer honrada… Ya sabemos lo que es eso… —Había una leve impaciencia en el tono, una vibración que encontraba un eco placentero en los nervios de Ruth Werner.

El chofer esperaba discreto, puerta abierta y gorra quitada, sorprendido por el diálogo a media voz, rápido en la mujer, cortante en el amo.

—Si usted quisiera oírme. Soy la señora…

—No me importa su nombre…

La tomaba del brazo obligándola a subir.

—No… No… —gimió Ruth desesperada y casi llorando.

—Pero ¿cree que se va a burlar de mí en esta forma?

Tomándola en vilo con un brazo pasado violentamente por el talle, el joven hizo subir a Ruth Werner al auto.

Pensó gritar, pedir auxilio, abofetearlo, tirarse al suelo. Tuvo en un segundo varios impulsos. Pero se vio en los gestos

descompuestos, en las palabras desagradables; tuvo la visión de las gentes detenidas en curiosidad de escándalo; sintió el murmullo del comentario malévolo. Lo previó todo y esa sucesión de hechos la hizo acurrucarse en un rincón del auto, terca y muda, esperando un momento propicio a la explicación, mientras el joven subía tras ella y el coche arrancaba en suave rodar.

Era una *limousine* grande y confortable, tapizada de *beige*, calefaccionada y bienoliente a cigarrillos. Sintió el bienestar del habitual medio refinado. De pronto el joven habló. Dijo algo, Ruth no supo qué, y nuevamente la voz llena de sonoridades graves removió sus nervios. Pasó por su carne un temblor de angustia gozosa. Llena de asombro miró al joven que estaba allí, hablando siempre. Por sobre el asombro, dominándolo y desplazándolo, estaba la sensación de angustia, cada vez más intensamente gozosa. Los ojos de Ruth Werner parecían mirar una inmensidad imposible de abarcar y con gran lentitud fuéronse cerrando. Ahora sentía que una ola poderosa la arrastraba hacia atrás, hacia el fondo de los tiempos, y que ahí encontraba la mujer primitiva que fuera en el pasado hembra sumisa al macho en el rapto violento.

Lo que pasó esa tarde en el cuarto de soltero de Gonzalo Prieto nadie lo supo; pero sí supo el París mundano más tarde que Ruth Werner era la muy apasionada y sumisa amante del joven chileno.

La niña que quiso ser estampa

Aquello comenzó un día de impensada primavera, cuando la abundante señora exclamó entre grititos:

—¡Mira qué belleza! ¡Tesoro! Parece un ángel de estampa…

Que era un ángel, la niña lo sabía, pero no estampa. Guardó la palabra en el recuerdo y se quedó inmóvil cautelando puertas para que no se le escapara. La abuela miraba su obra de arte, que ya empezaban todos a reconocer, y dijo, llamándose a modestia:

—Ángel de estampa no… Es tan solo una niñita buena.

—¡Y qué traje! ¿Es de Maribé?

La abuela contestó, casi a punto de perder la compostura:

—Hecho por estas manos. En nuestra casa es tradición que las mujeres borden.

—Se diría trabajo de hadas. ¡Qué delicadeza!

Parecía una estampa, pero no representando un ángel, sino una niña del pasado siglo que mostrara un ajustado corpiño, una ancha falda hasta media pierna, una aglobada manga, todo en un color de rosa desvanecido y levemente violáceo, lleno de encajes y de bordados. Pero el encanto no estaba en la vestimenta, ni siquiera en la evocación, sino en la niña misma, espigada, sin ninguna de esas rollizas características que definen la infancia, toda ella hecha en un material moreno, vivo y mate, pétalo tierno de magnolia. El cabello partido en crenchas caía en bucles por la espalda. Y en la cara de seria y firme expresión, los ojos castaños punteados de oro eran inmensamente pueriles.

Días después la niña preguntó a la abuela:

—¿Qué es una estampa?

—Estampa… —dijo la abuela, cansada, como estaba de la indagación constante—, estampa es… una estampa inglesa.

—¿Y qué es una estampa inglesa?

—¡Ay! ¡Qué niña! Las que están en el escritorio del abuelo.

—¿Cuáles?

—¡Ay! ¡Qué mosca! Esas que representan a dos caballeros, de levita roja, fumando largas pipas al lado de la chimenea. Y la otra, en que varios caballeros están bebiendo cerveza en una taberna. Y las otras dos, en que otros caballeros, también con levitas rojas, van de caza con unos perros.

La niña pensó un rato y luego la sobresaltó con otra pregunta:

—Abuela: ¿para estar en una estampa se necesita ser caballero y llevar levita roja?

—¡Ayayay!… Hijita, ¿quieres irte a jugar al jardín?

Pero no se dejó imponer. Y preguntó tozudamente en su idea:

—¿Los ángeles pueden estar en las estampas?

—Claro —asintió la abuela, sorprendida del descubrimiento—. En las estampas sagradas, las que tienes en tu libro de oraciones. Estampa es —terminó contenta de dar fin a la explicación— un cartón o un papel, grande o chico, que representa algo muy bonito.

La miró la niña, sostenidamente, buscando que aquello fuera la verdad total, y al fin, alzándose con despacioso ritmo, besó la mejilla de fino papel sedoso, arrugado de años, y dijo:

—Gracias, abuela.

Y se fue al escritorio a mirar las estampas, que no le gustaron, con aquellos caballeros rubicundos, ahogados por la risa y los altos cuellos, como tampoco le gustaron los otros, jinetes en corceles galopantes y con los perros a la siga. No. Pero sí le gustaron, miradas ahora con reflexiva atención, las figuras de lo que ella, hasta entonces, había llamado «santitos» y que en el libro de tapas de nácar que fuera de su madre, marcaban las diferentes oraciones y eran recuerdo de la primera comunión de sus primos y de sus amigos.

Una estampa era algo muy bonito. Y ella parecía una estampa… Lo había dicho aquella gorda señora, no solo dirigiéndose a ella y a la abuela, sino que lo repetía a todo el enorme grupo familiar y de relaciones sociales que las rodeaban siempre. Porque la abuela era una «dama patricia». Pero ella, María Casilda, era una estampa. Y desde entonces se esmeró en parecerse a las figuras que le servían de modelo. Por temperamento sus actitudes eran plásticas, poseía el

sentido de la armonía y del color. No tuvo más trabajo que vigilarse y, sobre todo, vigilar la impresión que producía. Ese era su triunfo al principio. Sentir cómo todos iban callando, convergiendo las miradas en ella, para que alguien, con un renovado fervor, dijera la frase que era ya habitual:

—¡Parece una estampa!

Pero se cansaron de repetirla y un día cualquiera la olvidaron. Lo que no hizo mella en la niña, que ahora creaba la estampa para su propio goce.

Todo ese proceso fue tan imperceptible que se hubieran necesitado ojos muy sagaces para sorprenderlo. Imperceptible, porque siempre fue María Casilda una de esas criaturas tranquilas y silentes, acostada en la cuna, en su sillita más tarde, con un juguete en la mano, distraída y siempre los ojos solicitados por mínimos acontecimientos que la abstraían y regocijaban en lo recóndito.

Los otros niños querían sumarla a sus algaradas. Los mayores la incitaban al juego. Pero ella, siempre y dulcemente, decía: «Gracias», y se quedaba quietita, mirando un vilano revolar por el patio hasta prenderse en la mano dura de una palmera o contemplando la comba del agua del surtidor y su instantáneo iris, o hacía y deshacía gigantes, camellos, el pájaro que canta y el agua que llora, la princesa, el gato con botas y la Calchona, rompecabezas de nubes, mucho más apasionante que los fríos cubos que gustaban a los demás niños.

En sus breves espaciadas visitas, entre avión y avión que lo traía de la Patagonia de las pingües aventuras ovinas, el padre decía súbitamente inquieto:

—Hallo a la niña muy delgada, mamá. Y siempre silenciosa y sin moverse. ¿No estará enferma?

—No. ¡Qué va a estar enferma! Ni un resfrío ha tenido en el último invierno. Es así y nada más.

—¿No sería bueno hacerla examinar por el médico?

—Si tú lo deseas…, se hará tu voluntad…

—No, no, mamá, no es eso… En fin: decida usted, que nadie lo hará mejor… —y se quedaba pensando, enternecido y risueño, que en ese medio de viejas mujeres, en el marco de la casa colonial, no era posible que María Casilda fuera sino «como una niña grande». Y también súbitamente se tranquilizaba, abstraído después en sus

quehaceres.

¿Cómo, entonces, percibir los matices del cambio?

Hubiera sido necesario estarla mirando siempre. Sorprender la forma en que acomodaba la falda en torno al asiento, en una banqueta frente a la abuela entregada a prolijas obras de aguja, con el costurero de caoba entre ellas, y al fondo la cómoda ventruda y taraceada, sobre la que un Niño Jesús extendía los bracitos amorosamente bajo un fanal, entre candelabros de centelleantes cristales, y en el muro un retrato de la abuela jovencita, en un marco en que caracoles y conchuelas fijaban su impenitente nostalgia del mar.

Descubrir cómo en la mesa, almorzando con los mayores cuando la abuela reunía a la familia, su manito izquierda quedaba como abandonada junto al plato y la derecha creaba la más graciosa curva, acercándose a un vaso, y ella, erguida y neta, empalidecía más aún destacada en el alto respaldo del sillón en que se abrían y entrelazaban las guirnaldas de terciopelo sobre la trama de fuerte seda contrastante.

Tía Teresa la miraba atónita, con vago azoro.

Alguna vez dijo:

—Está muy delgada María Casilda.

—No —dijo a su turno la abuela— está como siempre.

—Está más delgada —insistió tía Teresa—. Sería bueno darle un tónico.

—¿Por qué no la hace ver por el médico, mamita? —propuso tío Pedro Andrés.

—Pero si la niña está completamente sana…

—Yo la haría ver lo mismo…

Y la abuela terminó secamente:

—Se tendrá en cuenta tu insinuación. —Y vuelta a otro hijo—: ¿Qué hay de ese asado en el campo que nos ofreciste?

Observarla de pie, junto al escritorio del abuelo, con grandes libros abiertos frente a ella, atenta a cada página, según decía la abuela «mirando monos», libros de viajes, álbumes de museos, vidas de santos, extraño interés para sus nueve años. Reconcentrada en la observación y a veces levantando los párpados para mirar un instante la puerta abierta al patio, en que los canarios lanzaban la serpentina rubia de sus trinos, mientras detrás de ella se rompían en

mil colores las figuras rituales de una vidriera.

O verla al piano, en el gran salón en que opacos lagos de espejos enfrentaban su inútil vacío, toda de blanco y graciosa en el taburete, con un lazo lila grande como un polisón en la cintura, con un jazmín sobre cada sien, tocando una sonatina de Diabelli balbuciente como boca de niño, y removiendo el corazón de cristal de los caireles y haciendo que las cornucopias de viejo oro quisieran echar a sus pies su carga persistente de flores y frutos, haciendo que las rosas atentas en el vaso azul sigilosamente dejaran caer un pétalo sobre la ciudad china del mantón de Manila, haciendo que la abuela, en el corredor, sentada en el sofá de vaqueta y musitando las avemarías «del rosario por el eterno descanso del alma del abuelo», olvidara el rezo y súbitamente se sorprendiera en el recuerdo acariciando con dulce mano una frente cansada y bien amada.

O prestarle atención el día en que la ciudad vibraba al recuerdo del hecho histórico y en la tribuna oficial, al aire las banderas y los himnos, junto al gobernador, porque la abuela nunca separaba a la niña de su cautela, estaban ambas. Enjuta la viejecita, vestida a la manera de su juventud, con un guardapelo de prolijo oro entre los encajes de la chorrera y las manos asomadas entre otros encajes dejando ver el doble anillo de viuda, el anillo blasonado de los Toledo y aquellos otros dos anillos de piedras esplendentes, de tan grande y pura luz, que lejanos diamantistas sabían de su existencia. Frágil la niña, vestida también a la moda de otros tiempos, con una redecilla de perlas encasquetada a la cabeza y los bucles por la espalda. Ambas ceremoniosas y afables ante el entusiasmo popular.

Al correr del tiempo descubrió un juego que la acercó a los primos. Menos uno, se subían todos a los bancos del jardín y el que estaba abajo iba dándoles la mano para invitarlos a dejarse caer al enarenado y allí tomar formas de estatua. Pero juego sin interés para los niños, con imaginaciones que trotaban por otros senderos. Cortésmente, tan solo cuando estaban de visita en casa de la abuela, aceptaban por una vez aquello que tildaban de «pavo». Tenía entonces la niña tal sonrisa, tal adorable encanto, que un día uno de los primos, el más como trompo girando sobre su atolondrada vitalidad, le propuso balbuciente, en un rincón en que se espesaban las sombras de los naranjos y los trinos de los pájaros:

—¿Quieres ser mi novia?

Ella contestó al punto:

—Sí.

El muchachito la miró desconcertado ante esa inmediata aquiescencia.

Ella preguntó:

—¿Y bien?

—¿Qué? —preguntó a su vez, frunciendo el ceño, como cuando se le enredaba el hilo del barrilete en la cañuela.

—Bésame —e intentó echarle los brazos al cuello y formar la estampa.

Pero el muchachito la separó bruscamente, temeroso de las voces que se oían cerca. Y se la quedó mirando, cada vez más desconcertado, fuerza preparada para un largo asedio y que de súbito se halla inútil. ¡Y qué «adelantada» la niña para sus diez años! ¡Había que fiarse en estas «moscas muertas»!… Bueno… Para matarse de risa y para contárselo a la patota. Se puso rojo, como si lo hubieran sorprendido en la peor acción, y se odió, por haber siquiera pensado en exponer a la niña a la burla de los demás. Y como si fuera un hombre, como él creía que debía ser un hombre, se prometió guardar el secreto y ser siempre para ella el novio… No, no, no… El novio, no. Pero sí un amigo, y podían jurar esa amistad escribiendo sus nombres con su propia sangre en el mismo papel, como hacían los caballeros de fortuna… La miró de soslayo. La niña seguía de pie, destacada sobre el muro revestido de hiedra, y en la mano tenía una hojita en la que enterraba los dientes.

Se arrepintió también de este último propósito y dijo muy deprisa:

—Lo he pensado mejor. Eres muy niña y todavía no debes tener novio. Te devuelvo tu palabra.

—Sí —contestó ella, sin dejar de mordisquear la hojita.

«¡Tonta!», pensó el muchacho, y escapó corriendo, olvidado de la escena apenas dio el primer puntapié a la pelota.

Ella había tenido un novio y lo había perdido. Tenía que estar triste, suspirar, poner una mano en el corazón, contemplar la tarde desteñida de tonos, quedarse pálida y enflaquecer, tomar vinagre y desear morirse, porque la vida para ella no tenía ningún objeto. Así eran las heroínas de las novelas color de rosa que la abuela, a su

insistencia por leer algo que no fueran cuentos infantiles, había terminado por entregarle.

Se ingeniaba para sacar a hurtadillas vinagre del repostero y beberlo sin un gesto, con una entereza de mártir. Quería morir, ella, la novia desdeñada. De noche abría la ventana y se obligaba a resistir el frío, el viento que había afilado sus cuchillas en las aristas de la cordillera. Apenas si probaba alimentos. Adelgazaba y bajo la piel de color de cera, la arquitectura de los huesos se acusaba lamentable.

Hubo en casa de tía Teresa un consejo de familia. Se impuso a la abuela que llevara a María Casilda al médico. Fue el día en que nació el pánico. Once años, la pubertad en cierne y la niña sin defensa alguna, comida por la anemia. Se hablaba de reposo, sobrealimentación, inyecciones, medicinas.

Tuvo primorosas camisas de noche, rosas, celestes, blancas: tuvo batas de rasos pálidos, sembradas de ramitos y entrecruzadas de pespuntes, que hacían juego con los edredones. Las sábanas eran una red de bordados en los embozos. Descansó largamente, comió sumisa, tomó los remedios, se dejó pinchar por las agujas que la empavorecían y dilataban sus pupilas.

Pero en cuanto se quedaba sola, iba sigilosamente al repostero y bebía repetidos sorbos de vinagre, con los pies desnudos sobre las losetas. Volvía descompuesta y tiritando a la cama. Esperaba el manso sueño de la abuela —que la hacía ahora dormir junto a ella, en su propio dormitorio—, para irse hasta el patio y quedarse largas horas entre dos arcos, sintiendo el corazón tumultuoso de la noche, el caer del agua en la fuente, el vuelo fantasmal de los murciélagos, los grillos tenaces y la lenta aprobación de las palmeras.

Terminaron estas escapatorias cuando la volvieron a su dormitorio, con una enfermera que no la abandonaba a hora alguna. Se creyó entonces en una reacción. Pero se equivocaban.

Llamaron al padre.

Soñó su última estampa. Iba por un camino de menudos caracoles que decían el mensaje de lejanas olas. Enormes flores color de cielo bordeaban el camino, azulinas sin nostalgia de los trigales, nomeolvides guardando una diminuta pepita de oro, hortensias suntuosas como halda de infantina. No tocaban sus pies los caracoles, se deslizaba por sobre ellos, dulcemente, resbalando

por el tobogán de la brisa. El camino terminó de pronto bajo un arco y allí se quedó ella, inmóvil.

Se miró los pies, que ahora sentía sobre el suelo. Y al mirarse los pies se vio el traje, como nunca se lo había hecho la abuela, tules flotantes de un claro verde, con estrellas que refulgían entre sus pliegues sujetos por una estrecha cinta de oro. Y en una mano tenía un lirio carmesí de largo tallo y la otra mano en el aire se alzaba en un vago gesto de adiós.

Fue entonces cuando aparecieron dos ángeles con dos grandes tijeras, recortaron de la vida la estampa de María Casilda y se la llevaron para fijarla en las galerías celestiales por toda la eternidad.

Romelia Romani

Mariano Orrego presintió a la mujer que había entrado y bruscamente alzó los ojos a mirarla. Estaba en el vano de la puerta que abría el *groom*, envuelta en un largo abrigo negro, con un sombrerito pequeño encasquetado hasta los ojos, buscando al parecer una mesa en que instalarse. Venía sola. Un mozo avanzó señalándole un sitio en el fondo del salón de té; pero ella no se avino a relegarse allá perdida y un rato esperó pacientemente hasta que una mesa quedó libre donde ella quería, en su sitio habitual fronterizo a la orquesta.

Mariano Orrego seguía mirándola. Se había sentado y, con gran quietud en los gestos armoniosos, colocó sobre la mesa los guantes y la cartera, echando después el abrigo en el respaldo de la silla. Dio una orden al mozo y entonces —como quien después de muchos pequeños deberes puede entregarse a su placer—, recta y firme, clavó la mirada en Mariano Orrego, que aguardaba ese instante con temor y ansia.

Era exótico el tipo de esa mujer extraordinariamente morena, casi mulata de color, con el pelo rubio rojizo de las mujeres venecianas y las pupilas muy verdes, muy claras, inexpresivas, pareciendo mirar muy lejos o mirar hacia sí mismas. Tenía el resto de las facciones correcto, bello, frío. El cuerpo no era el de andrógino moderno e iba vestido con sobria elegancia. La nota original la daba al conjunto de su *toilette* una serpiente hecha en brillantes, larga y enroscada en faja deslumbradora sobre la muñeca derecha, con la cabeza chata de ojos de rubí apoyada en medio del dorso de la mano.

La primera vez que Mariano Orrego la viera en el salón de té, iba en compañía de varias personas, hombres y mujeres de tipo

extranjero. Hablaban francés o italiano. Por la elegancia llamativa de las mujeres coligió que fueran artistas. Solo ella guardaba compostura en esa pandilla demasiado bulliciosa de la cual volaban por el salón palabras sueltas y risas. Parecía ajena a todo. Y como Mariano Orrego la observara atento e interesado desde lo alto de la tarima en que funcionaba la orquesta, pudo bien darse cuenta del efecto que su propia presencia causara en la mujer.

No hablaba. Apenas una leve sonrisa o un monosílabo cuando sus compañeros le dirigían la palabra. Dejaba distraída errar los ojos por la sala enorme, por la concurrencia numerosa. Arriba, en la orquesta, hubo un movimiento para emplazarse los músicos y empezar un vals de Chopin. La mujer alzó los párpados y los ojos que iban en vagar sin interés tuvieron al encontrar la figura de Mariano Orrego una dilatación de sorpresa rayana en espanto, una vibración de agua que se rompe, un parpadeo de desvanecimiento. Se le empalideció el rostro hasta quedar terrosa y bruscamente inclinó la cabeza.

Mariano Orrego siguió mirándola mientras tocaba. Cuando terminó el vals, la mujer, lentamente, volvió a levantar los ojos hasta encontrar al violinista. Y se quedó otra vez fija en él con las raras pupilas que lo miraban y no parecían verlo, que parecían mirar a través de él y muy lejos inmovilizarse en algo grato. No había en su actitud una pinta de coquetería. No insinuaba nada. Lo miraba: era todo.

Ya llevaba cerca de un mes viniendo tarde a tarde al salón de té, de común sola y sin otro objeto al parecer que mirar a Mariano Orrego extáticamente. Los compañeros del muchacho en la orquesta se habían dado cuenta de la asiduidad de la mujer y lo embromaban con «su conquista». Y Mariano Orrego, infinitamente halagado, cada vez se enredaba con mayor sinceridad a esa mirada. La aguardaba ansioso. Sabía todos sus movimientos. El llegar preocupada de situarse cerca de la orquesta, el instalarse con gran calma y, por fin, el mirarlo intensamente, siempre con la misma falta de expresión en las desteñidas pupilas de malaquita.

Sabía quién era. Se lo dijo un día el pianista de la orquesta.

—¡Ya sé el nombre de tu enigma! Es Romelia Romani… Romelia Romani, fíjate… La suerte de algunos…

—No puede ser…

—¡No te digo! Lo sé por Herrán, el empresario, que la otra tarde la saludó en el *foyer* del Victoria. La conoce mucho…

—Romelia Romani… —murmuró Mariano Orrego, aún incrédulo de que aquel nombre que fuera célebre en el mundo del arte lírico, perteneciera a la mujer que le demostraba interés, que absorbía todo el suyo.

—Anda sola —prosiguió su informante—, llegó a Chile desde la Argentina y con el propósito de seguir a La Habana. Desde su inexplicable retiro de la escena no hace otra cosa que viajar por todos los países del mundo. Dicen que está enferma, pero en plenas facultades artísticas. A veces, en una iglesita de extramuros, en la más pobre de las iglesitas de cualquiera ciudad, se presenta una mujer ofreciéndose al párroco para cantar en la misa de alba, y Romelia Romani hace creer a las buenas viejas madrugadoras y beatas que un ángel ha bajado milagrosamente al coro. Muchos achacan su retiro del teatro a un motivo sentimental. Pero de seguro no se sabe nada.

Ya en posesión de un nombre que dar a esa fisonomía, Mariano Orrego tuvo el propósito de acercarse a ella, de hablarla, de seguir en otra forma conociéndola. Una vez le sonrió, haciéndole una leve inclinación de cabeza. Romelia Romani tuvo entonces una especie de sobresalto, pareció recoger la mirada desde muy lejos hasta posarla en el hombre, en ese que estaba allí, cerca, alto en el frac, con el violín entre las manos acariciando las cuerdas, y solo esta vez la expresión de la mujer fue clara para Mariano Orrego. Los ojos cobraron sorpresa, una máscara de altivez inmovilizó las facciones y con un gesto vivo de disgusto Romelia Romani salió del salón. Y cada vez que la tentación de seguirla, de hablarla, lo cogía, el recuerdo de esa escena lo dejaba quieto, obligándolo a contentarse con las miradas solamente.

Y la pregunta seguía viva en el joven. ¿Qué era, por qué era así esa mujer? Nunca en ella un asomo de coqueteo, nunca algo sospechoso, nunca nada equívoco. Acabó por obsesionarse. No pensaba sino en ella. La hora en que la veía era su meridiano. La buscaba en cada silueta femenina y una mujer le era grata porque tenía su cutis de cobre claro y otra lo encantaba con los ojos verdes, gemas idénticas a las pupilas de Romelia Romani; esta tenía su andar rítmico y aquella el gesto alado de las manos tan lindas. Así,

cada mujer se la recordaba y la amaba en cada una de ellas. ¿La amaba? Sí… No… Tal vez…

Hacía mal tiempo esa tarde que transcurría lenta. Nubes blanquecinas acolchonaban el cielo. Un viento en ráfagas fuertes, intermitentes, daba cabezadas a las ventanas, silbando su impotencia. Afuera se adivinaba frío y más grato era aún el salón de té con las innumerables luces rosas, la tibieza de los radiadores, el charlar discreto y la música sutilizando el ambiente.

Apenas quedaban unas cuantas personas. Luego de arregladas las mesas, los mozos solían aparecer por la puerta de servicio, oteando si los retardados se iban. El mayordomo se inmovilizaba junto a una ventana, mirando la calle con ojos de pensamiento lejano. Apagadas las luces de la orquesta, solo y medio oculto en la sombra, Mariano Orrego tenía la sensación de que el aire se enrarecía en su contorno y que se ahogaba, tan anhelante era su respiración, con tan recio golpeteo lo sacudía la sangre. Sentía, sabía que algo definitivo iba a pasar esa tarde entre Romelia Romani y él, que lo imprevisto estaba con ellos, lo imprevisto que empezaba a realizarse en la demora de la mujer en partir.

Romelia Romani, inmóvil, muy abiertos los párpados, no miraba hacia arriba buscando al muchacho de la orquesta, sino que recta frente a ella se abstraía en un punto único. Más que nunca daba la sensación de no ver, de estar fuera de ella misma mirando a su interior. Una angustia le desplomaba las comisuras de los labios. Juntas, apretadas las palmas, entrelazados los dedos, las manos descansaban en la otra albura del mantel.

La paciencia del mayordomo se desbordó en movimiento y llegóse hasta Romelia Romani en atención de pregunta vana. La mujer salió de su ensimismamiento, dijo: «No», con la cabeza, entregó un billete, arrebujóse en el abrigo y echó a andar por entre la ringla de mesas vacías.

Y Mariano Orrego se fue tras ella sin saber qué quería su esperanza, qué aguardaba de lo imprevisto, qué no adivinaba en lo porvenir.

Girándolas de avisos rutilaban colores en la noche arañada de vientos. Los viandantes llevaban su apuro a calentarse al hogar. Las grandes voces de las bocinas se decían historias aprendidas en los puertos. La lluvia había arrojado un puñado de redondos goterones

sobre el asfalto de las calles.

Romelia Romani se detuvo junto a la calzada, esperando un auto. Pero pasaban todos con los ojos de un ocupante avizorando tras los cristales. Entonces Mariano Orrego avanzó y dijo tembloroso:

—Señora… Perdón… ¿Quiere que le llame un auto?

—¡Ah! —Era la misma máscara de altivez que en otra ocasión lo asustara. Romelia Romani terminó secamente—: No, gracias.

—Perdón… —balbuceó el muchacho con la pena del rechazo corroyéndole las entrañas.

No atinaba a moverse, no atinaba a moverse esperando siempre no sabía qué. Un golpe en la sensibilidad de la mujer que se la abriera en confianza. Sí, era eso lo que aguardaba sintiendo nuevamente que el aire se enrarecía, que el corazón le tableteaba en el pecho, que en los ojos una fuerte niebla lo cegaba, que los músculos se le ponían rígidos bajo la opresión de la angustia.

—Señora… —le pareció que en su interior otra voz iba apuntándole las palabras que repetía trabajosamente—. ¿Por qué no quiere que nos conozcamos? ¿Por qué? ¿No comprende usted mi ansia?

Fue el resorte que se la entregó. Las pupilas de la mujer titilaron en un espanto, las manos avanzaron a apoyarse en su brazo y una voz de anhelo contestó a la suya de amor:

—¿Su ansia?… ¿Su ansia de qué?

—De ser algo en su vida… De ser algo más que un hombre que se mira.

—Pero usted… ¿Usted creyó? ¡Oh! Usted cree que yo…

—No creo nada, no sé qué creer, señora…

—Es que usted no sabe… Lo que usted se imagina no es verdad. Se engaña usted. Mi actitud tal vez lo desorientó y cree lo que no es, lo que no es verdad ni en usted ni en mí…

Hablaba con las palabras en tropel, enredada en el acento italiano, queriendo metodizar las frases, buscando balbuciente la palabra que debía ir primero. Siguió diciendo:

—Usted no sabe, no sabe… Creyó, claro, creyó que yo iba al salón de té por interesarme usted personalmente; me interesa, pero no por usted mismo, ¿entiende?, me interesa porque se parece a alguien, a una persona que quise y que está perdida para mí,

perdida para siempre, como si no existiera. Usted me la recuerda en ciertos rasgos y yo iba a mirarlo por encontrar de pronto en sus movimientos gestos que eran de él; expresiones que amé, que amo; actitudes que me fueron familiares y que están lejos, en el pasado, en los recuerdos; cosas que no serán nunca más. Por eso lo miraba. Por eso solamente. Y usted creyó, creyó… Yo debía haberle explicado esto desde el principio, aunque me hubiera tildado de loca. No me atreví. Pero es que no me imaginé nunca… Aunque me lo asegure, no creo que haya usted llegado a quererme.

—La quiero —dijo el muchacho con gran sencillez—, la quiero para siempre.

—No diga «para siempre», no lo diga siquiera. El «para siempre» que implica lo porvenir no existe en el amor. Solo existen lo que fue y el momento presente. Del amor del mañana no se puede hablar, es el amor del pasado lo que cuenta, lo que es. Yo no sé si mañana tendré esta locura de amor por un hombre que fue en mi vida, no lo sé; pero sí sé que ahora (este ahora que ya se escurre hacia el pretérito), que hoy, que ayer, que todo el encadenamiento de días que va de la hora presente hasta cierto día, son de un amor, llenando todo el pasado; que cada instante, cada recuerdo, cada alegría y cada pena son de él, por él, para él.

—¿Y el porvenir? ¿Por qué no dejarlo a mi esperanza?

—Porque no es nuestro. El hombre que me amó, tal que usted, decía amarme «para siempre». En su vida había una mujer que representaba su hogar. Yo era simplemente «su amor». Fue un delirio de pasión girando en unión del éxito. Para siempre… Disponíamos del porvenir… La vida para amarnos… Sí, la vida que nos dio la gran enseñanza… Un día la mujer de mi amante se envenenó, desesperada por el abandono. Fue como un hachazo que nos separara. Lo que la mujer no pudo viva, lo pudo muerta. Nunca más volvió a mí, nunca, hasta ahora… Palabras desconocidas pasaron por sus labios: deber, remordimiento, moral. ¿Entiende usted mi tragedia?

—Pero si usted cree que no disponemos del porvenir, ¿por qué no esperar que el tiempo vaya deshaciendo su amor de ahora? ¿Por qué no esperar un nuevo amor?

—No quiero esperar nada. No quiero otra cosa que el momento que vivo y los que he vivido.

—Entonces, déjeme esperar a mí.

—No quiero. ¿Le digo mi verdad íntegra? He sido una mala amante. Con todo mi amor, que yo juzgaba inmenso, lo he querido a él menos que la muerta. Esa es mi humillación. He sido cobarde. Pero tal vez un día no lo sea (hablo siempre en la duda del porvenir), y entonces haré lo que la otra. De las dos mujeres que éramos en su vida, la mayor prueba de amor se la dio la desdeñada. Yo me he mantenido en la esperanza de que él volviera a mí. Ya no espero nada. Mi único goce es pensar que un día sabrá él con qué amor de locura lo quise.

Hablaba siempre con el mismo atropellamiento en las palabras. La voz era un bordón tremolando. Y las facciones, bajo el tifón pasional, tenían un devastamiento de catástrofe. Mariano Orrego la contemplaba dolorosamente, comprendiendo cómo toda su esperanza se estrellaba contra ese broquel de nervios tensos por la idea fija. La mujer dijo aún:

—Ya ve usted que nada puede esperar. Déjeme marcharme. A pesar de la atracción que era usted, ya empezaba a cansarme la faz idéntica de esta ciudad. Todo me aburre. Me iré a vagar tierras nuevamente. Y usted tendrá de mí un recuerdo más entre los recuerdos. —Y terminó brusca—: Adiós.

Echó a andar. Y Mariano Orrego, aturdido, la vio alejarse por la recta de soledad que era la calle.

LA MUJER Y «ÉSA»

Despertó como siempre: súbitamente, pasando del sueño a la vigilia y a la angustia de las horas en espera de que la rutina cotidiana fuera iniciándose en la gran casa. No cambió de postura: de costado, con un brazo sirviéndole de almohada y el otro a lo largo hasta apoyar la mano en el muslo poderoso. ¡Qué congoja el insomnio! Ese quedarse quieta repitiendo con obstinación: «Uno más uno, dos. Dos más uno, tres». Hasta alcanzar enormes cifras. Porque alguien le dijo que era sistema para provocar el sueño. O ese beber esperanzado el vaso de leche caliente. O ese recurrir a las drogas. O ese deslizarse por las habitaciones silenciosas, entre la sombra, la penumbra y los mínimos ruidos inexplicables, creadores de miedos ancestrales. Todo ello impulsada por el deseo de dormir, pesadamente, mineralmente, sin sobresaltos, sin pesadillas. Como dormía «ésa».

Se incorporó para mirarla.

Los almohadones la mantenían semirrecostada, con la cabeza en escorzo, apoyada la mejilla en la funda color rosa y, en la tenue claridad de una minúscula ampolleta, tenue ella misma. Durmiendo plácida. Como si los años no hubieran transcurrido, como si la enfermedad no le hubiera trizado el corazón. Perdurables su fineza y su encanto.

Un ramalazo de ira la irguió, echó atrás el embozo, giró con pesadez el cuerpo graso y quedó sentada al borde de la cama, buscando sin mirarlas, con los propios pies, las babuchas siempre perdidas. Metía entretanto los brazos en las mangas de una bata, con los mismos movimientos pesados, pero al propio tiempo enérgicos. Con algo que parecía gesto de amenaza a invisibles enemigos.

Fue hasta el balcón y bruscamente levantó las persianas y abrió una puerta. La luz era azulenca y una orla rosa opalescente anunciaba que el sol subía tras la cordillera. Cantó un gallo y el obstinado ladrido de un perro se hizo insoportable. Olía a humedad, a insistente humedad de tierra vegetal, de fronda, de huerto, de rocío multiplicado en cada pétalo. Olía a campo.

La casa continuaba en silencio.

Sin preocupaciones, la mujer levantó ruidosamente otra persiana.

Se acercó a «ésa». Ahora, a mayor luz, en el rostro enflaquecido, la piel ámbar claro mostraba el fino trazo de las arrugas. Las cejas apenas se dibujaban grises, de igual tono plateado que el pelo corto y crespo. Pero las pestañas eran obscuras y sombreaban las mejillas hundidas, y en la boca de pura línea descolorida, las comisuras sonreían tiernamente. Toda ella menuda entre el rosa de camisa, sábanas y cobertores.

La miró con rencor. Como siempre: ya fuera despierta o dormida, en la enfermedad o en la salud, aparecía serena y seductora.

¿Y ella?… Sin dormir. Su sueño se había perdido. Lo había perdido ella misma al correr del tiempo. Porque alguna vez durmió como dormía «ésa», sueño color de rosa entre rosadas cobijas. Sueño de los quince, de los dieciocho años… ¿Cómo perdió ella el sueño?

¿Y si en vez de quedarse ahí, de pie, mirando a «ésa», intentara dormir? A veces, a esta hora, luego de beber la leche que le dejan en un termo, se adormila, logra adormilarse arrellanada en un sillón.

Cierra con la misma brusquedad las persianas. Corre las cortinas, las dobles cortinas: de tul y de antigua labrada felpa. Es una nueva incierta noche. Bebe. Busca el sillón. Apoya la cabeza en el respaldo muelle, propicio al reposo. Aprieta los párpados. Cuenta: «Uno más uno, dos». Hay que hacerlo con cierto ritmo. Insistió mucho en ese detalle su amiga recién llegada de Oriente al darle la receta. Además, debe pensar en algo obscuro. Como la cortina de un altar en Semana Santa. «Cinco más uno, seis…».

Un impulso irrefrenable la deja de pie junto a la cama de la dormida, remeciéndola a la par que grita:

—Despierta… Despierta…

—Qué… ¡Ay! Qué… ¿Está temblando? —dice con su pequeña voz musical.

—No, no tiembla… Pero es hora que despiertes, ¿entiendes? ¿Hasta cuándo vas a dormir?…

—¿No tiembla? ¡Qué bueno! Pero ¿por qué me has despertado? Tengo tanto sueño. Déjame dormir. Tengo tanto sueño… Tanto… —continúa quejosa.

La alza con sus poderosas forzudas manos. La sienta, acomoda los almohadones.

—No, no…, quiero dormir… Tengo sueño… es tan temprano —protesta.

—No es temprano… Ya es de día…

—No, es de noche. Está todo obscuro.

—Es necesario que despiertes… —y agrega perentoria—: Tengo que hablar contigo… Tenemos que hablar…

—No quiero… ¿Vas a empezar con tus cosas? No quiero hablar, quiero dormir.

—Vamos a conversar… —Toma un tono ligero—. Es tan lindo hablar, hacer recuerdos…

—Déjame —plañe—, lo único que quiero es dormir.

—Para no pensar —ahora su tono es sarcástico—. Ha sido tu manera de deshacerte de tu mala conciencia.

—No tengo conciencia, ni mala ni buena…

—Eso ya lo sé. Lo he sabido, lo hemos sabido todos… Pero es necesario que hablemos…, que me cuentes… —Del sarcasmo ha pasado en sus últimas frases a un tono que pretende ser convincente…

—No quiero contar nada… Quiero dormir… Déjame en paz. —Cierra los ojos y en la boca cambia la insinuación de la sonrisa por una insinuación de lloro.

—Sí, el cuento es no molestarte, no echar a perder la placidez de tus horas… Las preocupaciones, las dudas, las angustias, los sufrimientos: eso para los demás… Para mí, que soy el burro de carga… —ha vuelto a la violencia y las palabras adquieren una pesadez de piedras.

—Es que todo eso te gusta —musita.

—No me gusta… Pero tengo que soportarlo. Tengo, he tenido

que soportarlo por culpa tuya…, tuya… —sigue de pie junto a la cama, imponente en su volumen por el que circulan rachas de eléctrica ira.

—La vida es así… —contesta como hablando para sí misma—. Da un poco, quita otro poco…

—Quita… Quita cuando hay alguien capaz de quitar. De robar… Cuando hay alguien como tú… ¡Asquerosa!

—Tengo sueño… —insiste—. Quiero dormir…

—No vas a dormir ni a hacerte la dormida ni la enferma… No tienes nada… Tienes que has hallado una manera de seguir viviendo cómoda y de que todo gire en torno tuyo… ¡Asquerosa!…

En las comisuras de los labios reaparece la habitual expresión. Y no responde.

—¡Ay! Yo te haré hablar… Al fin vas a hablar… —cambia el tono por otro neutro—. No sé cuándo te acostaste con él por primera vez. Antes de que nos casáramos o después… No importa… Pero si fue antes, como animales, en cualquier sitio, nada sacaste, porque se casó conmigo, ¿entiendes? Conmigo, que era la novia de su niñez, cuando se juega a ser novios, la novia que él eligió y que siguió siendo su novia, la mujer que sería para su hogar, para madre de sus hijos. ¿Te acostaste con él antes? Dilo… Dilo… Confiesa de una vez…

—Si tú crees que me acosté con él, ¿qué importancia tiene que fuera antes o después? —contesta sin abrir los ojos, sosegadamente.

—Entonces, ¿te acostaste? Fuiste su querida…

—¡Qué feas palabras!… No debes emplearlas, tú, tan fina, educada en las monjas… Que las emplee yo, pase. Pero tú… Acostarse…, querida…

—Si te acostaste antes… —se interrumpe y vuelve al tono violento—: Hablo como me da la gana… Hablo… Y no eres tú nadie para venir a darme lecciones… La perla… —parece reflexionar—. Si te acostaste antes, tiene que haber sido en el campo, por ahí en el propio suelo, como las bestias, en el pasto, emboscados… Dilo… Confiesa…

—El pasto suele ser apretado y suave. Huele bien: a tierra, a humedad, a pequeños perfumes desconocidos. Y la sombra de los árboles es un hermoso toldo, máxime cuando cantan los pájaros al atardecer o en la noche hay misteriosos rumores que no se sabe de

dónde vienen —sigue sosegada, con los ojos cerrados y ahora sí que abiertamente sonríe.

—Entonces, ¿fue así? —pregunta con una suerte de pasmo.

—Estoy recordando algo que leí hace tiempo…

La mujer reacciona entre dolida y colérica.

—Me vas a matar… me vas a matar… ¿Cómo no voy a pasar desesperada, dándole vueltas a todo esto de día y de noche? ¿Por qué no hablas de una vez, por qué no dices de una vez por todas la verdad entera?

—Estoy hablando. Y eso que tengo sueño. ¿No quieres dejarme dormir? Me gustaría tanto. Tú eres muy buena y muy dije… Ernesto lo decía siempre. ¿Por qué no me dejas dormir?

—¿Así es que te hacía confidencias? ¿Te hablaba de mí? Eso no es cierto. No iba a contarte cosas mías a ti, que eras su querida. Porque eras su querida, ¿no es cierto?

Hay un silencio.

—No te hagas la dormida. Contesta. ¿Cuándo te acostaste con él?

—Ya te he dicho que «querida» y «acostarse» son palabras feas. No es correcto usarlas. Alguien dijo alguna vez delante de mí: «Dulce amiga». Hablaba también de «identificación feliz». Son aciertos del lenguaje. ¿No te parece? ¿Por qué no los adoptas?

—¿Te lo decía él? —pregunta desorientada, porque en especial el segundo juego de palabras no tiene sentido para ella.

—Lo decía alguien no sé dónde. O tal vez lo leí…

—Claro. Conozco de más lo que te gusta apabullarme con tu sabiduría. Cuando no quieres decir una cosa, dices que se te olvidó. O te quedas callada. O tienes sueño. O te sientes mal. Y otras veces, cuando no quieres decir quién te dijo algo, resulta que no te lo dijo nadie, que no sabes quién te lo dijo o que es algo que has leído. Tan leída que eres… Claro: con la vida entera para no hacer nada… No como una: con marido, con casa, con un hijo… Vaga… ¿Y con qué plata te pagabas todo eso, con qué plata? ¿Con la tuya? De dónde ibas a sacarla, aunque hicieras todas esas cosas en el teatro. ¿De dónde? De mi bolsillo, estoy segura de ello; del bolsillo de Ernesto. Ladrona, quitándome el pan de la boca…

—No debes quejarte… Has tenido el pan y la mantequilla. Mucha mantequilla… Así estás de gorda…

—Pero ¿de dónde sacabas la plata para vivir como has vivido, como una reina, con departamento, con vestidos, con fiestas, con auto, con viajes? ¿De dónde? De Ernesto. Plata mía… ¡Ladrona!

—Hombres necios… —murmura—. Perdón: es algo que en una época me gustó mucho recitar… Y lo hacía mejor que Berta, te lo aseguro. Es de Sor Juana Inés de la Cruz, la mexicana, ¿sabes? ¿Quieres que te lo diga entero?

—Quiero que no me vuelvas loca. Que me digas la verdad. ¿No ves que no puedo vivir en esta duda, que mis días son un martirio y mis noches un infierno? Por favor: ¿no quieres decirme alguna vez la verdad? Te sería tan fácil. Mira: en cuanto me digas la verdad, te lo prometo, nunca más te pregunto nada. Hagamos un trato: me dices la verdad y punto. Ni una palabra más. Te lo juro. Por el eterno descanso de mi inolvidable hijo, que se murió tan jovencito.

—¿La verdad? ¿Pero es que alguien sabe la verdad de algo? ¿La suya para comenzar? ¿Qué verdad quieres que te diga, si yo no he podido nunca saber cuál es mi propia verdad?

—No me enredes con palabras. Yo soy una mujer sencilla. Mi verdad es como yo: sencilla. Viví adorando a Ernesto, para él, por él, y el día que murió y encontré en su billetera un retrato tuyo, empecé a sospechar que entre ustedes había existido algo. ¿Por qué tenía en su billetera, en un compartimiento secreto, un retrato tuyo? Una vieja billetera que él llevaba siempre sobre su corazón, una billetera que cuidaba siempre que quedara bajo su almohada, cerca de su cabeza. Yo lo embromé alguna vez: «Ni que creyera que le voy a sacar plata». Me besaba riendo y decía: «Es que aquí tengo mi varillita de la virtud». ¿Por qué tenía ese retrato? ¿Por qué?

—De nuevo me has contado esa historia, obligándome una vez más a escucharla con paciencia y a decirte que los retratos de los artistas los tiene cualquiera…

—En casa había, hay retratos tuyos… Pero ese era otro, distinto a todos, una instantánea, apenas del tamaño de una estampilla. Tomada por él, acaso, y tú mirándolo con una expresión divina…

—Gracias por el cumplido…

—Es que es la verdad. Es como si por dentro tuvieras una luz…

—Las artistas deben dominar todas las expresiones.

—¿Y lo de la varillita de la virtud? ¿Cómo lo explicas, tú que para todo tienes salida?

—Yo no explico nada. Convendrás en que la vida está llena de cabos sueltos… Pero sí, pensándolo mejor… A cualquier cosa podemos atribuirle poderes mágicos. Yo tuve de chica un caracol al que achacaba todo lo bueno que me acontecía. ¿Tú nunca tuviste un talismán?

—Nunca perdí mi tiempo en tonterías —asegura desdeñosa, y continúa obcecada—: ¿Así es que no te dijo que eras su varillita de virtud?

—Escucha esto, que es muy curioso. Alguien me dijo una vez…

La mujer interrumpe cortante:

—Alguien cuyo nombre no recuerdas…

—Por cierto… He conocido tal cúmulo de gente… Pero escucha. Me dijeron que si a cualquier objeto le adjudicábamos insistentemente un poder, ese objeto terminaba por ser poderoso. —Se interrumpe y pregunta—: ¿Y por qué Ernesto iba a darle a un retrato mío ese poder? Entiendo que en su billetera había muchas cosas… Cualquiera de ellas podía ser su varillita de la virtud.

—No sigas embarullándolo todo… La verdad es que lo único inesperado que allí había era tu retrato. ¿No dirás que no era motivo para despertar sospechas? Empecé a vigilarte, a mirarte, a averiguar cosas tuyas, de tu vida. Habías pasado tan lejos de mí. ¿Qué sabía de tu persona? Era lo mismo que si estuvieras en otro planeta. Empecé a hilar cosas, a buscarles sentido a otras, a preguntar, a juntar este detalle con este otro. Cuando supe que ustedes se veían fuera de mi presencia, mis dudas aumentaron. Quise cerciorarme, entonces, de que esas dudas tenían una base sólida. No me era posible vivir como un detective.

—Por favor; ¿hasta cuándo vas a ser majadera?… Erraste tu destino. Debías haber sido eso: detective. Con estudios, se entiende. Así habrías aprendido a agotar y a abandonar una pista.

—Cuando supe que estabas enferma y pobre… —continúa impertérrita, y la mira con sostenida fijeza—. No deja de ser curioso que te enfermaras justo cuando murió Ernesto y que también entonces se te terminara la plata…

—Los artistas somos así: cuando no podemos trabajar por enfermos, nos espera el hospital. ¿No lo sabías?

—Entonces me dije: esta es la mía. La voy a buscar, la traigo a casa y lo averiguo todo.

—Y aquí estoy. Mejor dicho: aquí me tienes, según tus palabras, como una reina. Pero pagando bien caro este pensionado.

—¿Y qué más pretendes? Te cuido yo misma, te doy de todo, hasta duermo a tu lado por si algo necesitas en la noche. Te cuido lo mismo que cuidé a Ernesto. Puedes estar segura…

—Espero que no lo atormentarías con preguntas.

—Ya sabes que tu retrato lo encontré después que murió… Pero sí le hacía preguntas: «¿Me quieres, me has querido siempre, te has arrepentido alguna vez de haberte casado conmigo?». Y él contestaba lo que siempre me contestó: «Te adoro, soy inmensamente dichoso, nunca me arrepentiré de haberte hecho mi mujer». Sí. Le hacía muchas preguntas. Esas maravillosas preguntas que se hacen los casados felices.

—Y los no casados… —musita.

—¿Te las hizo alguna vez, se las hiciste tú?… —interroga premiosa.

—No creerás que me he pasado los años sin que un hombre me dijera: «Eres mi alegría…, pequeña almohada para mi reposo…, dulzura…».

—¿Te lo decía Ernesto?… —está frenética—. ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!… Lo que pretendes es que me vuelva loca de veras, porque ya no puedo más… Ya no duermo…, ya no doy para más…

—Pero comes… —apunta suavemente.

—Porque así me tranquilizo… Es igual que tener en el estómago algo que se está moviendo y cuando una come se sosiega… Pero eres una mentirosa… Eres una canalla mentirosa… «Pequeña almohada». ¿Te cuento lo que me decía siempre cuando llegaba tarde? Ya que tú no quieres contar nada, te contaré yo, te contaré lo que me decía. —Cambia la voz tratando de imitar al marido—: «Señora, ¿me presta su hombro para dormir?». —Recupera su obscura voz agresiva—. Eso me decía, y, aunque yo tuviera el hombro acalambrado, pasaba la noche en vela, incómoda, pero feliz al verlo como una criatura en el abandono del sueño. Mío, mío.

La boca de la enferma se entreabre como para decir algo. Pero se cierra con un brusco avance de la mandíbula inferior, que coloca el labio como un cerrojo sobre el otro labio.

La mujer presiente que algo se ha roto, que un choque emocional ha dejado a «ésa» sin defensa. Insiste frenética:

—¿Vas a hablar? ¿Alguna vez dejarás de hacer teatro? Vas a decir la verdad. ¡Al fin! Vas a decirme si te acostaste con él antes de que se casara conmigo. O después. ¿Cuándo? ¿Cómo empezó eso? ¿Cómo pudieron hacer para que nadie se diera cuenta del asunto?… ¡Habla! ¡Perra!

Una mano aparece, traslúcida, y se posa sobre la boca, aherrojando más aún lo que no quiere decir. La mujer continúa:

—Y si fue antes y no se casó contigo, fue porque era mi novio. ¿Entiendes? Y nos casamos, se casó conmigo, con su novia que él adoraba. Y no contigo, que andabas a sus vueltas… Haciendo memoria, me he dado cuenta de cómo lo rondabas… Perra caliente…

La mano baja, la boca se entreabre de nuevo, pero no emite un sonido. Está blanca, ceñida entera por un intolerable sufrimiento.

La mujer se detiene bruscamente, mirándola inquieta, pero recupera su furia y prosigue:

—… y fuimos inmensamente felices. Y me tuvo noche a noche en sus brazos, y fui suya, suya, y tuvimos un hijo que desgraciadamente murió, y no tuvimos más hijos, pero él estuvo siempre a mi lado, para hacerme dichosa en una vida tranquila, sin preocupaciones, sin celos… Sin celos… Nada…, nunca… Hasta que murió… Y hallé el retrato… Asquerosa… Tal vez venía de tus brazos cuando llegaba a casa, cansado, deshecho… ¿Qué hacía contigo? ¿Cómo te amaba? Tal vez su cansancio se lo dabas tú, vaga, que andabas suelta por el mundo y con cuántos vicios. Llegaba cansado, a bañarse, a tomar un vaso de leche y a pedirme el hombro para dormir… Pero no tan cansado que no me abrazara, besándome tanto, que a veces me daba miedo morirme antes de que no supiéramos nada, sino que nos íbamos como para otro mundo, como si nos llevaran volando. Cada vez más alto, más hechos un solo sacudón de felicidad…

La está mirando fascinada. La cara de «ésa» es cada vez más pálida, hasta tomar un tono gris; la mano como una araña corre y encuentra por sobre la sábana el sitio en que duele el corazón, en que una saeta lleva el dolor hasta el paroxismo.

—¿Qué pasa? —Aguarda la respuesta que no llega—. ¿Qué te pasa? —insiste. Se inclina. La toca. Y súbitamente empavorecida grita—: No…, no te mueras…, no…, tienes que decirme… —Pero

de más allá de la suspicacia, de los celos, del odio, del horror, aparece en su boca venida de la lejana infancia, una voz que repite plañidera—: Hermana… Hermana…

Nocturno

En estas claras noches estivales, me agrada vagar por la única calle del pueblecito. Es una larga calle serpenteante, bordada de viejos caserones que parecen dormitar perezosos a la sombra de añosos árboles. Los grandes portones coloniales de estas casonas se abren hospitalarias dejando ver rientes patios floridos, en que una fuente narra consejas.

Por la larga calle sinuosa, camino lentamente, saboreando el goce de encontrar cada recodo lo imprevisto: una casa que avanza sobre la acera interceptando el paso, un sombrío rincón en que un sauce se alza melancólico, una tosca cruz que a la vera de una tapia parece implorar un recuerdo para el que ahí murió. A veces hay rincones tan negros, que amedrentan, apuro el paso. Mas la sombra me atrae, bruscamente me detengo, la mirada inquieta, el oído alerta. ¡Un suspiro! ¡Un gemido! No, tal vez el aire musitando entre las hojas.

Me arranco al hechizo, y sigo calle adelante. En un largo trecho, las casas están desnudas de sombras de árboles que las cobijan. Comienzan nuevamente los árboles, prestando a la calle el encanto de sus formas, vírgenes de podaduras.

En un patio, una grave voz masculina entona acompañada de rasgueos de guitarra que parecen sollozos:

> ¡Qué grande que viene el río!
> ¡Qué grande se va a la mar!
> Si lo aumenta el llanto mío,
> como grande no ha de estar.

Sigo avanzando, obsesionada por la infinita melancolía de la tonada popular.

Una violenta mancha de luz aparece a los ojos, se agranda, trepidando, ronca la bocina, avanza veloz un auto perdiéndose en una violenta curva.

Vuelve otra vez el silencio, turbado solo por el rumor de la fronda. En una esquina hay un despachito iluminado por la luz amarillenta de un «chonchón» moribundo. Empieza la tapia en que está la cruz negra: cierro los ojos y paso junto a ella, muy ligero, murmurando un Ave María.

Al finalizar la tapia me detengo mirando miedosamente atrás. No me sigue ninguna sombra, respiro reconfortada y evoco el drama: el jinete borracho, el caballo enloquecido por las espuelas que desgarran sus ijares, el hombre, empeñado en frenéticas carreras, la bestia encabritada y el pelele humano deshaciéndose la cabeza contra las piedras de la tapia.

Tengo miedo otra vez: miro en torno mío, recelosa, y camino muy de prisa oyendo vagamente los ecos de un piano que da al silencio las notas de un doliente nocturno de Chopin. Junto a una verja me detengo: un pequeño parque duerme a la sombra de un pino majestuoso. Aroma el aire un jazmín florido. Mueren los últimos compases y el piano tornase mudo. Sigo mi caminata, desesperanzada de que un nuevo trozo pueble de ensueños la noche.

Dos viejas, que parecen brujas esperando que al conjuro de medianoche se las llame al aquelarre, se acurrucan frente a la pupila roja de un brasero, teniendo una en el regazo un minino escuálido de ojos fosforescentes, liando la otra un cigarro con dedos temblorosos.

Luego hay paz y quietud. El aire en rachas frías me trae olor a menta, a canelo, a arrayán. Cantan monorrítmicas las ranas. Se avecina el río…

¡Oh, el encanto de las calles sinuosas, llenas de pavorosos recodos, en que las sombras crean fantasmas! ¡Oh, el encanto de las noches rumorosas!

Verano de 1919

LIRIO BLANCO

En la tristeza del jardín desolado por el invierno se alzan hieráticos los lirios blancos. En línea femenina el tallo se yergue airoso, sustentando la regia corola. Tres de los pétalos forman dosel al cáliz; la seda de los tres restantes se aterciopela recamada en oro. Agudas como puñales, las hojas de malaquita parecen resguardar la flor de todo contacto.

Son frágiles cual un ensueño, son ellos cual la nieve de las cumbres, son altivos cual un alma cerrada.

Semejan princesas medioevales, prodigiosas de esbeltez y gracia en la estrechísima veste que modela los cuerpos antiguos, coronadas por las altas tocas, cuyos velos níveos aletean como si poseyeran vida propia. Oro rutilante son las trenzas en que sartas de brillantes se irisan cual gotas de rocío al sol. La rigidez de sus poses arcaicas las hace doblemente sugestivas por inaccesibles y enigmáticas. En el decorado austero del castillo feudal se destacan entre las puntiagudas lanzas de la guardia de honor. Tal vez el tedio roe sus corazones, tal vez el amor espeje ante sus ojos, tal vez la palabra quemante de odio palpite en sus labios. Tal vez…

Lirios blancos, flores de gracia, de ensueño y símbolo; ¿qué esencia guarda vuestro cáliz que los pétalos unidos forman broche de misterio? Lirios blancos flores de símbolo, de ensueño y gracia ¿quién podrá descifrar vuestro secreto de almas cerradas? ¿Quién?

Chillán, Junio 1º de 1922

Los niños

Esta historia comenzó así:

La vida de Ernesto y María Soledad es una leyenda en la morosidad del pueblo. Poco o nada se sabe de lo que acontece en la casa que flanquean altos torreones, señorial en lo umbroso de la fronda y en el verde aterciopelado de los prados en que brotan flores increíbles, traídas de latitudes calientes. La cortés altanería de Ernesto y la silente belleza que rodea de ausencia a María Soledad son más eficaces que muros y torreones para mantener alejada la reptante sutileza de la curiosidad de todos.

Solita, a través de los niños, es el único cauce por donde podía filtrarse la información. Si por el cauce de Solita fluyera un agua clara, traslúcida, con posibilidades de remansarse dejando ver alguna limpia guija del fondo. Pero ¿qué información iba a lograrse de una fuente cantarina, borboteante de espumas y de salpicaduras, y hasta de súbitos arcoíris deliciosamente ingrávidos en el aire? En el prodigioso chorro fresco que es la fantasía de Solita, las gentes pueblerinas, a través de los relatos de sus hijos, se perdían entre trasgos y bicicletas, mampatos y piratas, fonógrafos y bomberos, hadas y romances, perros y gatos, *mademoiselles* y mamás. Sobre todo esto: una mamá como una princesa, más que princesa, como una reina. Y decenas de relojes marcando la misma hora, toda ello regido por manos omnipotentes. Primero: las del buen Dios del señor cura; segundo: las de Ernesto, cuya inalterable justicia y puntualidad le hacen acreedor a una participación en el derecho de dirigir los mundos.

Antes, en una época remota para Solita y que solo estuvo situada junto a su cuna de guagua, los señores del pueblo decían a Ernesto al albur de un encuentro:

—Mi señora desea mucho visitar a su señora…

A lo que Ernesto, con impecable educación de anglómano provinciano, inescrutables los ojos, y todo él con esa rigidez que el exceso de urbanidad hace que trascienda de los huesos a los músculos, respondía lejanamente solícito:

—Sería para nosotros muy honroso recibir su visita, pero mi señora, por el momento, no está del todo bien de salud, no puede acostumbrarse a este clima tan distinto al suyo nortino, y el doctor le ha ordenado completo reposo. Pero si quiere usted mandar a sus niños a conocer a Solita…

No se podía desperdiciar esa ocasión, y los niños llegaban con sus trajes de los domingos, con desacostumbradas capotas y cuellos de almidón. Entraban con lentitud, y no sin algún recelo ante tanta extraña cosa. Cruzaban en puntillas la penumbra de los salones desiertos, acompañados por el tictac persistente de los relojes que coleccionaba Ernesto y que insensiblemente creaba un ritmo a su paso y casi a su respiración. La Clorinda los hacía entrar a la pieza de la niña, y ellos experimentaban el decisivo asombro al asomarse a la cuna para ver a esa criatura apenas vestida, mirándolos con sus ojitos obscuros, toda sonriente, empecinada en alcanzar la maravilla huidiza de los pies desnudos.

Se asomaban al borde de la cuna, dispuestos a contemplar algo tan fuera de lo común, que si el cuerpo de la niña hubiese terminado en la plateada cola de una sirenita, o si en sus espaldas hubiesen batido dos alas, les hubiese parecido que era eso justamente lo que correspondía a su esperanza.

Pero únicamente hallaban a Solita, morena y espigada, gozosa y arrulladora entre encajes y holandas.

A Solita, a la que se miraba como si estuviese entre cristales, a la que no se tocaba ni besaba; Solita, defendida celosamente por la Clorinda. Luego de este acto ritual, pasaban los niños al comedor, acompañados siempre por la vieja niñera, que los llenaba de golosinas. Y donde, a veces, para colmo del pasmo de los privilegiados, aparecía María Soledad, tan linda, tan joven, tan suave, tan amorosa, y quien, como espléndida deslumbrante despedida, les regalaba un juguete en nombre de Solita.

Los niños intuían la bondad y comprobaban la largueza, lo que, añadida al interés de los padres por conocer la vida íntima de ese

hogar, hizo de sus visitas un hábito de inesperado festejo en cualquier fecha del año.

Solita creció. Ya no la encontraban surgiendo de la espuma de batistas y puntillas, bajo la mirada providencial de la Clorinda. Apenas sus pies titubeantes pudieron sostenerla, tomó posesión inmediata de sus dominios, que fue ampliando día a día, con una voluntad que no reconocía más límites que las imperturbables puertas cerradas, la altura inaccesible de mesas y sillas, y la inflexible disciplina educadora de su padre.

Era curioso verlos enfrentarse de potencia a potencia. Con una sabiduría de animalito angelical que ensaya todos los caminos para llegar hasta su presa, la niña ponía en juego el mimo, el llanto, el silencio obstinado, la violencia. Pero todas estas artimañas vitales se estrellaban contra la fría ordenación del padre, incorruptible y segura de su eficacia como un tratado de álgebra. Cuando aprendió a través de castigos, pequeños pero inexorables, que existía una voluntad numeradora, se plegó exteriormente a ella, pero ya que su propia voluntad infantil no pudo condicionar su vida física, se revertió a un mundo suyo, increíblemente bello, poblado de seres y desbordante de hechos, ninguno de los cuales era aburrido, en el que ella se enseñoreaba, y en el que «Togo», su perro, y «Don Genaro», su gato, eran genios hacedores de un mundo prodigioso en el cual solo la madre —y muy rara vez— pudo entrar subrepticiamente.

Los niños seguían viniendo a jugar con ella. ¿Con ella? Con ella no. Lo que los atraía eran los juegos y el halago de las golosinas: la pieza de los juguetes y el comedor. Cuando Solita quiso iniciarlos en su propio mundo, los niños no pudieron seguirla, como no pueden entrar los que rodean al durmiente al círculo de sus sueños, por más que sus voces los llamen. Les faltaba imaginación: Solita entristecida y aburrida los veía correr afanosos tras las apariencias de trapo y de lata, abandonando los seres que ella sentía tan «de veras», trascendiendo realidad. Les faltaba imaginación: pero les faltaba también el mineral lleno de prodigiosas vetas que nutría la fantasía de Solita.

Primero la madre y sus historias de hadas y de pastoras, de

palomas y de príncipes, de patitos feos y gatos con botas, de cautivas y reyes. Luego la Clorinda y Bartolo, con sus medrosos relatos de machis y de bandidos, de calchonas y ánimas en pena, amasados por mano del pueblo, o surgidos directamente como vaharada de la propia tierra. Después la Mademoiselle con sus paisajes de otros continentes y su cultura de libro inagotable, iluminado por estampas resplandecientes. Y por fin el padre, el propio Ernesto, acuciado por todas las curiosidades, lleno de revistas, y sobre todo de maravillosos catálogos que hacían asequibles las más diversas cosas recién inventadas en remotos países por algo que se llamaba progreso, llenando la casa de máquinas de recónditos e ignorados sentidos, de misteriosos artefactos de los que nacía la luz, o el sonido, o las imágenes. Vetas, veneros por los que la infatigable imaginación de Solita gustaba adentrarse, hasta fabulosas intranquilizadoras profundidades.

Ya más grande, quiso un hermanito. Le parecía indigno que el buen Dios se acordara repetidamente de la «Gata» y le mandara innumerables gatitos y no tuviera un solo niño para su mamá. Al fin se resignó, tras una teoría que se guardó para sí, formada por partes iguales de su conformidad, que según los grandes había que tener para lo que el buen Dios dispusiera, y de su temor a que el hermanito resultara como los otros niños, tan poco parecido a ella, asustado de todo, siempre sucias las manos, no queriendo jugar sino con los juguetes, y no con los animales, sin saber cómo eran los centauros ni conocer siquiera el romance de don Bueso, ni tampoco importarle nada saberlo.

Ernesto anunció:

—Me encontré con Desiderio Morales. Mañana mandará los niños a jugar con Solita.

Solita, que estaba muy modosa sentada al lado de su madre, tirando de una hebra para formar cruces rojas sobre un cañamazo —trabajo que hasta ahora no ha podido saber bien para qué sirve, si no es para hacer unas horribles letras en los repasadores y para aburrir a las niñas bien educadas—, dio un respingo. Se quedó con la aguja en alto, muy seria, mirando al padre.

—No me gustan los niños de don Desiderio.

—¿Por qué? ¿Qué les halla? Diga. Se pasa poniéndole defectos a la gente, en especial a los niños.

Siempre que Ernesto se disgusta, pone distancia entre él y su interlocutor, colocando entre ambos la hostilidad del ceremonioso «usted».

—Vamos, Solita. No todos los niños pueden ser lindos y vestir con elegancia —intervino conciliadora la Mademoiselle.

—Pero podrían sonarse los mocos.

—Solita… —exclamó la madre, escandalizada—. Dices unas cosas…

—Además se pelean. Si le doy un juguete a uno, todos quieren el mismo.

Definitivo, Ernesto, con el peculiar tono metálico de la voz que advierte que no hay nada en discusión porque todo está ya resuelto, dictaminó:

—Le gusten o no le gusten, esos niños vendrán mañana. Y usted los recibirá con la mayor cortesía.

—Con la mayor cortesía —repitió la niña cubriendo con dignidad su retirada. Lo repitió sin modular la voz; pero el padre había visto el movimiento de los labios, y preguntó, sintiendo que algo le remusgaba adentro anunciando su ira:

—¿Qué dices entre dientes?

—¿Yo? —preguntó Solita con sincerísimo asombro, pero advirtiendo al vuelo su propia anterior intención, con candor que desarmó al padre insistió modulando lisonjeramente el tono—: Que sí, que los recibiré con la mayor cortesía.

Y con una gracia calcada de la madre, tiró de la larga hebra roja, prolijamente tratando de formar las cruces de su monótona labor.

En la tarde siguiente vinieron los niños de don Desiderio.

Solita los recibió en la galería, llevándolos luego a la pieza de los juguetes, diplomática manera de librarse de ellos, porque el mayor, Cacho, con una torsión de angurria en sus entrañas se abalanzó a la bicicleta, y ya se supo que toda la tarde estaría dando vueltas por el corredor que enmarca el patio de los naranjos. Larguirucho como era, las rodillas proyectadas hacia adelante, haciendo sonar insistentemente la campanilla, realizaba complicadas evoluciones, a mil leguas de Solita y su mundo.

Berta, de la misma edad que Solita, traía de antemano todo su

tiempo destinado a la casa de muñecas: las vestiría, pondría la mesa, haría comiditas, les cambiaría traje, pondría de nuevo la mesa y haría otras comiditas. Aislada en su programa, reconcentrada también ella en esa pequeña realidad a su alcance, reflejo de la que tiene en su casa y a la cual solo le está permitido subordinarse, pero nunca disponer a su antojo como en esta: realizar su voluntad femenina, que pugnará a través de los años hasta cumplir su claro destino de mujer.

Los mellizos eran los preferidos de Solita. No mucho, pero, en fin, algo. Eran exactamente iguales, vestidos con idénticas ropitas. Rollizos, tranquilos, siempre el uno al lado del otro. Les gustaba estar sentados, hombro contra hombro, mirando sin apuro, plácidamente. Uno estiraba su manita y señalaba algo. Inmediatamente el otro repetía el gesto. Una sonrisa replicaba a la otra. Y cuando no decían la misma palabra simultáneamente, parecía que la boca del uno era eco de la boca del otro. Tenían algo de idolillos. Y de infinitamente tierno y desamparado, que los obligara a buscarse, no en sí mismos, sino uno en el otro. Como si sus seres aislados no fuesen suficientes de por sí, y necesitasen ensamblarse, superponerse para adquirir realidad.

Para Solita fueron al comienzo un vivo motivo de interés. Porque resultó que se llamaban nada menos que Rómulo y Remo, y ella sabía la historia de la loba y gustosa quiso aplicársela, pero aun cuando tenían cinco años, los mellizos no podían seguirla en su juego, demasiado erudito para ellos.

—… Y bien puede ser que a ustedes los dejaran abandonados en el bosque, y que una loba les diera de mamar y los criara, y que ustedes vivieran en una cueva, cerca de un arroyo, y que los lobos chiquititos les toparan con el hociquito (pero para jugar, ¿eh?), y ustedes les rascarían detrás de las orejas, lo que les gustaría mucho, y se reirían para adentro, o con el rabo, que es también como se ríen los pichichos… ¿Tú no te acuerdas? ¿No se acuerdan de la loba?

Los mellizos la miraron y la duplicada incomprensión agrandó el azabache de sus ojos levemente sesgados. El atisbo de una sonrisa no llegó a entreabrir sus labios, pero sí brilló en esa materia negra para darle una calidad de emoción lindante con el llanto.

Solita, segura de sus dotes de narradora, capaces de suscitar

mágicamente el pasado, creyó por un momento que el recuerdo de la loba los enternecía, e insistió acuciosa:

—Era parda, ¿verdad? Con grandes dientes afilados y blancos que brillaban en la noche, y cuando los otros animales del bosque venían a rondar la cueva, ella los ahuyentaba con tremendos aullidos; así: ¡Ahuuuú!

Y mientras Solita se transfiguraba en loba, pero eso sí, en loba buenita amparadora de huerfanitos, los mellizos hicieron pucheros, y apoyándose el uno en el otro, dejaron fluir un llanto silencioso.

Solita los miró asombrada, sin entender su incomprensión, brindándoles sus mejores palabras de consuelo, asegurándoles que les quería bastante, un poquito y otro poquito más; les prometió que no les volvería a hablar de la loba, les ofreció un juguete, todos sus juguetes, pero —¡por favor!— que no lloraran.

A un mismo tiempo los mellizos dejaron de llorar. Continuaron sentaditos uno junto a otro en el banco de madera. No querían ningún juguete, no les gustaban los juguetes. En eso coincidían con Solita. Pero tampoco les gustaban los libros de estampas. Ni los animales. No. Les gustaba estar uno junto a otro. Ser uno el reflejo del otro. Nada más.

Solita los quería. No mucho. Pero algo. Sí, porque no les gustaban los juguetes, que son mentiras. Y, además, porque una vez los vio jugar un juego extraño que parecía llenarles de recóndita alegría.

Estaban ambos en el parque, en la plazoleta cerrada por bojes. Cacho giraba por los corredores. Berta preparaba sus comidas. Solita llevó a los mellizos al parque, y los dejó allí, mientras ella iba a echarle un vistazo a «Don Genaro», que de una noche pasada en los tejados había vuelto con una oreja rota y un ojo perdido entre negras hinchazones.

Al regresar la contuvo una risa sofocada, de cauteloso murmullo. Nunca había oído reír a los mellizos. Avanzó pasito y desde uno de sus innumerables escondites en los setos vivos pudo verlos.

Uno de ellos tenía en la mano un plumón de paloma. Manteniéndolo en alto y mirándolo como hipnotizado. Luego, con rápidos pasitos llegaba hasta el castaño que se alzaba en medio de la plazoleta. Daba vueltas alrededor del tronco y volvía hasta donde lo esperaba el otro. Entonces, con cuidado sumo, le pasaba el

plumón por la nariz y reían dulcemente, embriagados por una misteriosa dicha. Luego el otro tomaba a su vez el plumón y con iguales pasitos blandamente nerviosos iba hasta el castaño, daba vuelta a su alrededor en dirección contraria y volvía hasta su hermano, que ya se estremecía por el anticipado juego, pasándole a su vez el plumón por la nariz para reír ambos.

Parecía no tener fin la escena, siempre idéntica. Realizada con algo de dignidad ritual que, sin saber por qué, recordó a Solita una ceremonia de Misa Mayor que viera en el puerto. Le pareció de pronto que seguir mirándolos, así, escondida, era tan feo como espiar a cualquiera mientras realizaba un acto íntimo. Sintió que la cara le ardía y retrocedió silenciosa. Y haciendo mucho ruido sobre el pedregullo, llamando a gritos al «Togo», regresó a la plazoleta, donde encontró a los mellizos sosegadamente uno junto a otro, acogiéndola con idéntica expresión de ausencia.

A veces pensaba:

«Una ni se acuerda siquiera de que están ahí. Son como dos cosas que fueran una sola. Pero con las cosas se puede imaginar mucho. Con los relojes de papá, por ejemplo. Son cosas, pero una puede pensar, y a lo mejor es cierto que cuando dan las doce de la noche salen de todos ellos las hadas buenas que se van al parque, a conversar con los enanitos que tallan sus diamantes siete estados bajo tierra. Las cosas son cosas, pero sirven para pensar que son algo más, e imaginar aventuras. En cambio, los mellizos, que son gente, que son niñitos, parecen cosas, pero cosas sin nada más adentro».

Esta imposibilidad de ubicarlos entre lo que era «de veras» y lo que «no era de veras» la llenaba de perplejidades.

En cambio, sabía que Cacho no era de su gusto, pero sin serle molesto. Allí estaba, pedalea que te pedalea, transpirando, gacha la cabeza para imprimir más velocidad a las ruedas. Trazaba curvas en las esquinas de los corredores, cerraba círculos o diseñaba ochos. Su rudimentaria imaginación convertía en velódromo la casa. Al llegar la hora del té, dejaba la bicicleta cuidadosamente en su sitio, iba al baño —según lo impuesto por la Mademoiselle—, y después, en el comedor, engullía voraz y rápido, más que con el ansia de las golosinas, con la esperanza de irse de nuevo en busca del vértigo que el movimiento creaba en él.

Cacho era casi inexistente. La calamidad era Berta. Que esa tarde, una vez terminados sus juegos, una vez que se había tomado el té, y en esa terrible media hora que seguía, de reposo según la inapelable ordenación de Ernesto, como si de repente recordara una lección aprendida momentos antes de salir de su casa, preguntó a Solita, simulando interesarse por las estampas que miraban sentadas a la mesa de las tareas:

—¿Cuántos vestidos le trajo tu papá a tu mamá?

—Muchos —fue la distraída respuesta.

—Pero cuántos: ¿tres?

—Tres… Eres tonta. ¡Tres!… —y alarga desdeñosa la boca al tiempo de dar vuelta otra lámina.

—¿Son muchos tres?

—Son nada. Le trajo… Mira —y cerrando de golpe el libro, se dispone a enumerar la lista mágica—: el negro con encajes. El rosa con cuello de Chantilly. No te vayas a creer que es crema Chantilly, como la que la Clorinda les pone a las tortas. Es un encaje que hacen en las noches de luna unas arañitas encantadas en los bosques de Flandes, y que solo pueden usar las reinas y las princesas.

—Pero tu mamá no es reina ni princesa.

—Eso crees tú, porque no sabes muchas cosas…

—¿Qué cosas?

Solita sonrió misteriosamente y continuó:

—¿Blanca Nieves no era princesa? ¿Y quién lo hubiera creído cuando estaba en el bosque? ¿Por qué no va a serlo mi mamá, que es más linda que ella y que nadie en el mundo? ¿Tú crees que si no fuese princesa iba a ser como es, y a tener cincuenta y cinco vestidos —esta cifra no le resultaba tan numerosa como convincente — y cincuenta y cinco sombreros? ¿Y todos los abrigos, y las pieles y los zapatos, y las joyas? ¿Crees que si no fuera princesa podría tener tantos brillantes y perlas, y que le permitirían los duendes tener una corona y todo? ¿Crees tú? ¿Es que alguien que no sea mi mamá tiene todas estas cosas?

Berta la miró asombrada. ¡Dios mío! ¿Y cómo podrá ella después recordar todo eso para decírselo a su madre? A su madre, que tan poco se interesará a lo mejor porque sea o no princesa la mamá de Solita, pero que sí se interesa por los vestidos; sobre todo por

cuántos vestidos le ha traído Ernesto de la capital.

Desde el fondo de su confusión quiso volver a lo que ella adivinaba una orilla firme, y lanzó al azar una pregunta:

—¿Qué almorzaste hoy?

También al azar, desde las nubes de su fantasía, contestó Solita cualquier cosa:

—Arroz con papas.

—¡Qué mugre! —triunfó la otra despectiva, sintiéndose de súbito segura en su medio de peroles y sartenes, y añadió con desdén vindicativo—: El arroz con papas es comida de rotos…

Tiempo después, cuando Solita rechazó la fuente en la mesa y no quiso servirse, Ernesto preguntó:

—¿Por qué no te sirves?

Solita, muy posesionada de su sabiduría gastronómica, contestó:
—El arroz con papas es comida de rotos…

Desde entonces —y hasta nueva orden— la niña comienza sus almuerzos con un colmado plato de arroz con papas. Ernesto, satisfecho de su rigor, la observa de reojo. La Mademoiselle suspira. María Soledad sufre. La Clorinda tiene un aire de dramática sumisión. Únicamente Solita está tranquila, absolutamente ajena a los sentimientos que agitan a los grandes.

Con cuidado sumo toma una cucharada del plato, porque está jugando a tragarse poco a poco el paisaje azulado que se dibuja en la porcelana. Ya se ha comido el árbol, y el puente, y los dos pájaros que cruzan el cielo. Ahora abre grande la boca, grande, lo más grande que puede, y se atora enseguida ante la desazón de la Mademoiselle.

—Coma despacio —reconviene Ernesto—. Y no abra tanto la boca.

—¿Y cómo quieres que me quepa entonces? —farfulla entre tosidos, pudiendo apenas hablar.

—¿Que te quepa qué?

—El castillo —contesta incomodada ante la pregunta tan inútil frente a la evidencia, y señala el plato en el que aparece el castillo completo, con su estanque alrededor—. ¿No te das cuenta de que soy el ogro?

Y muy satisfecha arremete enseguida con la colina del fondo. Ernesto la contempla atónito. En los labios de la Mademoiselle podría adivinarse la sombra de una sonrisa, la sombra de la sonrisa que resplandece en puntitos de verde oro en los ojos de María Soledad.

UNA HISTORIA DE LEJANAS TIERRAS

—¿Un cigarrillo?

La Mujer hace un gesto de aceptación. Una arqueta de metal repujado se abre ante ella y allí uno elige uno de los cigarrillos que el Hombre ha traído de remotos países. Del brasero de cobre en que arden carbones bienolientes, unas tenazas extraen el más rojo y en su lumbre va encendiéndose el tabaco.

—Gracias —dice la Mujer.

El Hombre ha vuelto a su asiento, en los cojines apilados en un rincón, sobre la fina estera japonesa. Ha cruzado las piernas y el busto muy erguido se afirma en la pared, con la cabeza echada atrás, semicerrados los párpados. Cercano a él un Buda muestra su hieratismo sobre una tarima de ébano. El Hombre parece el remedo vivo de su actitud. Una de las manos, lentamente, va de vez en cuando haciendo un gesto para dejar la ceniza en el brasero. La ancha manga de su traje de mandarín tiene un suave revuelo y alguno de los oros de los bordados arde al reflejo de los carbones.

La Mujer está extendida sobre una piel de tigre y apoya los brazos desnudos en la cabeza maravillosamente animada de la bestia. Las manos suelen acariciar los belfos y, a veces, los dedos juegan a ser mordidos por los dientes feroces. Un traje rojo viste a la Mujer, un largo traje de noche, especie de túnica que revela el cuerpo de sobrias líneas impecables.

El salón es rectangular y, a la luz escasa que hay en él, apenas si se diseñan los muebles venidos de otras latitudes: la mesa en que un mosaico de concha perla forma la suntuosidad de un pavo real en la cubierta; los taburetes de calada madera olorosa; las mesitas enanas con patas de dragones metálicos; las farolas de hierro en que arden velas diminutas; las panoplias aterrorizantes de armas extrañas,

algunas de las cuales con solo tocarlas causan la muerte con sus venenos misteriosos; la serenidad del Buda hindú mayestático; la risa borracha del otro Buda japonés que muestra en el vientre un loto tatuado; la gracia de unas figurillas talladas en marfil o en cristal de roca; el brasero litúrgico en que se enreda una espiral de perfumes; los kakemones contando historias de daimios y samuráis, viejas como el mundo; los cojines en que catorce caracteres bordados en oro dicen la sabiduría de Confucio o las exquisiteces de Li-Tai-Po; los tapices que se muestran junto a las telas; las tarimas que se recubren de pieles.

Dos grandes puertas están abiertas: una sobre la veranda, la otra sobre el vestíbulo. Por la primera llega toda la infinita dulzura de la noche de verano, clara de luna y adormecida por el cantar del mar. La segunda muestra un retazo de pared en que una enorme cabeza de elefante parece amenazar con la trompa en alto entre los dos paréntesis de los colmillos. A cada lado hay cornamentas de ciervos y en el suelo aparecen pieles de tigre y león. Todo ello recuerdo de las cacerías del Hombre que está en silencio.

Afuera, en la veranda de la casa cercana al mar, alguien rebulle, se pone en pie y avanza hasta el salón. Es el Amigo. Entra, llega hasta su sitio habitual junto al brasero, busca un cigarrillo y lo acerca al carbón que ha sacado con las largas tenazas. Tras él ha entrado un perro, un perro color de canela que se echa en un rincón con las patas delanteras estiradas y el hocico descansando en ellas, especie de esfinge que tampoco revela ningún secreto.

Sigue el silencio. A veces pasa una racha de aire más fuerte y la marejada parece acercarse. Entonces los árboles que rodean la casa tiene un suave secreto y las sombras se inquietan queriendo saber lo que dicen. Pero la racha pasa y el paisaje vuelve a tener algo de encantamiento en su inmovilidad blanca de luna.

De pronto la voz del Hombre dice a la Mujer:

—Es extraño que una latina sepa guardar tu inmovilidad y tu silencio. Es esto don de razas que necesitan del oído para salvaguardar la vida, que en la quietud sin palabras acechan al enemigo. Podrías estar en la jungla esperando blanco para tu rifle. Podrías, sí, podrías aguardar que la fiera llegara hasta ti y te mirara. Hay que esperar «que mire» para atacarla. Si disparas en el instante

en que la divisas, tienes infinitas probabilidades en tu contra, ya que la fiera puede con un salto prodigioso caer sobre ti, haciéndote errar el tiro. Pero si has tenido la serenidad de esperar que «te haya mirado» y que «te haya conocido», si ya sabe que eres el peligro mortal que su instinto recela, entonces huirá de ti, entonces será el momento de hacer fuego.

—Es como herir por la espalda. No me gusta, me parece cobarde el método —responde la Mujer—. Prefiero el riesgo del primer momento.

—También lo prefiero yo, pero todo buen cazador obra en otra forma. Tanto lo prefiero que así hube todas las piezas que he cobrado en mi vida. Siempre he cazado frente a frente y nunca he matado una hembra.

—¿Nunca? —interroga la Mujer con matiz de curiosidad en la voz.

—No, nunca, no hubiera podido hacer fuego sobre ella. Pero una vez…

—Una vez… ¿qué?

—Una vez. Verás. Fue en tierras nórdicas, donde estaba cazando en los bosques helados. Nos habíamos internado muy adentro, lejos de toda civilización. Llevaba dos hombres a mi servicio, tres trineos y una buena cantidad de perros. Las vituallas estaban consultadas para un espacio largo de tiempo. Pero no tan largo como mi entusiasmo requería. Ello fue que los víveres empezaron a escasear y los hombres indicaron la necesidad del regreso inmediato al puesto más cercano. No tenía ningún deseo de hacerlo. Les propuse que me dejaran en la cabaña que habíamos construido a orillas de un río helado y que fueran ellos en viaje rápido, volviendo con los alimentos. Accedieron. Eran hombres de toda mi confianza y estaba seguro de que harían rápidamente el camino. De los víveres que dejaban me dejaron la mayor parte y partieron, calculando que dos semanas después estarían de regreso.

Tenía bastante compañía con mis armas y bastante distracción con la caza. Pero una mañana me di cuenta de que solo me quedaba una galleta, una lata de carne en conserva y nada más. Ni una gota de *whisky*. Calculé el tiempo que hacía que habían partido mis compañeros y saqué en consecuencia que esa tarde debían estar de regreso. Por medida precautoria comí una parte solo de la galleta y

de la carne y me puse a esperar a los otros, con una impaciencia que me molestó. Pero se hizo noche sin que aparecieran. Pasó otro día y otro y me encontré sin una migaja que echarme a la boca. Y la inquietud por la tardanza de mis compañeros se me hizo intolerable, calculando que algo grave les había sucedido.

El hambre empezó a arañarme el estómago. La caza de esas regiones no es comestible. De los ciervos se aprovechan las cornamentas, de los lobos y zorros la piel. Pájaros no hay, ya que todos emigran al sur y los ríos helados no tienen pesca. Pasé la noche del tercer día de espera sin dormir, atenaceado por el hambre, con el oído atento a todos los rumores. Me levanté con el propósito de cazar cualquier animal, aprovechando la carne en un asado. Pero me sentía tan débil que no me atreví a abandonar las vecindades de la cabaña. Esperé que apareciera una pieza, sentado en unos troncos secos que los torrentes arrastraran hasta allí en el verano y que el invierno dejaba a descubierto en la ribera. Había un magnífico día de sol y el hielo esplendía en mil fulguraciones.

¡La larga, la interminable espera inmóvil!… Sentía el cerebro como una balanza que se inclinaba a uno y otro lado, llevándome de la inquietud de la caza que no aparecía, a la inquietud de mis compañeros que tampoco aparecían. Por momentos creí ser un inmenso oído hiperestesiado. El silencio de la estepa es solo comparable al silencio del desierto. La nieve y la arena son mudas: no dicen nada y, sin decir nada, dan la muerte.

Esperaba… Pronto noté que en mi inmovilidad había un nuevo elemento en forma de sopor. Con un prodigioso esfuerzo de voluntad lograba estar atento, lúcido; pero enseguida resbalaba hasta el límite del inconsciente. Aún ahí debía velar el cazador, porque de pronto hice puntería y disparé, mecánicamente, casi sin saber lo que hacía. La detonación me dio la plena posesión de mí mismo. Y vi el horror que había hecho. Frente a mí, herida de muerte, se desplomaba una cierva. Era un animalito joven, de finos remos y línea elegantísima. Los suaves ojos me miraban tristemente, con una expresión de infinito reproche. Vi todo el proceso de la agonía en ellos. Ante ninguna acción de mi vida he sentido mayor congoja, mayor desconsuelo. Hubiera querido devolverle la vida de no sé qué manera. Creo que le hablaba a media voz. Creo que quise acercarme a ella. Creo que alcancé a dar algunos pasos. Ello fue que

horas más tarde recobré el conocimiento cerca del animal muerto, vuelto en mi por el frío que empezaba a hacerse intenso. Pude arrastrarme hasta la cabaña.

El instinto imperativo me decía que un trozo de aquella carne podía darme la vida que se me iba consumiendo lenta e irremediablemente. No pude hacerlo. Preferí dejarme morir de hambre, tomando de vez en cuando sorbos de agua. Pasé aún otra noche y otro día en esta agonía, medio delirante, viéndome —en una especie de desdoblamiento— comer manjares suculentos, seguidos por los ojos tristísimos de la bestia moribunda.

Mis compañeros me encontraron medio loco, al borde de la muerte. Habían ellos extraviado su ruta: por eso los días de demora. Me llevaron rápidamente a la ciudad más cercana y ahí, lentamente, volví a la salud, atenaceado siempre por el recuerdo de la mirada de la cierva herida. Y créeme que aún ahora —a tantos años de distancia— el recuerdo persiste como un reproche a una acción que, aunque involuntaria, no deja de remorderme la conciencia. Esta es la única vez que en mi vida de cazador he matado una hembra.

Calla la voz, esa voz de resonancias metálicas, graves y tiernas, que durante unos minutos ha ovillado el fino hilo de lo que fuera en la emoción de los que escuchan.

El cantar de las olas llega empujado por una fuerte racha y en la sala de exótico ambiente de la casita cercana al mar, hay otra vez el silencio en que brillan los tres puntos rojos de los cigarrillos.

La vida quieta

El sol meridiano se aplomaba sobre la tierra. Parece ciego de su propia luz, sin atinar a moverse. Caen las horas desde el campanario parroquial y siempre está el sol arriba en el centro del cielo blancuzco, pensando su camino.

Tendida bajo los castaños siento la angustia de la siesta lenta. El bochorno, la soñolencia y el silencio oprime el cuerpo y deprime el espíritu. No se logra realizar un gesto, no se alcanza a coordinar una idea.

Estoy inmóvil en espera del sueño. Como un caleidoscopio tengo en el cerebro trozos de imágenes, cuadros extraños que desfilan velozmente mostrándome la peineta que lleva en el moño la tía Anita, el breviario del señor cura, los patos chapoteando en el canal, los ojos del inválido, un pañuelo pintado al batik, el agua de la torrentera en la montaña, la suntuosidad bizantina del pavo real, las manos de tía Concha tejiendo diligentes, el burro del verdulero desbordantes de repollos los cuévanos…

Los cuadros aminoran su velocidad. Ahora no se suceden uno a otro en plena nitidez. Parecen irse alejando en gran lentitud hasta perderse, y de la sombra de esa perspectiva surge otro nuevo cuadro, que no alcanza a llegar hasta la total conciencia. Se quedan a medio camino, desvanecido, obligado por el sueño a retroceder y a perderse nuevamente en la nada.

Ya no hay cuadros, imágenes, recuerdos. Es el cerebro una gran negrura de oquedad en que todo ruido, todo rumor, por insignificante que sea, repercute, molesta, exaspera. Bordonea una abeja. Rebullo. Aprieto los dientes. Me duele el bordoneo como si en la cabeza me giraran matracas. Tensa de impaciencia con ojos torvos miro el rumoroso punto dorado que raya el silencio. Pesa el

calor sobre los párpados obligando a cerrarlos. ¡Oh! Esa abeja… ¿por qué no se irá? Tal vez la onda de mi deseo la empuja porque el rumor se pierde lentamente. Los músculos se distienden. Descanso. Resbalo por el sopor, trampolín que bruscamente arroja en el vacío del sueño.

El comedor, como la casa toda, tiene aspecto monástico. Blancas de cal las paredes, de anchas tablas enceradas el piso, macizo de vigas el techo, chatas las puertas, saledizas las ventanas, la pieza se amuebla sobriamente con un aparador, una mesa, un sofá y unos sillones de caoba, grandes, fuertes, pomposos.

Dos ventanas cuadriculan su enrejado sobre la hondura verde del parque. Dos puertas abren al corredor. Una puertecilla lateral comunica con la sala.

Tía Concha se regodea en la simetría. En el centro de la tapa de mármol del aparador hay un frutero con manzanas en pirámide, a cada lado perros de loza amarilla se miran de hito en hito. Encima, en los vasares, todo está en ringla aparejado, teniendo siempre un motivo central: un reloj de campana, una taza con otra taza, un vaso con otro vaso, un mate de plata, un aguamanil con otro aguamanil, una huevera con otra huevera… Y como hay cinco tablas, de mayor a menor, formando triángulo, a la pirámide de manzanas corresponde la del propio aparador.

En la mesa larga y angosta el hule pone su gaya policromía. Al centro un pote verde desborda rosas rojas, después hay dos fruteros idénticamente provistos de duraznos. Luego dos cántaros de greda de Quinchamalí, dos dulceras, dos platos con golosinas de repostero.

En una de las cabeceras está sentada tía Concha, a la derecha estoy yo, a la izquierda tía Anita. Cada cubierto es una maravilla de simetría. A veces, distraídamente, que bien conozco las manías de las viejecitas solteronas y hago por amoldarme a ellas, desplazo cualquier cosa y enseguida, a una ojeada de tía Concha, avanza la sirvienta a colocarla en su justo sitio.

Tomamos once. Hay frescor, silencio, paz de cripta. Afuera se adivina calor. Aún no cantan los pájaros su alegría del atardecer.

Lentamente voy untando con miel de abeja la larga rebanada de

tortilla hecha al rescoldo. Huele la miel a trébol y la miga compacta sabe a trigo. Y el pan con miel me sirve para acompañar la leche cuajada que como golosamente con una complacencia que hace sonreír a tía Anita e hincharse oronda a tía Concha.

Tía Concha y tía Anita bien pudieran ser las bíblicas hermanas de Betania. Tía Anita es la silente reconcentrada en el Espíritu, tía Concha la activa ama de casa siempre avizora. Bordeando ambas la sesentena parece que diez años las separan y son gemelas.

Tía Anita es chiquitina, endeble, de caminar agobiado. Tiene pequeña la cabeza y en el pelo blanco una peineta antigua le afianza el moño. El cutis es pergamino surcado por innumerables arrugas finísimas, la frente de sien estrecha, los ojos claros desteñidos de lágrimas, la boca sumida sabedora de dolor, la barbilla aguzada por lo cóncavo de las mejillas. Habla parca y serenamente con total ausencia de acción. La voz es queda. Viste de negro y un escudo de la hermandad tercera de la Merced le pone rojo y oro sobre el corazón. ¡Pobre tía Anita! Rojo y oro… Lo que es ella: rojo de amor; oro de bondad. ¡Pobre! Tiene tal aspecto feble, tal vejez, tal mansedumbre, tal dulzor, que todos la rodean de ternura. Dan deseos de tomarla en brazos y dulcemente, dormidita, entregarla a la muerte que la ronda, entregarla como se entrega un niño dormido a su creador, que esta alma rojo y oro ha hecho de su vida una línea recta que irá a clavarse en Dios.

Tía Concha es baja y gorda, figura dibujada con tres esferas por mano infantil. La esfera de la cabeza tiene dos cuencas de azabache por ojos, una nariz respingona y una gran boca que ilumina la dentadura espléndida. El cutis es terso y rubicundo, el pelo negro apenas encanecido en las sienes. Las otras dos esferas visten hábito carmelitano. Un delantal a cuadros, café y blanco, la protege ampliamente de manchas; gruesa y laborada, una cadena de oro le serpentea por el busto escondiendo el reloj en el pecho. Los cortos brazos esgrimen siempre un plumero, una escoba, una gamuza, un sacudidor, algo, cualquier cosa que sirva para limpiar. Al amanecer está en movimiento, pelota que rueda sin reposo. En la noche, esperando la hora del sueño, teje para los pobres moviendo los palillos con frenesí de prisa. Cuando está en visita, o en la iglesia, o en el comedor, se la siente tensa por escapar a sus trajines. Al hablar asusta con lo engolado de la voz y los ojillos vivaces

escudriñan, detallan, se meten por los ojos del interlocutor hasta verle el alma.

Tía Concha ordena:

—Tú y la niña iréis a misa de ocho, que mañana es domingo y es obligación oírla. Yo iré a la de seis.

—A las ocho… a las ocho… —murmuro consternada, yo que tengo las mañanas dormilonas—. ¿Y no hay otra más tarde?

—¿Más tarde? —pregunta severamente tía Concha—. ¿Así que hallas temprano las ocho?

—Es que verás…

—Irás a misa de ocho —asegura firme, con ojos de imperio.

—Bueno —digo resignada—. Iré a misa de ocho con tía Anita.

Tía Anita me mira y sonríe. Al sonreír la vejez se le hace más vejez, la mansedumbre más mansedumbre, el dulzor más dulzor y en proporción la terneza de quien la contempla crece. Dan deseos de besarla, de darle las gracias por saber sonreír estando tan triste, tan viejecita, tan enferma.

—Tía Concha —digo— quisiera ir al correo a ver si hay cartas.

—El cartero ya pasó y no trajo nada para ti.

—Tía Concha —insisto— si no me dejas ir al correo esta noche no podré dormir de impaciencia.

—Pero ¿a qué vas?

—A ver si hay cartas o carta, que con una me conformo…

—Pero…

—Bien puede ser —la interrumpo— que el cartero no sepa quién soy… que esté traspapelada… que haya olvidado la carta…

—Bien puede ser —asiente tía Anita.

—Bien puede ser —remeda tía Concha y luego riendo agrega:

—Anda, ve, no es cosa que pases la noche en blanco.

Y como brinque fuera de mi asiento, pronta a huir, me sujeta por un brazo.

—Hay que rezar —dice.

Ambas están de pie. A una mirada de tía Concha, murmura tía Anita:

—Gracias te damos, Señor, por el alimento que nos habéis concedido.

—Amén —contestamos.

Edificado a orillas del camino carretero, el pueblo se extiende largo, serpiente parda que silba en la estación y afianza la cola en los matorrales del río. Viejas casas muestran el joyel de sus jardines por los anchos portalones. Entre una y otra suele haber un muro. A veces una bocacalle abre en perspectiva sobre el verdor de los campos, que cada casa se ahonda en jardín, huerta, arboleda. La acera es angosta, solada de guijarros, con una loseta al centro. Acacias enormes la entoldan.

Marcho rápidamente siguiendo la suavidad de la loseta. Encuentro uno que otro viandante que me saluda con un: —«Buenas tardes»— largamente melodioso. Perdiendo el empaque ciudadano, ya sé contestar con la misma frase.

Aquí está el muro junto al cual mataron un hombre a traición. Una cruz negra marca el sitio. En los brazos extendidos reza una advertencia: —Mira que Dios te mira—. Advertencia terrible, obsesión enloquecedora para el asesino que no tuvo castigo.

Más casas. En el alféizar de una ventana se acicala prolijamente el hocico el gato negro, con tal extraordinaria gracia en los movimientos que los ojos se me quedan fijos y sin darme cuenta me detengo un rato por mejor contemplarlo.

Otra vez en marcha. Una voz canta en una huerta:

¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande se va a la mar!
Si lo aumenta el llanto mío,
Cómo grande no ha de estar.

Llevo tal broquel de alegría que la tristeza del cantar popular no me entra. La siento, sí, pero afuera armonizando con la quietud pueblerina en el crepúsculo melancólicamente descolorido. La siento afuera, sí, que dentro, en mí misma, todas mis voces van cantando la esperanza de encontrar allá lejos un pedacito de tu pensamiento metido en un sobre.

La montaña de Tolhuaca

La puerta que comunica el comedor con la cantina se abre y un hombre entra.

Inmediatamente se hace un gran silencio y la atmósfera se calienta de ansiedad. En el hombre se fijan ojos húmedos de ternura, ojos agudos de codicia, ojos turbios de pasión, ojos serenos de certidumbre.

El hombre cruza y recruza entre las mesas. Aquí deja una carta. Allá un diario. No hay orden en su entrega y así hasta lo último, quien nada recibió tiene esperanza.

La puerta que comunica el comedor con la cantina se abre nuevamente y el hombre desaparece.

Ahora, en el silencio, se rasgan los sobres y se rozan con susurro secretero los papeles. Y solo hay ojos ávidos para los signos que cuajan un amor, un interés, una ternura, y ojos desilusionados que fijan el vacío mintiendo indiferencia.

El silencio poblado de imágenes se hace denso, pesado, aplanador. Por no sé qué misteriosa solidaridad todos son uno en el sentir. Y empieza el desborde de la plenitud íntima. El señor adusto se alboroza en una sonrisa que choca con la sonrisa de la señora equívoca, la mirada tímida de un muchachito se suelda a la mirada audaz de una solterona impávida, una señora anciana mueve los labios en queda plegaria, al par que los labios de una criatura murmura:

—Mamá…

La inquietud arrecia. Todos rebullen. Alguien tose. Dos hablan. Y de súbito el silencio se rompe en mil palabra y rumores que disgregan la emoción.

Junto a mí hay dos cartas. Una es de mi madre. La otra de

Samuel. Ya sé lo que dicen las letras desligadas, caídas, de mi viejecita querida. La carta de Samuel no quiero abrirla aquí. Necesito la montaña con su honda quebrada y sus pinos orantes y su hierba olorosa y su agua crespa de remolinos para eco de mi sentir.

Mientras, las manos se posan en el sobre, lo bajan al regazo, lo doblan, lo esconden en el bolsillo del traje. Pero el sobre quiere mirar afuera. Entonces las manos vuelven al papel, lo empujan, lo acurrucan en el fondo del bolsillo minúsculo, entre un pañuelo fragante y un espejo diminuto en que una palabra se mira curiosamente: —Marta.

En la montaña, abierta la carta, leída, saboreada, mi gozo se echa a danzar, haciéndome dar vueltas sobre mí misma como una abeja ebria de perfumes.

¡Giro! ¡Giro! ¡Giro!

La montaña, los pinos, la hierba, la torrentera, hasta los cielos parecen contagiados con mi alegría y giran conmigo.

El sol prende a mi piel cual un beso que me ardiera la carne. El viento se enreda a mi traje como si unas manos locas quisieran desnudarme.

¡Giro! ¡Giro! ¡Giro!

Hasta que roto el impulso por el cansancio, caigo de rodillas y así me quedo largamente, deliciosamente anegada por la dicha.

Una pendiente suave lleva al estero. El camino resbala por la pendiente hasta llegar a los baños, abajo, junto a la boca de una caverna que arroja agua hirviendo por los labios monstruosos, rugosos, verdosos.

Voy por el camino a pasos tranquilos. Pero de pronto la pendiente tira de mis pies y me obliga a bajar corriendo. El estero echa a correr en sentido contrario, los árboles pasan rápidamente a ocultarse en los recodos y un pájaro cae del cielo sobre el horizonte montañoso.

Abajo, en lo alto, me detengo brusca y jadeante.

Al margen del camino hay un pobre ser. Está sentado en una

silla de ruedas que maneja un mozo: adivino las piernas muertas bajo la manta que las cubre. Diviso un torso magnífico, una joven cabeza vigorosa y unos ojos que anulan el resto de la cara, que lo borran con su fuerza de expresión adolorida. Me miran con la tortura del movimiento imposible. ¡Nunca! ¡Nunca! —dicen las pupilas de renunciación.

Sigo andando despaciosamente, sintiéndome mirada. Andar… Moverse… Yo no sabía… No había pensado… E inclino la cabeza, como si sobre mí cayera la fatalidad que inmovilizó un ser. Voy por ver si me oculta más las piernas, los pies que me parecen groseros de vitalidad calzados con el cuero rojo, pesado ahora como hierro.

Me agarrota la angustia. Lloraría. Me echaría al suelo por no exponer este tesoro del movimiento que poseo, a los ojos que me siguen comprobando su miseria.

Tertulia de hotel. Trivialidad. Tontería. Una victrola canta: ¡Oh, gigolette!, y la juventud baila grandes pasos de balanceada carrera. Esto se llama *shimmy* y salió de las canallescas tabernas de un puerto. Las siluetas femeninas pierden gracia y donosura en el abrazo estrecho que las sujeta, los hombres cobran aire de micos en ese emparejamiento que retrocede a la época cavernaria. Paso de zorro. Paso de oso. Paso de camello. ¿Prevería Darwin la gracia del bailar moderno?

Charlan las muchachas alborotadamente: Lo pasamos regio… Nosotras nos lateamos sin salir… Yo monto a la americana… ¡Puro biógrafo!… ¡Soñado!…

Charlan las señoras malignamente. Si una quisiera hablar… Esa ¡psch!… Ella dice que es traje modelo… Ni tonta que una fuera…

Charlan los señores reposadamente. Son suelos muy malos… Yo vendí a veinticuatro… Por más que puse toda mi influencia… Nos echaron a perder la combinación…

Charlan los muchachos…

No alcanzo a oírlos, que al ver uno venir a mi encuentro, me arrebujo en mi abrigo y salgo.

¡Oh, no más tertulia de hotel!

Noche en la explanada. El cielo parece vivo, palpitante de

estrellas de azulosa plata. Dio un tajo el río a la montaña y quedose en lo hondo de la herida brillando acerado. Los pinos se mecen en el susurro de una canción adormecedora. Un sapo lanza sus dos notas agudas que se quedan temblando en el silencio. Fermenta en perfumes la tierra bravía.

Estoy inmóvil. Y de pronto, punzante, me traspasa la sensación de dicha que tendríamos al estar juntos, uno contra otro, en la sombra, que se haría más sombra para cobijarnos.

Almorzando charlaba hoy con tía Herminda, cuando, al volver los ojos he chocado —digo chocado, porque hasta el dolor sentí— con otros ojos que me miraban sostenidamente. Sufrí el choque, pero no evité el objeto. Seguí fija en las pupilas color de tabaco con puntos de oro, y algún visible trabajo de acercamiento realizaron los espíritus, porque simultáneamente nos hemos saludado sonriendo uno a otro como viejos amigos.

Está en la mesa próxima, junto a una ventana cuya luz detalla hasta la crudeza los rasgos bellos y firmes de la fisonomía. Si el respaldo de la silla de ruedas no delatara al inválido, nadie viendo el busto vigoroso adivinaría el resto que oculta la mesa. Lo acompañan una anciana menuda y una jovencita de melena de paje.

Y noto algo que me desconcierta. La anciana, la jovencita, tía Herminda, yo, todos comemos, todos estamos allí para comer, todos, menos el inválido de ojos dolorosos que solo se ocupa en mirar.

El chicuelo que me sirve de guía y yo, hemos salido del hotel luego de almorzar, y por un camino en bajada, polvoriento y asoleado, llegamos a orillas del río. Pasamos un puente, y en la otra rivera la montaña nos recibe con sus árboles enormes que se van a lo alto a llenar de sol sus copas. Abajo, los troncos se arrebujan en sombra y es delicioso el frescor de la tierra húmeda luego del bochorno de la bajada.

Bordeamos el río en lo hondo de un estrecho desfiladero. El camino es una huella perceptible solo para el niño. Vamos de una ribera a otra atravesando acrobáticamente el río por vados de

piedras o por puentes que un árbol seco formó al troncharse.

Al doblarse a su propio peso, las quilas forman largos túneles, que atravieso gateando, por placer que estupefacciona a mi compañero. Esta proximidad con el suelo me revela infinidad de olores de seres. Hay una hierbezuela que trasciende a jazmín y unas hojas grisáceas, tiesas, puntiagudas, que parecen diminutas lanzas de un ejército liliputiense. Las setas abren sus quitasoles de seda marfil. Debajo, en largas ristras de corchetes, las hormigas se mueven afanosas. Una lagartija con traje de luces —verde y oro— se esconde en un burladero.

Siento una alegría extraña al ir gateando: me imagino que soy un animalito del buen Dios, libre, fuerte, feliz. Tengo deseos de hacer corvetas, de revolcarme en el pasto, de comer frutas silvestres, de beber agua a lengüetazos. Me río. Son carcajadas cortas, gorgotear de surtidor. Y es curioso: la risa me vuelve a lo que se ha dado en llamar dignidad humana. Me siento ridícula, pesada, tonta. Sigo gateando penosamente, lacios los músculos, adoloridas las manos, de plomo los pies que me parecen muy lejos de mí, como si las piernas se me hubiesen alargado desmesuradamente.

Hasta que las quilas acaban y me pongo en pie con la humillación hecha agresividad. Pero al mirar en torno, la agresividad se me hace estupor de admiración.

Las montañas se han separado. La masa de árboles es menos compacta. Al fondo, en semicírculo, un montón de rocas superpuestas se alzan cortadas a pique. La humedad las bruñe de verde viscoso, marañas de enredaderas cuelgan florecidas de blanco. De lo alto cae un chorro de agua, una saliente la envía a otra, y entre saltos llega al fondo. Arriba un maitén atalaya las cumbres.

Atravesamos el río nuevamente. La cascada se me viene encima: fragor, espuma, humedad. ¿Crecen las rocas? ¿Disminuyo? Me detengo angustiada. Tengo miedo. No, no es miedo, lo que siento es una imperiosa necesidad de compañía, de no sentirme sola en espíritu en esta inmensidad de árboles, de piedra, de agua, de tener junto quien conmigo goce tanta belleza, de buscar en otros ojos el deslumbramiento que hay en los míos, de sonreír a otra boca que también tiemble de emoción. Samuel, ¿por qué no estás conmigo?

Mi amigo: Pasa un día y otro y otro, y yo no te contesto, sencillamente, porque llevándote siempre en el pensamiento, haciéndote partícipe de todos mis sentires en una especie de monólogo interno, delicioso y pueril, no tengo esa necesidad de la comunicación escrita que da la lejanía. Vivo como si tus ojos me miraran siempre y hasta ese monologar se pierde a veces, que en el silencio, más armoniosamente, resuena el acorde de nuestros espíritus. Solo emociones muy fuertes logran darme lo real de mi soledad. Ayer tarde en la montaña…

Esta mañana charlé con el inválido.

—Buenos días, amigo.

Le llega a lo hondo la palabra última. Avanzando el busto me mira por ver si puede creer en ella.

—Buenos días… —y agrega sonriendo— ¡Qué bueno que me llame amigo! No era otro mi deseo: ser su amigo. ¡Y me parecía tan difícil! Se la ve tan lejana, se la siente tan inaccesible.

Lejana… Inaccesible… en pensamiento estoy contigo, ¿cómo los demás no han de sentirme lejana e inaccesible?

—¿Está escribiendo algo sobre esto? —pregunta el inválido, señalando con el gesto cuanto nos circunda.

—Sí, algunas notas en forma de diario.

—¡Ah! —y tras un silencio—. Un diario… un diario íntimo… —dice como hablando consigo mismo.

Estamos solos en la plazoleta de las araucarias. Prima mañana: nadie merodea en los contornos. La cancha de tenis se tuesta al sol, requemada la arena en que destellan puntos cristalizados. Rayas blancas la cuadriculan y la red se cansa de no pescar una pelota.

Me siento en un columpio. Un rayo de sol pone una moneda de oro en mi regazo. Por cogerla, las manos se afanan en un juego pueril.

—Un diario —continúa mi compañero con humildad que busca simpatía—, yo lo tuve de pequeño.

Y como sonreía alentadoramente, sigue diciendo:

—Lo tuve por ir volcando en algo cuanta tortura hubo en mi infancia. No andar, Marta, no tener nunca el goce del movimiento; ver la vida junto en un correr de frenesí y estar clavado en su sitio sin poder mezclarse a ella y sin poder detenerla… Yo comprendo a los griegos que negaban la vida a las criaturas defectuosas. ¿Qué

hago yo en el mundo? ¿De qué sirvo?

—Amigo —murmuró dulcemente—, otras compensaciones le ha dado Dios.

—¿Cuáles? —pregunta ceñudo—. ¿La fortuna? ¿De qué me sirve sino de prolongadora de mi tormento? De no tenerla, el cuidado médico del que se rodeó mi infancia, no hubiera existido y estaría muerto. Muerto… —repite con una especie de delectación.

—¿Y la inteligencia? ¿Y la sensibilidad? ¿Y el goce que le da el paisaje? ¿Y los libros?

—Imbécil sería más feliz en mi inconsciencia. Amo el paisaje como debe quererlo la piedra: cuajada de inmovilidad y ansiando que algo, alguien, cualquiera cosa, un cataclismo que sea, la destroce en movimiento.

—Pero usted se mueve —protesto.

—Me mueven —corrige—. Ya conozco todas las termas de Chile, pero mi silla es la misma…

—¿Y los libros? —indago porfiadamente, ya que para mí son un tesoro.

—Los libros… Cuando en alguno encuentro eco a mi sufrir me agradan. Nadie me ha dado más íntima compañía que ellos y con todo me tienen harto… harto…

—¿Y la religión?

—No creo en nada.

—¡Pobre amigo! —exclamo con asombro de lástima.

Se estremece y los puntos de oro le bailan en las pupilas.

—Pensar que nunca, nunca, una boca de mujer me dirá más que eso: ¡pobre amigo!, que de ustedes solo conoceré la piedad, que el amor como el movimiento está para mí vedado. Es como asomarme a un abismo, mirar mi vejez sin afecto, sin familia, sin hogar.

—Pero tiene a su hermana, a su madre. ¿No es su madre la señora que lo acompaña?

—Es mi tía, una pobre solterona que nos crio. Mis padres murieron hace mucho. Mi hermana se casará y quedaré solo.

—¿Cree no encontrar una mujer que lo quiera?

—A un enfermo se le tiene lástima: hay por él abnegación, afecto. Amor como el que yo quisiera, no.

—¿Por qué una mujer no había de quererlo muy en paz, deliciosamente?

—Porque ese amor de paz no me llenaría. El amor llamarada lo da la carne y la carne mía está muerta. No tengo sentidos, no tengo otros sentidos que los de la imaginación, creados por las lecturas, y por eso me he distanciado de los libros: cada amor, cada sentimiento, cada vibración que me revelan son pedazos de vida que nunca conoceré. Es la tortura del pordiosero que ve comer.

—Pero usted dice que no tiene hambre —protesto vivamente.

—No la tengo, pero es como otros la sienten, como gustan las viandas, qué placer dan…

—¿Y las indigestiones? —pregunto medio risueña, medio seria por parecerme que entramos a camino escabroso.

—¡Perdón! —dice avergonzado.

Un silencio. Una campana tintinea afanosa.

—Las nueve, me marcho. Tía Herminda me espera para ir al baño.

—¡Perdón! —insiste.

—No tengo que perdonarle. Hasta luego

—¿Hasta luego? —interroga sostenidamente.

—Claro… Por ahí nos veremos.

Noctilucas

Sin levantar la cortina, deslizándose entre la pesada tela y el muro, la mujer se introdujo en la sala. Venía de la noche esplendente de estrellas, de la playa en que las olas dejaban la fosforescencia de las noctilucas. Por un momento no vio nada. Pero las pupilas se le fueron habituando y de lo azul del humo cortado por luces giratorias empezaron a surgir las parejas que bailaban, las mesas vacías o rodeadas de gentes, el bar en el fondo, los mozos estereotipados en actitudes profesionales y, en un balcón saledizo, la orquesta arrastrando emperezada un son antillano.

Se quedó inmóvil, pegada al muro. Tenía una singular figura que evocaba los bajos relieves egipcios. Empinada sobre tacos como agujas, desde los pequeños pies hasta las axilas, la línea subía apenas marcando curvas. Los hombros eran anchos, fina la cabeza y el pelo negro, tirante, mostraba un alto moño huidizo. Bajo la piel morena, la arquitectura ósea era firme, y esa misma característica tenía la mirada de los ojos verdes, un tanto oblicuos, retocados artificiosamente, lo mismo que las cejas y el dibujo de la boca, buscando la acentuación del tipo exótico. Un traje sin mangas, ampliamente escotado, a rayas transversales en dos tonos de gris plata, la vestía modelándola como una funda. No se le podía adjudicar edad. Ni decir que era bonita, ni bella, ni linda. Lo que sí podía decirse, y lo repetían todos: que era interesante.

Un momento estuvo ahí, quieta, al acecho.

La vieron dos hombres.

Uno, sentado en una alta silla, junto al bar, miraba vagamente el vaso de *whisky* que mantenía en la mano, por un gesto reflejo de conciencia. Alto, enjuto, canoso, salpicado de pecas, maduro, pero con algo de extremadamente infantil en la expresión desamparada,

en los ojos azules, en la nariz corta, en la boca grande de labios sueltos. La recia mandíbula equilibraba esa puerilidad que a veces lindaba en la estulticia.

Desvió los ojos y halló a la mujer. Se puso de pie, saludó levantando el vaso, hizo un gesto cordial, un brindis silencioso y bebió sin dejar de mirarla. Enseguida dio media vuelta y se acodó en el mostrador pesadamente.

La mujer respondió al saludo con una inclinación leve, sin inmutarse.

El otro que la vio de inmediato bailaba desganado, manteniendo en la nada apenas a su compañera, sin mirarla, sin hablarle. Joven, más que mediano de estatura, duro de músculos. Firmes los rasgos de la fisonomía bronceada de sol y viento.

La vio y hubo un cambio en su expresión. El cuerpo se agilizó. El rostro se iluminó sorprendido y gozoso.

No debía haber entrado. No debía… ¿Para qué? ¿Para encontrar al marido? ¿Para encontrar al amigo?… No debía haber entrado. Que ni uno ni otro la supieran paseando por la playa, llegada recién de la oficina salitrera ubicada en medio del desierto. Manejando ella misma el coche, deslizándose por la pampa, camino abajo entre suaves ondulaciones, paisaje color de cobre claro, de cobre oscuro, veteado de tonos grises, de tonos azules, de tonos verdes, metálicos, opacos: alucinador en todo instante. Llamada. Atraída. Diciéndose que era la llamada, la atracción del mar. Del mar abajo, más allá del horizonte herrumbroso. Diciéndose que eso era el preludio de un largo viaje.

No. ¿Para qué engañarse? La verdad era otra. No debía engañarse. La verdad era eso que fue infiltrándose subrepticiamente en ella. ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

Arriba, en la oficina, cualquiera, un empleado, se lo presentó:

—Señora, me permito presentarle al doctor Jeldres, el nuevo jefe del hospital.

Había ella conocido tantos médicos de oficina. Tanto empleado de más alta categoría que su marido, de más baja categoría que su marido. Había sido ella misma, en otro tiempo, la mujer de un empleado, pero empleado técnico, que lentamente escala todos los peldaños hasta llegar al más alto. Años hacía de todo eso… Desde que en otro puerto, más al norte, una amiga le dijo a media voz:

—Parece que le gustas al gringo nuevo… No te quita los ojos de encima.

Ella miró curiosamente al gringo nuevo. De ahí nació un rápido flirt que desembocó en una iglesia, entre alegres compañeras que lucían trajes color verde agua y unos muchachos sonrientes y bromistas vestidos de etiqueta. Y el baile en casa de sus padres. Y su padre solemne como lo que era, como un ministro de apelaciones, y su madre, joven y encantada de casar bien, apenas salida de la adolescencia, a otra hija. Y el barullo y el arroz y el zapato colgando del parachoques del auto. Y bueno: la vida que empieza color de rosa y sigue rosa, porque se tiene una linda casa, un marido atento que aun en la cama, para iniciar ciertos nocturnos acercamientos, que ella acepta sin pena ni gloria, dice «*Excuse me*…». Y los cambios al albur de mejores destinaciones, de cargos más importantes. Viajes en cabinas de lujo, en aviones ultrarrápidos. Y nuevos escenarios y nuevos rostros y por fin, al cabo de un tiempo que suma décadas, el regreso a la patria, con el marido de gerente general y ella —¿ella?— mirándolo inquieta, apegado cada vez más a la bebida, sin decir en la cama: «*Excuse me*», porque ya no hay entre ellos acercamiento alguno nocturno y él posee su propio dormitorio y en el día lo ve como podría ver a un conocido dentro de las reglas de una refinada educación y ella tiene una deslumbrante joya en cada aniversario matrimonial y una nueva piel para su santo y una caja con mil chucherías para Navidad, y si lo desea, viajes al sur o al norte y libertad para todo y dinero para hacer posible esa libertad.

¡Cómo se embota la inteligencia! ¡Cómo va apagándose la inquietud! ¡Cómo desaparece el entusiasmo! ¿Será proceso de años? Porque ella, alguna vez, también en el pasado, necesitó música, lecturas, exposiciones, espectáculos, intercambio de ideas. Buscó todo eso apasionadamente. Lo tuvo al azar de los viajes, en que seres excepcionales le brindaron el don de su creación artística y de

sus especializaciones. Inquietud de algo nuevo, siempre otra cosa. El marido asentía cortésmente:

—¿Le agrada, *darling*? Vaya. Haga una invitación si le place. Pero *excuse me*: tengo un trabajo enorme. Estoy realmente cansado. ¿No puede invitar a un amigo para que la acompañe?…

Eran dos paralelas: ¿Es que alguna vez fueron eso maravilloso que es la identificación de dos seres que se aman? Pero si no el milagro que puede alcanzarse a través de un auténtico amor, había en ella la certidumbre de un compañero atento, un hombre fino, una voluntad de hacer de la vida de ambos algo confortable y respetable.

Eso cambió lentamente. Como había cambiado ella misma. ¿Proceso de edad? Tal vez… Como era proceso de edad el haberse desgastado el deseo de vivir en escenarios propicios a su afán de música, de exposiciones, de conferencias, de trato con personalidades, mientras subrepticiamente sus huesos se hacían notorios deformando articulaciones y a veces una manchita percudía su piel. Un desgaste que la apoltronaba, la fijaba, no en la inmovilidad física —seguía siendo la misma mujer deportista de sus años juveniles—, pero asentada en lo intrascendente de una vida rutinaria.

Sí, se llega a eso insensiblemente. Por idéntico lento camino que el marido había llegado a la borrachera insensiblemente. Señora rutinaria ella. Una entre el montón. Viajes, trapos, canastas, fiestas, comentarios. Gerente general él. Eficiente. Correcto hasta en la borrachera.

—¿No podrías dejar de beber? Bebes demasiado… —le dijo un día.

Él la miró extrañado, con un asomo de escandalizamiento en el azul de porcelana del iris.

—*Excuse me*… No he entendido bien. ¿Qué insinúa?

—Que bebes demasiado. Creo prudente…

—*Excuse me*… Nunca he dejado de ser un *gentleman*…

—No es eso…

—Es lo único que tiene importancia, *darling*…

Lo dijo con el mismo tono con que rechazaba a los representantes del sindicato un pliego de peticiones.

Ella se encogió de hombros y él dio por terminado el diálogo

con una reverencia.

Siguió bebiendo a toda hora. Parecía no poder separarse del vaso de *whisky*.

Un viernes sin fecha, advirtió cortés y firmemente:

—*Excuse me, darling*… Iré por el fin de semana al puerto.

Y se fue, haciendo de esos viajes una costumbre. A su vez seguía ella viajando sin objeto. Volvía cansada de lo que en el norte o en el sur la esperaba, lo mismo: el grupo familiar, las antiguas amigas, las tiendas, las compras superfluas. El azar le proporcionaba a veces un concierto, una exposición, una conferencia. Nada nuevo. Nada que la sacudiera de esa especie de modorra que iba en aumento, irremediablemente.

Dejó de viajar. ¿Para qué? A veces se sorprendía mirándose las manos en que una nueva manchita atestiguaba implacable el correr del tiempo.

«¡Qué cansancio de todo!… —murmuraba para sí misma—. Sería bueno morir…».

Se obligó a enseñar a leer en la escuela. Frecuentó la policlínica. Discretamente se adentró en los lacerantes íntimos problemas de los demás. Pero no era eso… ¿Qué necesitaba entonces para asidero? ¡No haber tenido un hijo!… ¿Un hijo? Semilla de sufrimiento. Un hijo para la angustia, como en el caso de su hermana, con un hijo prófugo, o, como en el de su hermano, con una hija abandonada por el marido con cinco niños y cero pesos. Mejor era no haber tenido hijos. Pero tener, sí, un motivo digno para sentir que la vida valía la pena. Algo más que un borracho…

Así vegetaba cuando alguien le dijo:

—Señora, me permito presentarle al doctor Jeldres, el nuevo jefe del hospital.

«¡Qué apellido!», pensó jocosamente mirando al joven bien plantado frente a ella y serenamente mirándola.

Le sonrió con su linda sonrisa de mujer mundana. Hizo las preguntas de rigor, obteniendo breves respuestas: «¿Lo acompañaba su familia?». «No, su familia vivía en el sur, en un fundo de la frontera». «¿Mujer? ¿Novia?». «No. Solo. Hacía apenas algunos meses que había regresado de Estados Unidos, donde permaneció un año gracias a una beca». «¿Le gustaba la pampa?». «No, nada, pero todo era cuestión de costumbre».

Al correr de los días alguna vez jugaron canasta, se hallaron en reuniones. Una amistad circunscrita al molde corriente.

Una tarde pasó lo inesperado.

En su salita. En el apresurado invernal atardecer. Una chimenea encendida y un microsurco llenando el ambiente con la gracia de un rondó.

Anuncian una visita.

—¿Una visita? ¡Qué fastidio! ¿Quién es? ¿No entendió?… Bueno. Que pase. Sí. Aquí. Vaya… —Y refunfuña para sí: «Qué estúpida es esta chinita que nunca entiende el nombre de las gentes»…

Una voz gozosa. Una voz que desde tan lejos resuena aún en lo más íntimo de su ser. Una voz que exclama:

—¡Qué maravilla!

Y alguien, sí, el joven médico, se sienta a su lado, tan cerca en lo muelle del sofá que su cadera adhiere a la suya. No han hablado más. Las notas del rondó se esparcen en la intimidad de la salita, creando un clima, una dimensión. Un clima en que los músculos se distienden y aflojan todas las defensas conscientes. Una dimensión en que lo contenido en el subconsciente fluye en su exacta medida. En que nada significa nada. Sino ellos, los dos, ella y él. Mujer y hombre. Puros. Puro sentimiento en la armonía musical. Desmaterializados. Puro sentimiento. Sí. Pero ¿qué sentimiento?

Es como pasar de un mundo a otro. Como nacer a un mundo inédito. Y hallar allí el encantamiento de las coincidencias, de los gustos similares, de las negaciones acordes; de esa identificación mágica en que una frase se termina simultáneamente, en que los silencios están poblados de apacibles presencias. Sí. Un mundo inédito, un mundo que se llama felicidad.

—Jeldres no sale de tu casa. ¿Tu marido no dice nada?… —pregunta tiempo después una amiga.

Ella contesta reflexiva en su sorpresa:

—¿Y por qué había de decir algo?

La otra desliza una mirada maliciosa entre sus pestañas cargadas de rimmel y añade pesadamente:

—Te lo advierto: no hay otro comentario en la oficina…

Se encoge de hombros. Y la vida sigue en el mundo recién inaugurado. Todo es puro, nítido, ausente de materia.

Lenta y progresivamente, la clara atmósfera empieza a cargarse para ella de efluvios, de corrientes eléctricas, de inquietantes señales que capta con sentidos hiperestesiados. Los silencios no tienen lo apacible de los remansos, ni la proximidad significa una serena compañía. No persiste la comunicación de dos espíritus deshumanizados. Los cuerpos están ahí. Lo humano está ahí. Ella está ahí en su integridad física. Está ahí sin atreverse a movimiento alguno, con los nervios vibrando y una tensión en las entrañas que la empavorece. ¿Es tan solo ella quien se ha transformado? ¿Qué siente este hombre ahora silente, mirándola dubitativo, con salidas intempestivas de falsa alegría o de preguntas deshilachadas, todo para regresar al mutismo y a la contemplación?

Al albur de estudios y de viajes, él ha tenido compañeras, alegres o taciturnas muchachas que solo quieren el presente en un libre y desinteresado juego del instinto, episodios a los cuales se refiere con una naturalidad desconcertante. Ella ha conocido del amor la reacción física de un hombre correcto que dice: «*Excuse me*…», preludio nocturno, de una especie de rito geométrico y aséptico en el que ha sido una pasiva colaboradora.

Ahora sabe. Sabe. Conoce esa angustia, ese vértigo de la espera. Esa atracción en que las manos enfrían y zumban las sienes. Sabe.

—¿Qué hay de tu asunto con Jeldres? Todo el mundo dice que te separas y te casas con él…

—¿Yo?

Ese es también otro mundo al que entra asombrada. ¿Separarse? ¿Casarse de nuevo? ¿Ella?

Reflexiona por primera vez. Repasa hechos como en un film. ¿Cuándo comenzó eso? ¿Cuándo arribaron al plano de las confidencias, de las largas caminatas a caballo, de la lectura, de las horas apacibles oyendo música, de los pozos de silencio? Sí. El rondó… Eso fue el comienzo. Y ahora, esto pavoroso y maravilloso, este sentir que oscila, que va a rodar. ¿Hacia dónde? No; rodar no.

Eso nunca. La sensación es oscilar y ascender. Quemarse en el vértigo ascendente. Bueno. Frases… Pero él nunca ha dicho nada. Nada. ¿A dónde va? ¿A dónde va ella? ¡Qué dice la amiga, la que siempre está en dos pies sobre la tierra, firme en los prejuicios, en la moral corriente, en la Moral! Dice: «¿Vas a separarte? ¿Vas a casarte con Jeldres?».

Absurdamente sonríe. Jeldres. Este apellido sureño al que aún no se acostumbra. Jeldres. La señora de Jeldres… Del joven médico de la oficina.

Mira sus manos percudidas. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos años tiene él?

—A Jeldres lo han trasladado al sur —informa el marido un día como otro cualquiera, sentado frente a ella en el comedor.

—¿Sí? —contesta con su voz habitual, un poquito ronca y que le parece salir de una garganta que no es la suya. Y agrega—: ¿Pidió su traslado?

—Lo han trasladado. —Tal vez ha puesto cierto énfasis en el «lo han» y continúa con su tono de exquisita cortesía—: Los Belluci telefonearon invitando para mañana. ¿Podemos aceptar?

—No hay inconveniente de mi parte. Podemos aceptar si lo deseas —contesta no menos cortés.

Se va. Sin una explicación. Se va.

Ella espera… ¿Qué? Espera. Pero en la espera algo ha crecido a su alrededor. Una piel fría, una piel que la aísla, adherida a su propia piel que arde. ¿Tiene fiebre? No, no tiene fiebre. Pero la piel le arde bajo esa otra piel helada y aisladora. Algo se encierra en ella. Algo se hace incomunicable.

Llega a la hora habitual.

—¿Sabe? Me voy. Me han trasladado. No, no diga nada. Tengo que irme. «Debo», irme.

Un silencio en que siente que su nueva piel es aún más adherente.

—Me voy. Bajo al puerto y en días sigo al sur.

Otro silencio agónico.

Él la mira. Con una expresión de desamparo, de perdido niño de los cuentos de hadas, en el bosque y en la negrura.

—«Debo» irme —y luego insiste en la pregunta—: «Debo», ¿verdad?

No contesta. Luego de una espera, él añade con la voz impersonal anterior a… ¿A qué? Sí, a la tarde del rondó…

Estaré unos días en el puerto. En el hotel. La vida está llena de esquinas y en alguna hemos de hallarnos. Gracias por todo. —Se vuelve bruscamente y sale.

Así se regresa del mundo de la felicidad.

La amiga comenta, curiosa, sin saber cómo lograr que estalle la confidencia:

—Una lo cree tonto al gringo. Pero la verdad es que sabe hacer bien las cosas… Y ahora, ¿qué haces tú?

—¿Yo? —se encoge de hombros, con un gesto habitual, y calla, perdida en nebulosas conjeturas, rígida en su nueva piel, inmensamente desolada.

Ahora está ahí, adosada al muro, en la *boîte* de un hotel, en el azul del humo y entre las curvas de girantes luces de colores.

No debió venir. No debió dejarse seducir por esas esquinas que llenan la vida.

Se vuelve y regresa a la noche.

Atraviesa la terraza, baja escalones, camina sobre la arena suelta de la playa, recta al mar. Hasta llegar a la espuma que dejan las olas y a su fosforescencia. Andar. Andar. Dejar que el potente romper de las olas le llene los oídos con su insistencia y le asorde el pensamiento, la amargura que la corroe, la indignación contra sí misma. ¿Para qué ha venido, dándose la excusa de un viaje?

Andar. Correr. Huir. Sabe que la sigue. Que es inútil todo. Y se detiene, súbitamente, firme, fría en esa piel que súbitamente también ha adherido a la suya como otras veces.

—Viniste —dice el hombre con la alegría de quien recobra su juguete mágico.

—Me voy mañana a Estados Unidos —contesta.

—No te engañes. Viniste a buscarme. Maravillosa… —y coloca en su brazo una mano que se desliza hasta la mano de ella y enlaza

los dedos a sus dedos.

La mujer no intenta desprenderse. Está tranquila, abroquelada en su segunda piel.

—Ven —continúa diciendo—. Caminemos. Será maravilloso.

Caminan. En la soledad, entre cielo y mar, en la noche de espejeantes estrellas y en la réplica de esas estrellas en el mar poblado de noctilucas.

Habla alegremente, autoritario.

—Tengo ya mi pasaje a la capital. La verdad es que la vida aquí es de opa. Si no hubiera sido por ti… —la tutea. Aprieta sus dedos y ella siente la palma caliente aun a través de la otra piel—. Puedes cambiar de ruta. Quédate en Lima y dentro de un tiempo regresas y te vas a juntar conmigo. Yo tengo allá mi departamento, que ya sabes que se lo dejé a un compañero. La gran vida… Tú haces lo que quieras, pero las tardes, las comidas y el resto son para mí. Y el cacharro… ¿Sabes?, me compré un cacharro. Me lo llevo, es claro… —Habla deliberadamente buscando restarle importancia a lo que dice.

—Es un lindo plan de vida. Pero creo que no voy a participar en él…

Se detiene. Se desprende de ella y pregunta súbitamente cambiando el tono:

—¿Por qué? Has venido. Eso basta. Estás aquí a mi lado. Hemos vivido la maravilla de los últimos meses allá arriba. Y has venido. Es más que palabras, es más que una aceptación. Entre nosotros no valen las palabras. Todo está dicho. Vale esto. —La enlaza y violentamente adhiere los labios a esa boca que no responde, que se deja besar, pero que no besa.

La suelta y dice, embriagado por su propia embriaguez:

—¿Cuándo vuelves, cuándo llegarás a la capital?

—No llegaré. Puede estar seguro de eso. Como puede estar seguro de que me voy mañana a Estados Unidos…

La mira reflexivamente.

—Habrá que hablar. Y es tan maravilloso lo que no se dice y se siente —murmura.

—No hay nada que hablar. Usted no sé qué ha supuesto de mi venida, que era por usted, por verlo. He venido porque salgo para Miami. Eso es todo. —No sabe con qué voz habla, pero se oye

modular tranquilamente esas palabras.

—«Todo» es lo que nos liga. Lo de allá arriba, las tardes, las conversaciones, los silencios, la música, la lectura. La voz de nuestra sangre. La maravillosa voz de nuestra sangre. El impulso que nos echaba a uno en brazos del otro y que supimos resistir. No era posible allá. Un escándalo. ¿Para qué? Un escándalo inútil. Lo que tiene que pasar, pasará. Eres tan mía como si te hubiera poseído, como si hubiera entrado en ti y juntos, ¿entiendes?, juntos, hubiéramos llegado al límite del gozo. Eres mía, enteramente mía. —La voz se le asorda, pesada de deseo.

—No, no soy su pertenencia —insiste en el usted—. Soy su amiga, en una amistad casi increíble entre un hombre joven y una mujer que puede ser su madre.

—Cállate —grita—, lo increíble es lo que estás diciendo.

—Es lo cierto. Pongamos que sí, que usted y yo nos quisiéramos. Que fuera amor, el amor, lo que hay entre nosotros. Para mí es una amistad, una, empleando esa palabra que le es tan grata, maravillosa amistad. Pero pongamos que sea amor. ¿Qué significaría este amor para usted? Un episodio. ¿Y qué tiempo duraría ese episodio?

—¿Por qué se hace estas preguntas? —No se da cuenta de que de nuevo la trata de usted—. ¿Qué importancia tiene la edad, la suya, la mía? Yo la quiero, la quiero íntegramente, con su edad, con la que tenga, con su cuerpo de adolescente, con sus ojos de venadito tierno y con su alma rebelde y pura. ¿Sabía usted todo eso? ¿Se lo dije antes? ¿Se lo dije? No. Pero usted lo sabía. No, mi rebelde, no hay necesidad de palabras, porque todo está dicho entre nosotros y la vida por vivirla maravillosamente.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por el que sea. No tengo otra cosa que ofrecerle que un amor sin tiempo. Puede que sea de un minuto, puede que sea por la vida entera. Pero puede también que esta vida no sea sino un minuto.

—Es que la vida resplandeciente es suya. Y no mía, que ya vivo para el fin…

—Pobre viejecita —dice él reidor—, la viejecita más joven que la más joven muchacha. Y que, sea como sea, es la mujer que quiero, que deseo…

—Que deseo… —repite dulcemente ella.

—Sí, que deseo. —Ella siente la brasa de ese deseo y tiembla—. Hacerte mía, saber el contorno de tus senos y el sabor de tu lengua. Mía.

—¡Ay! —musita ella como si le doliera el alma.

—Sí, ¡ay!, pero de placer, tú y yo.

Pasa el brazo bajo el suyo, la mano se desliza por la piel desnuda y los dedos enlazan de nuevo los de la mujer. Y caminan.

Si fuera siempre así. Si la vida fuera caminar por una playa, junto al mar, en el retumbe de las olas y el doble titilar de estrellas y noctilucas. Pero la vida no es eso. No sería eso en lo porvenir. Sería la mentira, el doblez, el disimulo. El marido aquí y ella allá. El marido aquí y ella allá viviendo del nombre y del dinero del marido. Y… ¿Es que él no piensa en eso?

—Yo no tengo dinero —dice.

—Yo tampoco —contesta él—. ¿Y qué?

—¿Y de qué viviría yo en esa vida que usted me presenta como la suya y mía en lo futuro?

Contesta maquinalmente:

—Del dinero del gringo.

Ella se detiene, se libra de su mano y dice seca:

—No entiendo.

Él reflexiona y contesta con lentitud:

—Entonces, ¿cómo? Las cosas han sido así hasta ahora.

—No han sido así. Lo que usted presenta así es lo por venir.

—Es que tendrían que seguir como hasta ahora.

—¡Ah!

—Todo puede hacerse sin escándalo. No seríamos los primeros.

—No me gusta que me sumen a los demás —advierte cortante.

—Ya lo sé. Y eso es lo que la hace tan maravillosa.

—Todo esto es tan inútil. Me voy mañana. Lo repito. Me voy. Y usted partirá, vivirá en su departamento y pronto tendrá una linda compañera. La tendrá. Todo hace preverlo.

La mira con fijeza, tratando de descubrir la verdad. ¡Curiosa mujer! Después de todo lo pasado, del romance, de lo que está seguro de que significa para ella, de lo que representa para él como interés sentimental y atracción física, de lo imaginado, de lo que es casi una realidad. Y ahora esta resistencia, esta tozudez, este rechazo. Sonríe, recordando la frase de un amigo: «Siempre quieren

casarse».

—El casamiento vendrá después. Puede hacer su divorcio en México y sin saberlo siquiera estaremos casados. El aviso llega siempre días después… —quiere frivolizar, pero siente que está actuando en falso y que la mujer lo sabe.

—No. —Hay un gran cansancio en ella—. No. Por favor, no continuemos. Esto no tiene sentido. Hay una equivocación. Allá arriba lo extraordinario de nuestra amistad pudo engañarlo. Se lo aseguro formalmente. Tengo por usted un sentimiento excepcional de ternura, de lealtad, de protección. Creo que este último es el que predomina ahora. Protegerlo de su propio engaño. Allá no había muchachas de su edad ni de su condición. La vida es monótona. Las señoras apegadas a sus pequeñas costumbres burguesas. Me encontró a mí, menos vieja que ellas y menos aburridora. Se apegó a mí. Era natural. Y de ahí el error. En cuanto usted se sume a la vida que ha sido siempre la suya, verá claro que yo soy tan solo un recuerdo amable.

—Basta —interrumpe—. Si usted quiere seguir en esta comedia, siga. Pero déjeme a mí decir mi verdad. Y vivirla dolorosamente, se lo aseguro.

Era peor que la fiebre. Tenerlo ahí, a su lado, sentir la presencia de su cuerpo, el halo de su sentimiento, fuera el que fuere, la certeza de su deseo y estar separada de él, separada por la piel fría pegada a la suya. ¿Es que esta piel regía sus decisiones, agrupaba sus palabras, acondicionaba sus gestos? Hasta ese momento no lo había pensado… Tiritó. Tuvo miedo de que le castañetearan los dientes. Había que terminar.

—Creo que lo mejor es que regrese al hotel. Su linda compañera debe de estar esperándolo. No me guarde rencor. Crea que obro por su bien. La vida para usted tendrá mil halagos: una mujer joven que responda a su edad, hijos… —Sintió que la voz se le quebraba. Reaccionó tragando saliva, que le supo acremente—. Tendrá un hogar normalmente constituido. —Le parecieron tan grotescas estas palabras, que calló abrumada.

Él la miraba dubitativo. ¿Era la burguesa aferrada a sus posibilidades sociales y económicas? ¡Qué curiosa! Hasta ese momento no lo había pensado. La certeza del mutuo sentimiento había cerrado para él toda duda de desencuentro de opiniones, de

planes. ¡Que nunca pudiera saberse nada de nadie! Y menos de una mujer. Y de una mujer como esta, habituada a la holganza, a la riqueza, a las normas sociales. La había sentido tan suya, tan entregada a su voluntad, llevara esta a donde llevara… ¿Qué había sido entonces para ella? ¿Lo que aseguraba ahí, frente a él, sombra en la noche, con una voz reposada, monótona? Un amigo. Una manera de llenar las horas estúpidas de la vida en la oficina. Música, lecturas, paseos, conversaciones largas, largos silencios. ¿Una farsa? Tal vez esta mujer era justamente lo que pensó al conocerla: una frígida. Embotada por la indiferencia del marido borracho y por los prejuicios de una sociedad del tamaño de un alpiste. Sin valor para romper barreras. Fue su primer juicio. Y después… ¿Cuándo? Desde el rondó… —sonrió sarcásticamente—. ¿Quién las entiende? Tal vez su error fue no tumbarla sobre el sofá, en lo obscuro de las tardes invernales y al resplandor de la chimenea y poseerla en la violencia del pavor a ser sorprendidos. Tal vez… Como lo era tal vez ahora no asirla violentamente y tumbarla en la arena y al ritmo del mar hacer de ella algo íntimamente suyo. Tal vez. Seguía mirándola y a la par que hilaba posibilidades, encontrados sentimientos iban anegándolo.

Ella insistió:

—Vuelva al hotel… Quiero pasear sola… El auto me espera al fin de la playa. Quiero descansar, ya que mañana tendré un día pesado en el avión… Adiós —y le tendió una mano firme.

No la tocó. Se inclinó ligeramente, con algo de burla, con algo de despecho, con algo de rebeldía, con algo pesado en el corazón.

—Adiós… —Dio media vuelta y echó a andar con paso largo.

Ella también empezó a andar, lentamente. La recorrían escalofríos. Su segunda piel había desaparecido. La suya propia quemaba. Ahora sí que tenía fiebre. Le dolía adentro una entraña imprecisa. No era un sufrimiento padecido por el alma, lo era por el cuerpo. Como apaleada. Ardiendo corrían las lágrimas sollamándole las mejillas. De la garganta subían sollozos. Creyó que iba a aullar, como esos perros atropellados, moribundos, que a veces se encuentran al borde de los caminos. Se lleva una mano a la boca para atajar el grito. Y siguió andando, hecha un puro sufrimiento.

Los altos tacos se le hicieron intolerables. Bruscamente tiró lejos los zapatos. Siguió andando por el borde de la ola y de la espuma. Un camino zigzagueante y alucinante. Pensó en un camino sin término en lo porvenir, deliberadamente elegido.

Los pies se le helaban, agarrotados.

Se dijo a media voz, mordiendo las sílabas:

—Mañana te dolerán los huesos…

MÁSCARA EN COLORADO Y NEGRO

Es alta, delgada, ondulosa y el cutis amante del sol que la besara con ahínco, es una amalgama de oro y bronce extendida y parejamente, en contraposición al maíz desteñido de la cabellera lisa, guedejas de primitivo a cada lado del rostro. Unos ojos de azulina para acompañar la boca amapola y una nariz voluptuosa y unos dientes de animal carnívoro. Una seda de gruesa trama sesgada y brillante, color de turquesa, la cubre recatadamente hasta el cuello, la descubre audazmente cintura arriba por la espalda, la desviste por delante y por detrás con mayor precisión que el propio desnudo. Es el centro de un grupo de hombres, polo de deseo que también aviva el alcohol. Tranquila, desenvuelta y expresiva, en goce de flirt y de ingenio, esta mujer triunfa.

Las otras —amigas, enemigas; conocidas, desconocidas— tienen al verla un parpadeo incrédulo en los ojos, cuchichean y toman distancia y posición para bien observarla, un tanto escandalizadas, un tanto fascinadas.

El casino rebulle. En la rotonda las frases se entrecruzan, las sombras se afilan, el andar toma un empaque de maniquí en expectación. La puerta del comedor abre un bostezo ahíto y los rezagados de sobremesa avanzan lentamente, enredados al humo del puro y a las equis de largas libaciones. En el *cabaret*, Pablo Garrido muele una rumba a contratiempo. Pasan los recién llegados, un poco sin saber hacia dónde. La ruleta rumorea y una voz más alta dice la frase nasal, abominablemente argentinizada.

—¡No va más!

La mujer de piel del bronce mira la esfera que cintilla entre brillantes en su brazo. Media noche menos un cuarto. Un movimiento de la mano detiene la charla del grupo, impone

silencio. Dice:

—Mis excusas. Me voy adentro… —la voz ha cambiado el tono suavemente cantante por otro de frío metal, las facciones atirantadas se fijan en una expresión vacía.

Ya no está ahí. Es como por si obra de embrujo entre ella y el resto se creara de súbito una atmósfera de ausencia.

Nadie intenta seguirla, ya que todos conocen el rito. Avanza hasta la puerta, siempre mirando el reloj. Cuando el minuto marca exactamente las doce horas de la noche, la mujer, obedeciendo al llamado misterioso, entra a la ruleta.

Se allega a una mesa, siempre la misma, pide las fichas de determinado color que le están reservadas.

Hay un hombre que protesta porque la mujer, suave y firme, intenta desplazarlo, pero al volverse a mirarla —tipo de turco, vientrudo, cejijunto, de largos bigotes lacios— es tal el pasmo que le produce su belleza que pierde el aliento, el sitio y una ficha que persigue por los suelos.

La mujer juega. Siempre los mismos números. Sobre la cartera de brillantes escamas, un amuleto en un saquito contiene la piedra imán de las supersticiones bolivianas. Coloca las fichas rápidamente, con gestos mecánicos y luego espera con las manos sobre el fetiche que se griten las frases habituales.

Pierde. Sigue jugando, siempre los mismos números, siempre en la misma actitud. Como la piedra. No tiene una sonrisa. No tiene un gesto. Parece ausente, galvanizada.

Gana. No tiene un gesto. No tiene una sonrisa. El mundo se ha borrado para ella. ¿El amor? ¿El goce de vivir? ¿Las penas que cargan sobre los hombros de cada cual? ¿Todo…? ¡No existe! Solo ve la ruleta, los colores, el colorado y negro, y las líneas rectas y los números que limitan su deseo, que lo enmarcan, que lo inmovilizan.

Pierde. Pierde. Pierde.

La cartera vacía billetes, cambia nuevas fichas, siempre las mismas, del mismo color. Juega. Idénticamente mecanizada. Pierde. Pierde. Pierde. Sus números parecen haberse escapado del tapete. Juega. Cambia más billetes. Rígida. Cada vez más endurecida. Más de piedra. Juega. Pierde.

La empujan. La aprietan. Pisotean la cola de su traje. Una mano se posa en su hombro. Una alocada discusión estalla a su lado. Los

jugadores cambian. Van. Vienen. Hay otras caras y renovadas esperanzas y desilusiones. La mujer juega. Gana. Gana.

Las tres últimas jugadas la encuentran igualmente rígida, impermeabilizada. Juega. Pierde. Pierde. Pierde. Y el rastrillar contempla su actitud idéntica. Recoge sus fichas. Guarda el amuleto. Echa a andar. Sale.

Fuera de la ruleta el hechizo se rompe. La actitud se suaviza. Los ojos toman expresión. La sonrisa aletea en sus labios. Va formándose un grupo en torno a ella a la par que avanza. Se empolva. Sonríe, ya largamente. Encuentra el justo tono de su voz cantante. Le preguntan:

—¿Ganó?

Contesta simplemente:

—Jugué.

Esbozos

Estival

Mediodía radiante: reverbera el sol en el camino polvoriento bordeado de álamos mustios: las zarzas negrean de frutos que penden en racimos flácidos. El camino está rodeado de un inmenso trigal maduro en que las espigas se doblan al peso de las mieses: ciega el oro del trigal. Serpenteando lo cruza un estero que se desliza entre rojas amapolas, arrayanes floridos, boldos frondosos, sauces melancólicos. Bajo los árboles en que los pájaros callan abriendo en el paroxismo del calor los piquitos resecos, los animales sestean importunados por las moscas que enloquecidos de calor enloquecen a su vez con su monótono zumbido. Una atmósfera de fuego envuelve la naturaleza que agostada se adormece en silencio. Solo las abejas parecen no sentir la enervante pesadez del mediodía estival siguiendo afanosas en su trabajo.

Bajo un sauce un hombre, una mujer y un niño, sentados en el pasto, comen los porotos que la mujer ha traído desde la lejana puebla. Junto al grupo un perrillo espera relamiéndose golosamente las sobras de la comida. Acabada esta, el hombre se tiende de espaldas tapándose la cara con la chupalla y poco tarda en dormirse. La mujer se pone de pie, toma la olleta, vuelca su contenido y llama al perro. Luego mete en la olleta las cucharas de latón, la amarra en un trapo, toma al niño en brazos y con el lío en la mano emprende con torpe caminar que revela cansancio el largo camino que lleva al rancho.

Pasa un largo rato en que la naturaleza pace muerta. El hombre ronca: el perro dormita.

De pronto una campana lejana empieza a tintinear afanosa como invitando a darse prisa a los que llama. El hombre despierta, se despereza ruidosamente, bosteza, se rasca. Luego se pone en pie;

recoge la chupalla encasquetándosela hasta los ojos, llama al perro y canturreando una tonada en que llora sus tristezas nuestro pueblo, paso a paso, se encamina hacia las eras.

Otoñal

Un sauce y un peral: bajo ellos unas trancas. Ahorcajadas sobre el travesaño más alto un chicuelo anima su imaginaria cabalgadura con agudos gritos y espolonazos feroces que se hunden en el aire; una rama, que a cada golpe pierde un pedazo, fustiga rabiosamente el madero; un quiltro acompaña con alegres ladridos los gritos del niño dando inverosímiles saltos por alcanzarlo.

El sol próximo a ocultarse está rodeado de grandes nubarrones rojizos que hacen con sus reflejos arder los tonos dorados de la naturaleza otoñal. Los álamos ya despejados de su ropaje, alzan suplicante sus brazos escuetos que se dibujan nítidos en el fondo arrebolado de las nubes. Los sauces inclinan sus frentes pensativas en que las hojas ya amarillas están prontas a irse con el primer airecillo que las bese. Abajo el viento arrastra, en vertiginosos giros, montones de hojas secas bajo las cuales otras caídas en días anteriores están ya putrefactas.

Mugen tristemente las vacas mientras que a lo lejos les hacen coro los terneritos encerrados en los galpones. Un potrillo indómito retoza por el potrero dando alegres relinchos. Los pidenes en el monte «piden agua» con desesperada tristeza. Una carreta chancha chirría monótona avanzando lenta por el camino que lleva al pueblo, precedida del carretero que, entre los gritos: —¡Arre, Tomate! ¡Oh! ¡Clavel!, canturrea una alegre cueca.

El sol se ha ocultado. La cordillera de alba se ha tornado rosa para dormirse envuelta en azulosos velos. Los álamos son rayas negras que recortan el horizonte. El bosque es un sombrío manchón que susurra misteriosamente. Los nubarrones han ido decolorándose, obscureciéndose, hasta de rojos tornarse negruzcos pasando por todos los tonos del violeta. Uno, alargado y enorme, parece un monstruoso dragón quimérico.

Sigue el chicuelo cabalgando en el madero, animándolo con voces que el eco alarga burlescamente.

Cae una hoja… y luego otra… y muchas más…

VEJECES

El temporal arrecia. Gruesos goterones han empezado a llamar a los cristales como niños traviesos; luego ha sido un caer de grano, menudo y disparejo, y después el monótono rumor de la lluvia lo ha llenado todo. Cae oblicua, difundiendo el paisaje en sus rayas a pluma. A veces un chicotazo del viento la hace adherirse más a la casa que se estremece gemebunda.

Si el viento me echa fuera con ánimo combativo, la lluvia me da un alma de hogar: quieta, friolenta, regalona, soñadora. Me gusta entonces apelotonarme en un sillón, junto al brasero, oyendo la lluvia y el viento para mejor arrebujarme en el chal, para mejor apreciar el suave calor del fuego, para mejor gustar el perfume de los granos de incienso.

Son horas deliciosas de rememorar el pasado o de construir lo venidero. Pero de común —por el solo hecho de estar como en mi infancia acurrucada junto al brasero— es a revivir esa época a lo que se dedica la imaginación. Y enseguida veo nítidamente la vieja casa de Abuela, con su ancho portalón y sus techos bajos y sus corredores encalados y su patio solado de piedra y sus copihueras enredándose a los postes y sus jazmines aromando la atmósfera quieta y sus canarios dando arpegios al silencio. Y veo a mi Abuela —pequeña, gorda, ágil, vivo los ojos en la cara llena de arrugas finísimas, vestida de negro, con un pañuelo de Manila cruzado al pecho y una piocha muy laborada en oro y perlas sujetándolo— sentada en un sillón abacial, con una mesita junto y el brasero más allá, instalada en una pieza «rezando el rosario del Abuelo», mientras le traían el mate.

A mí me gustaba esa pieza larga y angosta, con largos ramazones en el papel, con muebles raros e infinidad de santos:

unos pintados y colgados de las paredes, otros en oleografías puestos en pequeños caballetes, otros de madera tallada bajo fanales de cristal, otros de yeso coloreados sobre los muebles. Y aún había medallas y detentes y rosario y un crucifijo grande y otro chico. Por cada uno Abuela tenía especial devoción y una historia que contar de cómo había llegado a su poder.

Generalmente yo me instalaba en un piso bajo, junto a la crinolina amarilla del brasero, teniendo como misión tostar el azúcar y quemar de vez en cuando un granito de incienso, que al unirse al otro olor, hacía la atmósfera apetitosa como un dulce monjil.

Abuela rezaba. Yo soñaba con lo futuro, con lo que la vida me daría de amor. Y mi soñar era siempre, en ese entonces, un galán que se me declaraba en romancillo, vistiendo pantalón acuchillado, casaquín de terciopelo y birrete de plumas sujeto «por rica presea de diamantes», tal cual el último héroe que conociera en las obras de los clásicos españoles, únicas que me dejaban leer. Siempre había raptos, duelos, huidas, padres furibundos, rivales celosos, dueñas fáciles y, más que nada, esbirros, palabra que me gustaba mucho y que, por emplearla, llenaba más aún de peripecias la aventura.

Cuando me prestaba a huir por la ventana, cuando ponía el pie en la escala de cuerdas, en vez de la voz del galán que murmuraba ternezas, solía oír una voz que me gritaba: —«Chinita, se te está quemando el azúcar».

Yo daba un respingo, miraba muy asombrada en torno y aún desmaterializada por la fuerza de la ensoñación, preguntaba muy solemne: —«¿Qué decís, señora?».

Pero mi voz me daba la propia conciencia del ser, de la vida, de cuanto me rodeaba y de prisa, con una especie de ironía íntima, sacaba de los carbones el azúcar que no era más que otro carbón. Porque no dejaba de ser chusco y mover a risa que todo una doña Marta —como era yo un momento antes— bajara de su señorío para tostar azúcar en un brasero…

Hasta que llegaba la vieja Chachi con el mate y la tetera y la cajuela de la yerba, todo ello en una bandeja. Acercaba la mesa a la señora, ponía encima la bandeja y sacando la tetera, llegábase al brasero para colocarla en el rescoldo.

Dejaba el rezo Abuela tras de besar la cruz del rosario y yo dejaba mis ensoñaciones para mejor atender al ceremonial del mate.

Abuela echaba dos cucharadas de yerba en el cuenco de plata burdamente cincelado, cerraba con un golpe seco la tapa de la cajuela y abría el otro compartimento para sacar un palito de canela, un pellizco de cáscara de naranja y dos terrones de azúcar tostada. Otro golpe seco ponía fin a estos preparativos.

Entonces avanzaba la Chachi con la tetera a llenar de agua el mate. Cuidadosamente Abuela removía la bombilla para deshacer el azúcar y luego iba chupando, despaciosa por no quemarse, despaciosa por mejor saborear. Mientras, la Chachi tornaba la tetera al rescoldo y se quedaba de pie, muy tiesa, con las manos cruzadas sobre el vientre y los pulgares girando uno en torno a otro, aguardando que el agua al terminarse diera un ronquido para ir a reponerla.

Hasta que Abuela tomaba el mate seis no hablábamos. Nunca supe el por qué de ese silencio y acaso ese silencio era lo que en el acto tan sencillo de tomar mate, ponía aspecto de rito, sabor de liturgia, todo ese hieratismo que me encantaba.

Seguía acurrucada en el piso, mirando aquello con ojos beatos, oyendo barbotar la tetera, oliscando golosamente todo los perfumes, con el sentimiento como acolchonado por la felicidad, sin sentir nada a fuerza de sentir mucho, creyendo que había llegado al límite de la dulzura de vivir.

Pero a mi felicidad aún le era dable aumentar. Me lo decía la llegada silenciosa del gato —de mi grande amigo el gato, del compañero de mi solitaria infancia de hija única— del gato Genaro que en mi misma actitud de dulcedumbre perezosa, se acurrucaba a mis pies junto al brasero. Y esta semejanza, este ver en otro mi propio sentir, me empujaba del límite que antes tocara, haciéndome entrar en el nirvana.

Acabado el último mate, la Chachi recogíalo todo en la bandeja y se marchaba diciendo: —«Voy a traer tus once».

Entonces Abuela daba comienzo a una larga historia en que había enfermedades, viajes, amigos y sirvientas.

Enfermedades que ningún doctor supo mejorar y que desaparecieron milagrosamente por obra y gracia de una novena

rezada a cierto santo…

Viajes hechos a Santiago hace cincuenta años, cuando se viajaba en diligencia y en los caminos había bandoleros con trabuco al hombro y en los villorrios cambio de tiro, entre el jurar de los cocheros y en los pueblos posadas de ancho zaguán que alumbraba una tea resinosa…

Decires de la comadre Isidora o gracias de doña Panchita Merino o bondades del padre Romañí…

Robos de la Pascuala «una china dada que no dejó otra cosa», allá cuando fuera cuidadora de tía Leonor.

Y mientras Abuela abría los cajoncillos olientes a sándalo de sus recuerdos, yo iba saboreando apetitosamente el té con ñoclos y el gato Genaro las sopitas de leche.

La lluvia… Un brasero…

La otra voz

En el tramo final se le aflojó el impulso. Pero no dejó de mirar hacia arriba, presentando cada vez más la cara al cielo. Los pies paulatinamente se le hacían minerales. Se obligó a subir los escalones últimos, y un poco torpe avanzó por la plataforma en busca del parapeto en que podía sentarse.

Seguía mirando arriba, la enormidad del monumento, del que solo veía ahora el pecho del caballo, una de las poderosas patas delanteras alzadas y en violento escorzo la cabeza, todo ello en sombra destacándose contra un cielo de primavera destemplada, de tarde sin nubes, de pájaros silenciados por el viento que traía del sur sus lienzos humedecidos, de árboles desdibujados por la inquietud. Tal vez un ángel había encendido el lucero, tan luminoso, tan deslumbrador, tan inverosímil.

Se le aquietaba la respiración. Ya no sentía el correr de la sangre atropellándose en sus sienes, latiendo allí. Las tocó con lentas yemas cariciosas. Siempre con la cara en alto. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que el caballo movía la pata alzada, continuando el paso que una mano maestra había fijado en el bronce. Iba a salirse de su base cayendo sobre ella, encogida, inmovilizada por el terror, apretados los párpados para no ver la fatalidad.

Un segundo después abrió los ojos anegados en medrosas agorerías. Comprobó estupefacta que el caballo seguía arriba, firme y airoso sobre la alta base. Y que ella seguía sentada sobre el parapeto, una vez más salvada de imaginarias catástrofes.

Siempre tenía miedo: a hechos misteriosos, a enemigos mortales, a acontecimientos malignos. Un auto que patina y sube a la acera. Una maceta que cae desde un balcón. La electricidad que aflora a través de un doméstico conmutador. Un choque. Un rayo. Un

incendio. Un ciclón. Un terremoto… La naturaleza y los hombres contra ella. La muerte por todas partes vestida de huesos y con una escoba de bruja al hombro entre mascarones grotescos. ¡Si ella pudiera recordar dónde la vio así representada por primera vez, y el pavor se quedó en sus tuétanos para siempre!

La madre decía:

—Ahora que hemos oído el noticioso, nos vamos a acostar.

Ella sonreía, con una mínima sonrisa que levantaba las comisuras de la gran boca sensible, dejaba despaciosamente la labor en el costurero, se alzaba gentil y contestaba:

—Sí, mamita; vamos a acostarnos.

Había aún otro formulismo al subir la escalera. Ella se allegaba al muro y con gesto cortés cedía el paso a la madre, siguiéndola con una cadencia que las mantenía a la misma distancia. En el *hall* de arriba cambiaban un beso.

—Buenas noches, mamita. ¡Que descanses!

—¡Que descanses! Hasta mañana, si Dios quiere.

En su vida cada hora respondía a un molde. Y todas parecían repetirse a sí mismas. Como esas constantes hileras de cisnes que desfilan para probar la puntería de los tiradores en las ferias veraniegas. Como interminables hileras de cisnes, recortados en cartón, pintados de diversos colores, moviendo la cabeza con idéntico ritmo. Iguales siempre. Iguales. Un día y otro.

Porque hasta lo que pudo ser inesperado lo predijo la madre:

—En la temporada próxima tendrás un vestido azul con cuello celeste, y otro marrón con una blusa amarilla, y cuando haya un bonito día iremos al rosedal.

Ella sabe cómo serán sus vestidos, los días que saldrá de paseo, los títulos de los libros que la dejarán leer, los hoteles que en futuras temporadas veraniegas alojarán, la fecha en que tendrá un festejante…

Ella, entre tanto, frenéticamente agita dentro de sí sus fúnebres muñecos, evadiéndose a un mundo de espanto, de destrozo y lloro, entre escombros, chatarra y humo.

Ella, entre tanto, también, dice, tan de niña anhelante la voz, con la sonrisa estampada en las comisuras de la boca:

—Sí, mamita. Es ya hora de ir a casa de la abuela.

¿Cómo es el amor? ¿Cómo se siente? ¿Cómo llega? ¿Lo trae el

festejante, ese que mamita anunció que iba a tener al cumplir los dieciocho años y que aparece puntual cuando los celebra en el salón de la abuela, irreprochablemente vestido de escribano, con los ojos demorados y la frente prolongada por la desolada calva? ¿Tiene esa voz de balbuceo, ese asordar las sílabas finales, esa frase que se cierra como un cero sobre nadería? Ella conoce el amor de las novelas rosa, en que los enamorados tienen palabras, encendidas palabras, tremolantes palabras, calcinadoras palabras para traducir la pasión, pero en que siempre los cuerpos están ausentes. Es como si de ellos solo existiera la voz. Cuando las páginas se aproximaban al fin, estas inmateriales criaturas hallan sus labios para cambiar breves inocentes besos, gozosas vísperas de bodas. En el cine el amor habla cualquier idioma y sensitivas máscaras humanas traslucen cada emoción. A veces las bocas se unen en largos, sabios, agotadores besos que ella mira pasmada. Conoce el amor de papel y tinta, de luz y sombra.

Ese amor conoce ella, que tiene una cara descolorida de muchacha a la cual la sangre no revela ningún mensaje del instinto. Alguna vez se sorprende ante el espejo, observando morosamente esa imagen que le parece el reflejo de otra imagen que no es la suya. Como si reflejara una fotografía abandonada por años a la voracidad del sol en su marco de felpa y percudido oro. Suele entonces insinuar una sonrisa, pero solo logra la sonrisa que levanta las comisuras de los labios y que nunca alcanza a alterar la expresión de los ojos, de un atónito gris. ¿Por qué sus ojos no sonríen nunca?

¿El amor? ¿Es que el amor hablará alguna vez por boca de su festejante? ¿Cómo logrará este abrir el banal aro de su frase para que en ella entren las palabras obscurecidas por la pasión? ¿Cómo irá a decir las dulces palabras de terneza? ¿Qué sentirá ella entonces?

La madre asegura entre tanto:

—Es un excelente partido. Serás muy feliz.

¿Por qué cuando se sale con el festejante no pueden pasar cosas horribles? ¿Que el pequeño auto sea chocado por un colectivo? ¿Que la portezuela se abra y caer sobre la calzada? ¿O ahora que han descendido en los jardines, la pelota con que juegan estos niños no le alcance la cara, destrozándosela?

—Adiós… —contesta maquinalmente.

—¿Quién es? ¡Qué monada!… —dice el hombre.

—Es la chica de Villegas. Nos conocimos en el colegio.

—¿Villegas de las de Santiago? Son muy bien. Su sepultura queda en la Recoleta cerca de la nuestra…

Puede caerse un cable eléctrico. ¡No es cosa tan difícil! Y poner un pie encima descuidadamente y quedarse fulminada. ¿Por qué no? Ella vio una vez decenas de tranvías y de coches parados, frenéticamente tocando las bocinas y las campanillas, con las gentes impacientes o iracundas o resignadas, y los hombres de uniforme dando órdenes para desviar el tránsito. Y todos preguntaban:

—¿Qué pasa?

Y era que allá, más allá, había un cable caído, una larga fina sierpe, ponzoñosa y mortal. Cosas horribles. Un cable caído. Sí, puede suceder.

La casa. La madre. La abuela. Desde algún tiempo el anunciado festejante. Y el mundo desmaterializado en un vago fondo, paisaje grisáceo, ribera con ausentes espadañas, río sin límites que parece desbordarse en algún punto para anegar los cielos. Y los acontecimientos como los cisnes de una feria, sin que jamás se precipite o se retrase su ritmo. Nunca.

El hombre había aceptado su capricho de subir sola por las escaleras hasta la alta plataforma que circundaba el monumento. La miró alejarse con una ancha complacencia: tan quebradiza la breve cintura, tan largos los muslos, tan de corza el pie de curvo empeine. Una racha le ciñó el vestido como si quisiera modelarla. No vio que el viento también había metido las manos entre la melena de mies y la sacudía gozosamente, jugando a enceguecerla. Creyó que una vez arriba se volvería a mirarlo y alzaría una mano. Era lo natural. Entonces él contestaría al saludo agitando el guante de un amarillo impecable. ¡Qué buenita era, qué esposa para un hogar de siesta en mecedora, para una tierna bufanda tejida a palillos, para los domingos en la tarde tomando chocolate en una confitería al son languideciente de un vals azul!

¿Por qué no decírselo? Recordó algo, palabras que emergían de su infancia: «… la noche…, la ocasión…». Sonrió, se humedeció los labios y parsimoniosamente empezó a subir los escalones, respirando hondo y lento, volviéndose, para admirar el paisaje, que

era una manera de justificar cada parada. Si hasta la madre se lo había insinuado:

—Vaya con la Nena a tomar un poco de aire… Y aproveche bien el paseo…

Al llegar a la plataforma se volvió otra vez a mirar el paisaje. A hacer como que miraba el paisaje, porque se miraba a sí mismo, contento con su hazaña, magnificando la fortaleza de sus músculos, lo firme del corazón, que apenas si dificultaba un poco su respirar. Sonrió a esa imagen de juventud que veía en él. Minuciosamente una ráfaga fresca le quitó el vaho de calor que le perlaba la calva. Entonces un diablo alegre, jovial, se apoderó de su mente y lo hizo acercarse con gallardía a la muchacha, y decirle con la voz engolada, haciendo una reverencia de bufón que por los suelos arrastra los cascabeles de su gorro grotesco:

—Señora, ¿permitís que un admirador prendado de vuestra belleza os rinda pleitesía?

Ella pensaba en ese instante que no era necesario que el caballo avanzara la pata, saliendo del pedestal. Bastaría que este cediera al enorme peso. O que el viento soplara tan fuerte que lo arrancara de cuajo. ¿No había ciclones en la pampa que destruían ciudades, que desarraigaban árboles centenarios?

La frase del hombre la volvió a una extraña realidad. ¿Qué era aquello? ¿Por qué ese idioma en esa voz? ¿Era lo inesperado que llegaba al fin? ¿Lo inesperado, cuyo punto inicial fuera su súbito capricho de subir las escaleras hasta esa altura? No era aquello la realidad cotidiana de los cisnes pasando uno tras otro, moviendo la cabeza al mismo compás, todos a idéntica distancia. No. Esta cara arrebolada, estos ojos relumbrando malicia, esta voz de falsete, este gesto ampuloso, esta chaqueta que el viento hacía tremolar, estos pantalones arrugados de espantapájaros, esta pregunta absurda, ¿a quién pertenecían?

Sonrió y supo, sí, supo que en los ojos le esplendía el gozo de una auténtica sonrisa. Puso una mano sobre el pecho, tendió la otra con tanta gracia que el aire pareció inmovilizarse para sostenerla, y con una voz que tampoco era la suya, aguda, altisonante, contestó:

—Me ofendéis, señor. ¿Es que no sabéis acaso que a una dama no se la aborda en ausencia de su dueña? —tuvo la sorprendente certeza de que en alguna ocasión había oído esa voz diciendo

palabras semejantes. Se quedó en acecho, quieta, tensa, oyendo, tampoco sabía dónde, el eco de esa voz, repetido de lejanía en lejanía hasta sumarse al silencio.

Por ese silencio pasó la voz del hombre que, reteniendo la risa, logró decir otra frase rimbombante:

—Me partís el corazón con vuestro desdén, señora…

—Retiraos, señor, antes que os den el castigo que vuestra osadía merece… —se había erguido y lo miraba con ojos adversos, sintiendo que un incomprensible enojo azuzaba en sus arterias un tumulto de sangre. Los brazos le cayeron como péndulos, oscilando desacompasados. Una ráfaga hizo castañetear sus dientes. Los apretó para dominar el escalofrío, como apretó los puños y apegó los brazos al cuerpo. Toda ella rígida, endurecida. Sintió que sus mandíbulas se destrababan y que la voz de falsete insistía, a la vez que súbitamente sus índices señalaban imperativos puntos cardinales—: Retiraos, señor, si no queréis poneros en el mal trance de que os haga arrojar por mis lacayos.

El hombre la miró de hito en hito, con lento asombro.

—María Clementina…

No lo oyó. Trataba de contener la ira, de volver el pensamiento a la habitual zona de miedo y desesperanza, de recuperar su actitud de jovencita bien educada. ¡Qué grotesco resultaba todo! Ella gritando en la noche que subía de la tierra hasta la copa de los árboles, que se desparramaba en el aire y se hacía palpable en la gigantesca mole negra del monumento. Ella diciendo las palabras de ese idioma, dominándolo en sus matices y en sus gestos, sintiendo la felicidad de haber encontrado la exacta manera de dar forma a su pensamiento, no de haberla encontrado como se encuentra algo por primera vez, sino de recuperar algo perdido y olvidado, y cuya súbita recuperación nos coloca frente a la realidad de esa pérdida. ¡Qué extraño todo! Miró al hombre y ahora lo vio: el rostro demudado, los ojos llenos de miedo. ¡Pobre! Consiguió ordenar las palabras que iba a decirle con su pequeña voz de siempre, la tranquilizadora frase cotidiana. Pero no logró pronunciarla, porque a través de ella, de su garganta, viniendo de no sabía dónde, de qué estratos subconscientes, de qué misteriosa sabiduría, la otra voz se puso a gritar, violenta, cilindro de viejo fonógrafo destemplado:

—¿No me oís, bergante? Fuera… Lejos de mi presencia. Fuera…

Aquí mis lacayos… Mis lebreles: a él… ¡Sus!

El hombre miró despavorido los contornos. ¡Dios mío! ¡Si alguien los oyera! ¡Si acudieran gentes suponiendo atrocidades! Pero ¿qué le pasaba a esta criatura, tan modosa siempre, tan discreta en expresiones y gestos? ¿Por qué este frenesí de títere iracundo?

—Por favor, María Clementina… No grite… Basta de broma…

—«Júpiter»… «Diana»… Defended a vuestra señora. A él… ¡Sus! A él… Al bergante desvergonzado… Mis lebreles, mis lebreles… «Júpiter»… «Diana»… —repitió, azuzando esa jauría no sabía contra quien, sintiendo que la modelaba un hálito inhumano, al filo del vértigo, empavorecida porque en lo alto la pata del caballo se distendía iniciando el paso y un denso viento, ese viento que ella había esperado siempre que soplara trayendo la desolación, el llanto y la muerte, la arrastraba implacablemente, más allá de la conciencia, del fantasmal trasmundo donde la otra voz seguiría imponiéndose a la silenciosa contracorriente de la suya.

Doña Santitos

Tenía la cara rugosa, pequeñita, y el cuerpo endeble, de garfio tembloroso. Un pañuelo negro atado a la cabeza le ocultaba el pelo, formando visera a los ojos grandes, cuencos de agua clara inexpresiva. Por la hendidura de la boca asomaba un diente, un diente único, largo, torcido, amarillo de soledad. La nariz bajaba en busca del mentón. Arrebozada en un chal obscuro, iba delante de ella, tanteando, un bastoncillo de quila.

Había oído decir que era vecina nuestra, dueña de un terrenito en Coínco. Se llamaba Santos Poblete, pero todos, cariñosamente, le decían doña Santitos.

Llegó en un carretón de familia tirado por bueyes, uno de esos carretones que fueran el orgullo de nuestros abuelos. Era una especie de casita con su puerta trasera y dos ventanas laterales, con cortinillas de percala a pintas, todo ello verde rabioso y empingorotado sobre ruedas enormes y chirriantes. La acompañaba, picana al hombro, un muchacho. Su hijo, tal vez.

Venía a verme porque le diera un remedio, atraída por mi fama de curandera. Luego de mucho pedir disculpas y saludar y tornar a las disculpas y a los saludos nuevamente, me explicó su mal.

—Es un gurto que se me le pone por aquí, por el costao, y lueguito se me le corre pa
l’espalda
y
end’ehi
me agarra
l’estomo
y después se me le fija en el corazón. Y casi
mi’ahogo,

iñorita. Ya hacen como cinco años qu’estoy sufriendo d’este mal. Hey tomao cuanto remedio se pue su mercé figurar. Me han visto toas las meicas conocías de por aquí y hasta los doutores de Curacautín y de Victoria. Ninguno ha podío aliviarme ni así tantito. Ya tenía perdías las esperanzas, cuando m’ijeron que su mercé era tan güena curandera; se lo ijeron a Saldaña, onde Juana Campos, la que su mercé mejoró de la fiebre, y tamién onde Rosamel Pérez. Y entonces Saldaña mi’animó pa que viniera a molestar a su mercé… ¡Ay! ¡Este gurto me v’acabar con la vía!

La miraba perpleja, porque el «gurto viajero» no estaba en el catálogo de las enfermedades que conocía. Pero no arredré. Le hice un examen prolijo, matizado con preguntas vagas. Y acabé por diagnosticar, muy seria:

—Lo que usted tiene es «gurtitis», una enfermedad muy rara, pero fácil de mejorar. Espérese que vuelva con el remedio.

Fui al comedor, hice unas bolitas de miga de pan muy bien amasadas, las puse en una caja, les eché encima canela en polvo y volví al escritorio donde la vieja me esperaba pacientemente, dando suspiros y ayes.

—Aquí tiene, doña Santitos; son unas pastillas especiales para su enfermedad. Tiene que tomarse dos todas las mañanas, con un vaso de leche, vuelta para el lado sur, y rezar después tres avemarías. Verá cómo mejora. Pero no vaya a olvidarse de estar de cara al sur y de rezar, porque entonces el remedio no le haría efecto.

Me miraba, asintiendo a cabezadas, con los ojos ilusionados, temblando de ansia las manos sarmentosas al coger la caja. Me dio las gracias. Repitió las disculpas. Volvió a decirme cómo Saldaña tenía fe ciega en mi poder curativo. Me contó nuevamente el itinerario del bulto, con estaciones y paradas. Di otra vez mi diagnóstico y repetí mis instrucciones. Las repitió ella para bien aprenderlas y al fin se marchó, con el bastón buscando el camino

donde la esperaban la carreta y el muchacho, contenta, mostrando el diente único, badajo de su sonrisa.

—Las leseras que inventas… —me reprocharon en casa.

—¡Bah! —contesté—. Bien puede que mejore.

Y no hubo más comentarios y me olvidé de doña Santitos.

A la semana apareció otra vez en su vehículo colonial, transfigurada, con un rebozo a grandes cuadros, un pañuelo rojo en la cabeza, la sonrisa tajeándole la cara y los ojos en baile de gozo. Detrás venía el muchacho con un canasto con verduras, un pato y un ramo de cóguiles.

Había mejorado y aquello era su presente de gratitud.

Me quedé estupefacta. La vieja hablaba manoteando. Me hacía sopesar el pato, estimar las hojas prietas de un repollo, admirar los granos del maíz, oliscar los cóguiles que reventaban de maduros. Hablaba, hablaba, hablaba. De ella, de mí, de Saldaña, de su alivio, de mi saber, de su alegría, de mi bondad, de su agradecimiento, de Saldaña.

¿Quién sería Saldaña?

Era una tarabilla. Pregunté, interrumpiéndola:

—¿Pero ya no siente el bulto?

—No, iñorita. Es como si me l’hubieran quitao con la mano. Y hay que ver los años que llevaba fregándome, con permiso de su mercé y disculpas por la palabra. ¿No es cierto, Saldaña?

El muchacho dio un gruñido que bien podía ser sí o no. Parecía un perrazo nuevo, grande, desmañado, con una cabeza enorme y ojos buenos de lealtad y cariño.

—¿Saldaña es su hijo?

—M’hijo… ¡Bah, iñorita! Las cosas… Saldaña es mi marío.

Abrí los ojos abismados. Pero…

—Sí —prosiguió la vieja—, es mi marío, es decir, casaos no estamos, ni falta qui’hace. Vivimos así no más, ya van pa los tres años. Es sobrino de uno de mis finaos, del tercero, porque con Saldaña hey tenío cuatro maríos; es sobrino y muy güeno; de los cuatro es el que mi’ha

salío mejor.

El muchacho la miraba sonriendo, sin nada en la expresión que no fuera cariño. Y la vieja —más y más locuazmente confiada— siguió diciéndome en voz baja:

—Güeno, con el primero me casé por too lo que hay que casarse, y viera cómo me salió el condenao… Estaba seguro de qu'hiciera lo qu'hiciera, siempre sería mi marío, amparao por la ley y por l'iglesia. Su mercé sabrá que tengo una hijuelita que vale sus pesos. Por na no la embargaron pa pagar lo que debía. Me abandonaba. Se iba pa'l pueblo a remoler. Se curaba. Me trataba pior que a perro. Hasta que al cabo se murió. Entonces jui yo y me'ije: «No, pues, Santos, no habís de ser más lesa. No te volvai a casar. Si querís otro hombre, vivís así no más con él. Hombre necesitas, pa que cuide l'hijuela más que no sea, pero tenelo así, con el interés de ser agradoso pa gozar de tu bienestar y con el susto de que como no es tu marío, el día que te canse lo echái puerta ajuera». Y así lo hice. Viví con otro que era bastante güeno, pero no tanto como Saldaña. A los cuantos años se enredó con una china de Quilquilco. Yo lo supe y l'ije que enredos no, y que se juera. Se jué. No supe más d'él. Después viví con don Saldaña, un poco porfiao y otro poco aficionao al trago. Pero en fin: trabajador y honrao. Murió de una lipidia. Lástima que l'iñorita no l'hubiera visto pa que me l'hubiera

mejorao. Pero más vale que no, porque así di con Saldaña, este de agora, qu’es tan güenazo, tan trabajaor, y que me aprecea tanto. ¡Je!

—¿Y no tiene miedo de que, siendo como es mucho más joven que usted, se le enrede por ahí con alguna chiquilla?

—¡Je! Pior pa’él. Si s’enreda con alguna lo echo. Pior pa’él, güelvo a repetirlo, ya que con naiden tendrá la vía más descansá que conmigo.

—Pero entonces quiere decir que si vive con usted es solo por interés.

—Y yo lo tengo tamién por el interés de que me cuide l’hijuela y me cuide a mí. Estamos pagaos.

—¿Y usted qué dice, Saldaña?

—¿Yo? —y dio otro gruñido de perro, ininteligible.

—Mire, iñorita… —Se interrumpió doña Santitos para decir al muchacho—: Saldaña, anda esperarme en la reja —y luego continuó diciéndome misteriosamente—: Favor por favor: su mercé me mejoró de mi gurto. Yo le voy a dar a su mercé el secreto pa ser feliz. Es mi verdá aprendía en tantos años de tantas euperiencias. A los hombres, pa tenerlos seguros, hay qui’agarrarlos por el mieo a encontrarse cualquier día sin mujer. No hay que icirles nunca *sí* ni *no*. Hay que icirles siempre *quizá*. Créame, iñorita: la mujer que no tiene al hombre sobresaltao’e recelos, está perdía. Créame, se lo igo yo, que por decir una vez *sí* estuve cinco años penando, y por decir *quizá* hey pasao el resto de mi vía muy contenta.

Seguía mirándola abismada. Debía de hacer una figura tontamente ridícula, con un pato que aleteaba en una mano, un ramo de cóguiles en la otra, las verduras en ringla a los pies.

Pero la vieja había terminado sus confidencias y me hablaba otra vez de su enfermedad, de su mejoría; me daba las gracias

manoteando, se despedía y al fin se marchaba. El muchacho se le juntó en la reja del parque y siguieron hasta la carreta: adelante ella, con el bastoncito tembloroso que parecía decir: *quizá*; atrás él, sumisamente, en la duda.

Locura

¿Colombina? ¿Gitana? ¿Locura?

Tras mucho vacilar decidióse Celia por el último. Rojo y verde, vaporoso, parlero, aquel traje era como la continuación de su «yo»: blanca y rosa, inquieta, reidora. A su tez daba realce la brillantez de los colorines insolentes; la prontitud de los movimientos formaba nube de tules y cintas en torno a la figulina menuda; al reír arpegiado de la boca desdeñosa contestaba el alegre parloteo de los cascabeles de oro.

Calle adelante iba Celia hacia el baile estudiantil llena la cabeza de ilusiones que rimaban con la gloria del sol brujo.

Sería al entrar. De esto estaba ella muy segura. Sería al entrar cuando ella, algo intimidada, posara en los disfrazados la maravilla de sus pupilas misteriosas, entonces, con voz de ruego musitada, muy bajito él preguntaría:

—Celia, ¿quieres ser mi compañera?

¡Oh! ¡Cómo ritmaría ella su andar de pájaro al reposado suyo! ¡Cómo al bucear de sus pupilas de enigmas las suyas se harían transparentes hasta el alma! ¡Cómo reiría ella dulcemente dichosa a sus preguntas íntimas! Porque él, ¿cómo no iba a preguntar al verla tan linda?:

—Celia ¿cuántos te han dicho esta tarde que eres la más bella locura del mundo? Celia, no mires ese arlequín que busca tus ojos hace rato; tus pupilas las quiero para mí, para mí que estoy mirando en ellas y me veo allá muy dentro chiquitín, chiquitín… Dime, mi locura —mi locura que serás la locura de mi vida— ¿estoy también allá en el fondo de ti misma, hay para mí un sitio en tu corazón aunque sea chiquitín, chiquitín?…

Y entonces ella contestaría…

El ritmo arrastrado, monótono del *fox-trot* la despertó en pleno ensueño a la puerta del gran vestíbulo. Música, movimiento, luz, frases cortadas, música, girar de rondas, luz, risas, música…

Largo rato erró el mirar de los ojos misteriosos sobre el móvil, policroma concurrencia: la voz de ruego no musito a su oído. Desesperanzada dióse a vagar por el salón.

—Bailemos, ¿quiere?

Se volvió rápida. Un bufón deforme y ridículo sonreía insinuando ya el vaivén del baile. Accedió. Luego la invitó un japonés, después un pierrot y enseguida un paco arrebolado y un marqués versallesco. Todos desconocidos, diciendo los mismos chistes, sonriendo fatigados, dejándola presurosos para correr en busca de nueva pareja.

—¡María!

—¡Ah! ¡Celia!

—¿Te diviertes?

—Mucho. Estoy rendida de tanto bailar.

—Oye ¿has visto a… Julio Gana?

—¿A tu profesor de historia? Míralo allí, no, acá, acompañando a la señorita María. Dicen que este pololeo acabará en casorio.

Quédose lela. Retrocedió empujada por las parejas que bailaban hasta quedar oculta entre unos bambús. Observó: vestido de pierrot negro con una enorme golilla roja aureolando el rostro enérgico, como tallado en ámbar patinoso, Julio sonreía inclinado amorosamente hacia la rubia Colombina que con las manecitas cruzadas sobre el regazo parecía extasiada oyendo el gotear de las palabras divinas sobre su corazón.

—Al fin la encontré. ¿Bailamos?

Era el bufón. Se abandonó laxa. El compás saltón del *onestep* le martillaba las sienes. Reían en loco jolgorio los cascabeles de ambos.

—¡Qué bonito es su traje! Es de locura ¿no?

—Sí, de locura.

—Pero una locura debe ser alegre.

—Lo soy, ¿ve? río ¡Ja! ¡Ja! Soy como mis cascabeles: alegre, loca. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y la loca de ensueño reía a la par que los cascabeles de oro, sintiendo que en sus pupilas de misterio se desbordaba el ensueño en lágrimas que hicieron exclamar a su compañero:

—No rías tanto, locura, ¡que lloras!

Chillán, octubre de 1921



MARTA BRUNET CÁRAVES, escritora chilena, (Chillán, Región de Ñuble, Chile; 9 de agosto de 1897 - Montevideo, Uruguay; 27 de octubre de 1967), sus padres fueron Ambrosio Brunet Molina, chileno, y María Presentación Cáraves de Cossío, española. Hija única recibió una esmerada educación. A los 11 años la familia se traslada al fundo «La Granja», de su propiedad, en Pailahueque, comuna de Ercilla cerca de Victoria en la Provincia de Malleco. En 1911 cuando tenía 14 años viaja con sus padres a España, Italia, Suiza, Francia, Inglaterra, Alemania y Portugal, pero el inicio de la I Guerra Mundial los obliga a retornar al país, no sin antes visitar Argentina, Uruguay y Brasil.

En 1923 publicó su primera novela, *Montaña adentro*, que tuvo una excelente acogida por parte de la crítica, que la perfila como una promisoria escritora. En 1924 fallece su padre y con ello la fortuna de la familia, ante la enfermedad mental de su madre debe asumir diferentes trabajos. En 1928 radicada en Santiago participa en la Escuela Criollista, publica sus primeros cuentos en diarios de la capital además de novelas, en que el tema de la mujer, sus vicisitudes y maltratos son denunciados sin ambages, lo que ha permitido que su escritura, en la actualidad, sea muy apreciada por sus lectores, estudiosos de la literatura y simpatizantes del

feminismo. Publica cuentos y poemas para niños. En 1933 recibió el Premio de Novela de la Sociedad de Escritores de Chile. A esta altura es un nombre reconocido en las letras chilenas y latinoamericanas. En 1939 comienza su carrera diplomática, recibe numerosos premios y reconocimientos por su obra narrativa, entre los que destaca el Premio Nacional de Literatura en 1961 siendo la segunda mujer en obtener el galardón después de Gabriela Mistral. El 7 de junio de 1962 fue declarada Hija Ilustre de Chillán, dicho año además, dicta un curso sobre escritores latinoamericanos en el Liceo de Niñas de dicha ciudad. Sería la última vez que ella realizaría actividades en su ciudad natal. En octubre de 1963 fue nombrada Agregada Cultural de la Embajada de Chile en Brasil. En diciembre del mismo año fue nombrada Agregada Cultural de la Embajada de Chile en Uruguay además de ser incorporada a la Academia Nacional de Letras del Uruguay.

Marta Brunet falleció el 27 de octubre de 1967; dicho día, a las 11:00 de la mañana, en una ceremonia en la cual era incorporada a la Academia Nacional de Letras de Uruguay, y precisamente en el instante que daba su discurso de agradecimiento frente al público, se desplomó a causa de un ataque cerebral. Fue trasladada de urgencia al Hospital Italiano de Montevideo, donde finalmente falleció. Fue sepultada en el Cementerio General de Santiago, a pesar de que en su testamento, Marta señalara textual que: «Es mi voluntad que mis restos mortales se cremen y reciban sepultura en la tierra en que muera», asimismo, señala que su herencia fuera destinada a la Universidad de Chile, con la condición que esta casa de estudios, creara una beca en favor al Liceo de Niñas y el Liceo de niños de Chillán.

Obras:

Montaña adentro, (1923); *Bestia dañina*, (1926); *Doña Santitos*, (1926); *María Rosa, flor del Quillén*, (1927); *Bienvenido*, (1929); *Reloj de sol*, (1930); *Cuentos para Mari-Sol*, (1938); *Aguas abajo*, (1943); *Humo hacia el sur*, (1946); *La mampara*, (1946); *Raíz del sueño*, (1949); *María Nadie*, (1957); *El mundo mágico del niño*, (1959); *Aleluyas para los más chiquititos*, (1960); *Amasijo*, (1962); *Obras completas*, (1963); *Soledad de la sangre*, (1967).

Notas

[1] Marta Brunet, *Obra narrativa I y II*, edición crítica de Natalia Cisterna. Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2017. < <

[2] Del cuento «Soledad de la sangre». < <

[3] Del cuento «La otra voz». < <

[4] Véase *El criollismo*, Ricardo Latcham, Ernesto Montenegro y Manuel Vega. Editorial Universitaria, 1956. < <

[5] Del cuento «La otra voz». < <

[6] Del cuento «Noctilucas». < <

[7] Del cuento «Soledad de la sangre». < <

[8] Lo cuenta José Donoso en «Marta Brunet: en Europa se le hizo la luz», *Revista Ercilla*, 29 de noviembre de 1961. < <

[9] Del cuento «La otra voz». < <